



Persecución a fuego lento

Ariel Moncalvo

[\[1\]](#) Persecución a fuego lento

Ariel Moncalvo

No corras. No te escondas. No intentes acelerar las agujas del reloj. A partir de este momento, él manejará los tiempos y la dinámica de tu vida.

Prólogo

Este libro lo escribí en 30 días. No conforme con el enfoque divergente que tenía, encomendé la crítica a un especialista literario. Su diagnóstico fue muy certero pero crudo, al punto tal que archivé este material durante tres años pensando que no iba a ser más que alguna de mis obras sin concluir.

Por esas cosas mágicas de la vida volvió a aparecer la musa. Algunos llaman a esas señales intangibles “Ángeles”. Esos seres misteriosos que no vemos pero que muchos sabemos que existen y que nos ayudan a concretar acciones; esos seres que nos guían, nos protegen y velan por nosotros incluso cuando dormimos. Podemos cuestionarnos de su existencia, pero bienvenida esa energía que me ayudó a retomar con este proyecto de vida que me alimenta y que no es ni más ni menos que la escritura. Esas palabras que nos distraen, que nos hacen pensar y expresarnos de alguna forma.

Gracias a los “Ángeles” y al apoyo real de quienes nos alientan a ser más, a ser mejores personas y a convivir con nuestros errores como parte de nuestro proyecto de vida. Una vez un amigo me dijo que “todo es perfectible”, y lo es. Algunas obras nacen excelentes, otras las podemos mejorar y muchas no llegan ni siquiera a concretarse. Espero poder transmitir en estas líneas el mismo entusiasmo con el que escribí cada una de las historias.

Gracias por venir.

Introducción

La marginalidad opera en un submundo diferente al que conocemos. Tiene lugares especiales para encontrarse, horarios inusuales de reunión y modalidades desconocidas para operar. Cuando ese submundo se relaciona con nuestro universo conocido, se suele producir una crisis, un desequilibrio; algo nos corre de nuestro eje y surge un conflicto: un accidente, un fraude, una muerte, muchas muertes, o una combinación de hechos y factores.

Rara vez se para el reloj y nos abocamos a la resolución de ese conflicto, y no siempre los tiempos de la policía y de la justicia están alineados con nuestras necesidades. Un programa de radio barrial se hace eco de numerosos actos delictivos, y de manera casual van atestiguando tormentos que azotan a algunos pueblos del interior de la Argentina. Fantasmas del pasado azotan a la comunidad. Vidas que se desarrollan en paralelo y se cruzan, y cambian el destino de las personas. Las raíces y las estructuras condicionan el presente e influyen el futuro.

El origen y el fin en la polis se identifican

Aristóteles, *Política*

Capítulo 1

12 de marzo de 2008

El hombre está acostado sobre el sommier de dos plazas. Acolchado de plumas color verde claro y sábanas de hilo egipcio traídas del último viaje en la época en que se podía, porque el tipo de cambio lo permitía. Diez años atrás, viajar al exterior era mucho más accesible, ya que la política económica nos indicaba que el tipo de cambio era uno a uno, es decir, con un peso comprábamos un dólar. Hoy la situación es un tanto diferente, ya que “el mercado” nos dice cuánto cuesta la moneda extranjera. Ya no es más uno a uno. Ya no es lo mismo que antes. Nunca volvió a ser como era antes. Hoy se puede conseguir en el banco a tres con quince, o en una cueva financiera a cuatro mangos.

De frente a la cama está la cómoda y, sobre esta, el televisor. Encima del televisor está el DVD. No suele ver películas: solo documentales que tienen que ver con temas históricos, internacionales sobre todo. Pero siempre lo deja conectado. El televisor sin volumen. Zapping; las noticias del día: se anunció el aumento de las retenciones; el campo amenaza con un paro indeterminado; murió el productor y conductor Jorge Guinzburg; en materia de espectáculos,

todas las miradas están en Montevideo con Agarrate Catalina; elecciones en España: repercusiones luego de la victoria del PESOE. El hombre toma el control remoto que está a la derecha de su cuerpo y cambia el modo del televisor a DVD. Como el equipo está conectado a la pantalla, queda en azul, resplandeciendo la habitación. El hombre suspira. Se da vuelta para la derecha. Gira, se da vuelta para la izquierda. Mira la pantalla. Apaga el televisor.

Oscuridad en la habitación. La luz de los autos que pasan ilumina esporádicamente la habitación, a través de la hendidura de la persiana americana. El ruido de los motores de los autos y las bocinas entorpece el sueño y sobresaltan a Morfeo. El tic-tac del reloj hace que el hombre se abraza a la almohada, dé vueltas para un lado y para el otro. El sahumero de canela endulza el ambiente, pero dispersa el pensamiento: lejos de relajarlo, lo activa. “Hay que cambiarlo”, piensa. Cuando el sueño adormece la noche, suena el teléfono.

—¿Hable?

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí?

—¿Qué querés? Son las dos de la madrugada.

—Cumplí con mi palabra. Todos calcinados.

En la escena del crimen se ve a los bomberos apagando el incendio; la ambulancia contempla la escena y la policía científica busca huellas de lo

sucedido. En camilla van sacando los cuerpos uno a uno, tapados con una lona negra. Recién está amaneciendo, y la gente contempla extrañada la escena, todos vestidos en pijamas y con camperas o con mantas por el frío de la mañana.

Capítulo 2

5 años más tarde

El tribunal colegiado estaba listo para dar el veredicto. Era una mañana fresca, más de lo habitual. En Las Piedras y alrededores, nunca se había vivido algo igual. Si tuviésemos la posibilidad de indagar a alguno de los fundadores de cada uno de los barrios que hacen a El Paraíso, creo que coincidiríamos en que los valores de la piedra fundadora en cada caso eran tranquilidad, amistad y respeto. Casi como imitando los principios que vieron nacer la Revolución Francesa, los inmigrantes se habían propuesto fundar una aldea, lejos de la civilización, pero con las mismas bondades.

El palacio de justicia estaba repleto; solo faltaba que ingresaran el acusado con la custodia policial y el tribunal colegiado. Los tres jueces que formaban parte de este tribunal tomaban café en la salita, que está junto al tribunal, esperando la orden para ingresar. Silencio entre los tres. Las diferencias que los habían llevado a ese ambiente tenso, que se podía cortar con un cuchillo (también un cuchillo había utilizado el acusado con las víctimas en varias oportunidades) habían quedado atrás. Sin embargo, Baptista, González-González y Ricci ni se miraban a las caras. El diario, las tablets y el celular

eran las distracciones que se iban alternando, mientras esperaban la orden. El tribunal colegiado ya estaba listo para dar el veredicto.

En la sala se podían ver las caras de sufrimiento de todas las personas ubicadas detrás del querellante, mientras que el odio era el común denominador de las personas que respaldaban al acusado. El querellante tenía la cabeza gacha, su frente sudada, y se podía ver desde lejos las aureolas de transpiración bajo sus brazos. No atinó ni una vez a levantar la cabeza, ni siquiera para ver quiénes habían venido a apoyarlo. Mucho silencio, mucha tensión: solo se escuchaban algunos murmullos aislados, que eran callados por algún personal del juzgado. Nunca se había visto tanto movimiento; todo tenía que salir a la perfección. De ser un paraíso perdido a pasar a ser la atención nacional cambiaba mucho la ecuación: medios de muchos países, la radio local, un canal de noticias internacional que cubría para una cadena... Y saber que la presidente de ese país estaría escuchando o viendo en vivo el suceso, inquietaba a todos.

Alguien del fondo gritó: “Sócrates murió injustamente: no cometamos el mismo error”. Luego, tras el comentario llegaron silbidos, gritos y aplausos, que hicieron estallar la tensión, cuando de repente se abrieron las puertas: el acusado entró con la custodia policial. No se lo veía quebrado, todo lo contrario: tranquilo, duro y frío como una barra de hielo. Desde que puso su pie derecho sobre la primera baldosa del palacio de justicia, se encargó de

mirar a todos los que estaban en la sala. En cada uno se detenía un instante para ver bien qué le transmitía cada uno. Ese día había pedido desayunar especialmente torta de chocolate con café con leche: decía que era lo que su mamá le hacía cuando él era chico. No le iban a dar la pena de muerte, porque en ninguna provincia de la Argentina está legislado, pero parecía que ese era su último día. Así lo vivía.

Jiménez, que solo por ese día había dejado sus funciones para custodiar el tribunal, se acercó a la salita de los jueces y les hizo saber la situación: “Ya está todo listo, Su Señoría, pueden venir”.

Los tres jueces fueron caminando lentamente, custodiados por Jiménez. La puerta del tribunal volvió a abrirse, y una vez más el silencio se adueñó del palacio. Los 35 metros que separaban la puerta del estrado se hicieron eternos. Recién cuando los jueces estaban a la altura del querellante, este levantó su vista, los miró y apenas si deslizó una especie de tímida sonrisa. Baptista y González-González lo ignoraron, Ricci lo miró y le guiñó su ojo izquierdo. Eso no quería decir nada: solo le transmitió tranquilidad. Desde atrás, la mano de un allegado se apoyó sobre el hombro del querellante. Su abogado lo miró y le palmeó dos veces la pierna izquierda. El querellante se quitó el saco gris y aflojó la corbata azul, que por la transpiración del cuerpo se había mimetizado con la camisa celeste. El acusado, con traje gris y cabeza rapada, no le quitaba la vista de encima al demandante.

—Tenemos un veredicto. Es unánime —anunció Baptista, ubicado en el centro del estrado. A la derecha estaba Ricci y a su izquierda González-González. En el mismo momento en que se escucharon esas palabras, el murmullo se adueñó de la sala.

—¡Silencio! ¡He dicho silencio! —dijo el secretario.

—Cuestión número uno —leyó Baptista lentamente—: ¿resulta el acusado culpable por los crímenes de los que se le acusan que paso a detallar: por el homicidio de...? —Luego de esas palabras el acusado agachó su cabeza calva y empezó a transpirar; su tez blanca se transformó en un bordó muy oscuro y sus venas se hincharon, como anticipando el veredicto. El querellante se quitó la corbata, sus ojos se llenaron de lágrimas, y su cuerpo comenzó a aflojarse. No escuchó, o no quiso escuchar, de qué estaban acusando al victimario—. La respuesta a la cuestión número uno es: sí. Esta vez los gritos de euforia detrás del querellante y los silbidos detrás del acusado se apoderaron de la sala.

—¡Silencio! ¡He dicho silencio! —dijo el secretario.

—Cuestión número dos —leyó Baptista—: la pena por los crímenes cometidos es: cadena perpetua. —Casi toda la sala se tiró encima del demandante. El acusado cayó desplomado.

Capítulo 3

12 de abril de 2009

Domingo por la mañana. Está fresco, más bien húmedo. Habitación oscura. Cama de una plaza. El hombre abre los ojos, mira a su costado y ahí está otra vez esa sombra; se quita el cubrecamas de encima, suspira, chista, se sienta y se toca la barba. Todavía no logra despertarse; niega con su cabeza tres veces. Hay olor en la habitación: el olor a cigarrillo que se mezcla con humedad y con el olor a rancio de la comida que desde hace varios días anida en los platos de la pileta.

Se levanta y se sienta en la silla que está a la derecha de la cama, agarra la lapicera e intenta recordar aquellas palabras que soñó. No recuerda nada: mente en blanco. Se levanta, camina unos pasos hacia atrás y toma la botella color ámbar que está en el bajomesada, la destapa y se la acerca a la nariz. Sus ojos se llenan de lágrimas y se enrojecen. Llena la tapa y toma. Con una mano tapa la botella y con la otra se seca el resto del líquido que le queda en su barba. El hombre permanece cerca del bajomesada por unos instantes, toma el cuchillo que está entre los platos, lo mira y sonríe. Luego regresa a la silla, toma la lapicera y la apoya en sus labios. “Nunca escribí ni mi nombre, y de

repente sueño en prosa. ¿Será William que me acompaña? Algo no está bien”, piensa el hombre. Se dirige a la biblioteca que está en el hall, cerca del baño, toma un cuaderno con la leyenda “Notas de William” y lo mira durante unos segundos. Gesticula, suspira y recita:

Morir, dormir... ¿dormir? Tal vez soñar^[2].

“No, esa no”.

“Pero esto es extraño; y frecuentemente para atraernos a nuestra perdición, los agentes de las tinieblas nos profetizan verdades y nos seducen con inocentes bagatelas para arrastrarnos pérfidamente a las consecuencias más terribles...”^[3].

“Para nada inocentes y terribles... Esa sí te calza justo ¿no? puta de mierda”, grita el hombre mientras se acaricia su cabeza, y se limpia con la manga de la camisa la baba que cae por el costado de su labio.

“Gracias William, sin vos estaría perdido... A vos no te hablo ¡sombra de mierda! Nunca sentí culpa de nada, solo felicidad... ¿o codicia? Extraño esos días. Hoy todo es oscuro y confuso. Espero que estas palabras me conduzcan en alguna dirección, espero encontrarme con la verdad”, piensa el hombre mientras se termina de cambiar.

* * *

Domingo de Pascuas. Era muy temprano en la mañana. Las luces seguían

encendidas. El olor a pintura se mezclaba con los insumos médicos que acaban de llegar y están ubicados a la izquierda de la entrada de la guardia, detrás de la puerta de vidrio. A unos veinte metros estaba la sala de espera con el típico olor a hospital: esa mezcla de alcohol, merthiolate y sueros. Poca gente; solo se escuchaba el ruido de las páginas del diario que giraba la recepcionista, y en tono bajo se escuchaba la radio.

Cuando uno entraba en ese hospital modelo, veía un ambiente moderno, *aggiornado* a la época: porcelanato gris clarito, luces dicróicas, paredes blancas con cuadros de arte contemporáneo (ahí se podían apreciar pinturas de artistas locales, además de imitaciones de Reynolds, Delacroix, Fontana. Acercándonos un poco más, en el calendario, se podía encontrar un Gilbert & George). Tampoco escatimaron en ascensores metálicos, ultramodernos. Puntualmente en la sala de espera había sillones de cuerina color negro, apoyados espalda con espalda; o bien en los extremos sillas plásticas, también de color negro, amuradas entre sí. En cada ambiente un plasma de 32 pulgadas mostraba un continuado de campañas de prevención de la época: el dengue, la novedad de la gripe A, el uso del preservativo en campañas contra el HIV o contra embarazos no deseados, la importancia de la alimentación y el cuidado en casos de celiaquía o de diabetes.

* * *

—Estimados oyentes, ahí teníamos un poema de amor del poeta incógnito que se hace llamar William, ¿será por Shakespeare?

Les cuento que acabamos de recibir un mail de Nicolás, que nos dice que Camila y Ainara están bien. ¡Qué alegría, felicitaciones a los padres! Les recuerdo que la consigna de hoy es: ¿qué son para ustedes los pecados sociales?

Tengo en mis manos un mail de Dalia, oyente fiel del programa. Ella nos dice que algunas religiones controlaban a las sociedades primitivas, creando el concepto de pecado y su posterior absolución por medio de la confesión. De esa forma obtenían información de lo que sucedía en la comunidad. El pecado, la culpa y la búsqueda del perdón fueron generando cierta confusión, que se potenció al mezclarse con la anarquía que vive la sociedad actual.

Gracias, Dalia; a tu mail le agregaría otros temas de los cuales venimos hablando en programas pasados, como la importancia del desarrollo del ser humano, la mejora social, el uso de la razón y los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Es todo por hoy, nos despedimos hasta la semana que viene con el tema de Bárbara Gilbo, *Che ne sai di me*.

Así comenzaba un día atípico en el programa de radio más escuchado de El Paraíso. Atípico, porque Ciro no había podido estar presente por compromisos familiares y ahí estaba Belinda, sola, conduciendo el programa.

El programa también se podía escuchar por Internet. Cuando uno ingresaba en la página veía fotos de ellos dos. Se podía ver a Belinda: pelo lacio negro, tez blanca, ropa ajustada, un tanto rellenita y de estatura media. Ciro aparecía con su usual *jean* celeste, remera cuello en V y pelo oscuro con canas, ya que se resistía a teñirse. También había una galería con fotos de los diferentes invitados, que se habían acercado al programa por eventos especiales, como ser aniversarios del lugar, fechas patrias, o algún evento importante, que no era común en la zona. El Paraíso era más bien una zona calma compuesta por cuatro barrios. Las Piedras, Las Flores, El Sol (o, como lo llaman algunos, Il Sole) y Granada.

La gente que estaba allí era porque lo habían hecho sus familiares, o sea que estamos hablando de una segunda o tercera generación, y en muy pocos casos se podía ver en los últimos años gente recién llegada. El casco céntrico de cada barrio de El Paraíso ya estaba cubierto por las familias tradicionales. Los recién llegados se fueron acoplando en la periferia. Algún suertudo había conseguido un alquiler, lo que no resultaba nada fácil ya que, además de garantía de Capital Federal, pedían referencias, cuatro como mínimo (de gente que no fueran familiares).

Las Piedras es un barrio muy ortodoxo: había ciertas costumbres arraigadas en quienes vivían ahí desde dos o tres generaciones. Una de estas era que la ciencia y el deporte se encontraban en Las Piedras; el esoterismo y el

comercio, en Las Flores; el arte y la gastronomía, en El Sol; o la música y otro tipo de gastronomía, en Granada. Estos cuatro barrios alejados de la capital eran un paraíso olvidado en el tiempo, que mantenían (mejor dicho, solían mantener) tranquilidad para quienes permanecían y encontraban una salida laboral o estabilidad dada por herencia a lo largo de dos o tres generaciones. Estos cuatro barrios habían sido fundados por un acuerdo entre gauchos e inmigrantes de cuatro países de Europa. Los griegos fueron los primeros en llegar y fueron quienes se instalaron en las Piedras. Luego un grupo de portugueses con algunos africanos llegaron a Las Flores. Después fue el turno de los italianos que llegaron a El Sol y trataron de todas formas de cambiarle el nombre originario por Il Sole, aunque no pudieron. Por último llegaron españoles a Granada con el franquismo. El trato era que los europeos ponían el conocimiento, la especialidad, y los gauchos aportaban el lugar, elegían el nombre y seguían con sus costumbres, que se fueron fusionando con las europeas.

Había algo en común que caracterizaba a estos barrios, y era, entre otras cosas, la fisonomía de lo que podríamos denominar “la zona céntrica y las periferias”. Las zonas céntricas, habitadas por las familias tradicionales, están constituidas por casitas tipo alpinas, más bien con fachada del tipo alemán e inglés. Casas altas, con techos oscuros, y madera que reviste la zona alta de la casa. Los pisos son en la mayoría de adoquines. En la periferia podemos

encontrar departamentos de no más de cinco pisos, muchos dúplex y casas tipo campo, la mayoría con techo de chapa. En estas zonas podemos encontrar las últimas generaciones que se fueron asentando en la década del cincuenta y sesenta, posguerra europea. Si bien hay una diferenciación centro–periferia en lo arquitectónico, en lo que respecta a los grupos ya establecidos, esta distinción no cuenta tanto. Pero a la hora de integrar nuevos participantes, los grupos estudian bien a quiénes integran y a quiénes no. Esto a priori responde a factores de seguridad por un lado, dados los últimos acontecimientos que se sucedieron en los distintos barrios, y por otro para no perder la identidad de los grupos establecidos. La gran mayoría con reglas implícitas y códigos, que son parte de la costumbre, sin demasiados formalismos ni reglas explícitas. Esto hace que la integración de un nuevo participante sea lenta o se frustre, ya que no hay ningún tipo de inducción para los nuevos candidatos.

En cuanto a los monumentos, estos responden más bien a la identidad típica de cada barrio. Así en las Piedras predomina lo griego típico de Atenas; en el Sol podemos ver más bien un estilo romano; en Las Flores hay predominancia de casas tipo posada típicas del país vecino y es un lugar que se parece más a un sitio de veraneo que a un barrio con actividad urbana comercial; por último, en Granada vemos facciones típicas de España.

* * *

Sentado en uno de los sillones estaba Benigno. Con su usual *jogging* gris, zapatillas blancas y con el tic de mirar el reloj cada cinco minutos. El gris le iluminaba la cara; por eso lo usaba. Además, combinaba con el color negro de su pelo y de su barba. Como no era muy alto, el *jogging* le disimulaba su metro sesenta, sesenta y cinco centímetros, como mucho.

—¡Qué fácil que la hizo! ¿Así nomás la terminó?, ¿eso es todo? —exclamó Benigno en tanto que esperaba que lo llamaran para ser atendido en el hospital del barrio Las Piedras.

—Y... es domingo. De alguna forma la tiene que cortar, ¿no le parece? —respondió Agustín, mientras esperaba que le dieran el parte de su hijo Arístides. Agustín era un hombre de pocas pulgas, impulsivo (como lo definiría su hijo a su grupo de amigos), inquieto, siempre prolijo en su vestir, de estatura media, pelo y barba candado color negro.

—La verdad que no: hay muchos temas por hablar. No especifican nada. Todo muy livianito de análisis. Por ejemplo, ¿a qué le llaman pecado?, ¿qué entienden por culpa? Y ni hablar de los principios de la Revolución francesa, ¿qué tienen que ver con los pecados sociales?

—No lo sé señor, escríbales un mail. Yo quiero hacer como la conductora: cerrar el programa de hoy e irme a mi casa.

—Y sepa disculparme, usted, ¿qué lo trae por acá?

—Mi hijo tuvo otra de sus crisis y ahora lo están sedando un poco.

—¿Y usted está acá mientras drogan a su hijo?

—No señor, nadie lo está drogando a mi hijo, al menos en este momento —
respondió con cierto fastidio Agustín—. Le dieron un sedante y ahora está
hablando con él una psicóloga o psiquiatra, o algo así...

—No es lo mismo psicología que psiquiatría. No me mezcle peras con
manzanas.

—¿Por qué no?, si ambas son frutas.

—Muy bueno el chiste, pero no es lo mismo, señor, no es lo mismo —
respondió Benigno con tono de poca paciencia.

* * *

—¡Buenos días, país!, ¡feliz lunes para todos! Buenos días, Belinda. La
verdad que, si esto es el otoño, quiero otoño todo el año. ¿Cómo puede ser
que en esta época del año tengamos 25 grados de temperatura? En fin, quisiera
empezar el día con un mail que nos enviaron por el programa de ayer. No
pensamos que una simple consigna en un día para muchos festivo (más que
festivo, simbólico por todo lo que la Pascua representa) trajera tanta
polémica. Y se nos ocurrió que los oyentes nos den su opinión acerca de qué
creen ellos qué son los pecados sociales. Es más: hasta se me ocurre pensar
que podrían haberlos mencionado simplemente, o bien opinado acerca de lo

que la Iglesia cree acerca de los pecados sociales. Pero no pasó por ahí la cuestión. El tema se dirimió más en un ámbito epistemológico, si se quiere...

—¿Epistemo qué? —preguntó Belinda entre risas.

—Epistemológico —respondió Ciro—. Cuando hablamos de epistemología, nos referimos a la ciencia del conocimiento, donde se estudia la naturaleza de un objeto de estudio, por ejemplo, o....

—Ja, ja, ja... Por un momento me hiciste acordar a Les Luthiers^[4]...

—Al final, un día que empiezo la semana con seriedad y vos me cortás la inspiración. Como les decía, la discusión se fue para un lado no deseado. Pero como esto es radio y es en vivo, los oyentes nos marcan la temperatura de los temas y muchas veces proponen y amplían las cuestiones tratadas. Es por ello que vamos a continuar ampliando los temas y vamos a tratar de mencionar a todos los que nos escribieron.

»El primer mail es de Benigno, quien nos dice que el cierre del programa de ayer fue muy livianito. ¡Hacete cargo, Belinda! Lo que nos propone Benigno es, por ejemplo, que digamos qué es un pecado o a qué nos referimos cuando hablamos de culpa, desde qué punto de vista abordamos los temas. Y para ello daremos lugar a nuestro referente en temas de historia. Nos referimos al señor Francisco a quien, a partir de un llamado para opinar sobre Perón hace un par de meses, lo tomamos como referente en temas álgidos para la sociedad argentina y lo consultamos. Francisco, ¡buenos días!

—¡Buenos días, Ciro!, ¡Buenos días, audiencia! Bueno, para empezar trataremos de explicar el origen de lo que la Iglesia tomó como punto rector para el comportamiento y disciplina de sus fieles. En criollo, cometer un pecado sería alejarnos de un ideal de comportamiento, cometer errores, un delito moral, sea este cometido de manera voluntaria o involuntaria. Ya los griegos se referían al pecado como estar fuera del código moral o intelectual, y los hebreos lo utilizan en el mismo sentido de “errar” como no alcanzar una meta o camino. En síntesis, todos hacen referencia a estar por fuera de ciertos valores, códigos de conducta o principios, ya sea de manera voluntaria o involuntaria. Si llevamos esto a términos sociales, lo hacemos extensivo a un grupo. Cómo una persona puede dañar a otra, a un pequeño grupo, o a una comunidad entera. Claro que nace de un comportamiento individual y, continuando en términos religiosos, podríamos estar hablando de los pecados capitales que Dante Alighieri tan bien nos ilustra en la *Divina Comedia*.

—Bueno, muy interesante, Francisco. Pero te propongo ir a una tanda y luego regresamos con más temas del programa de ayer.

* * *

En la habitación oscura el hombre escucha atentamente la radio con un cuchillo en su mano y exclama:

“Cuanta mierda, toda junta. ¿Qué sabe este boludo de pecados? Yo te voy a enseñar qué es pecar”.

* * *

—Disculpe, señor, ¿usted estaba ayer en la guardia?

—Sí, sí... ¿Cómo le va?

—¡Bien!, ¿mandó el mail finalmente?, ¿de usted hablaban recién en la radio?

—Sí, no debo haber sido el único, pero finalmente me comuniqué.

—¡Lo felicito, de verdad! Hay tanta gente que dice que va a hacer y no hace nada...

—Sí, lo entiendo. Pero políticos ya hay demasiados; lo mío es la investigación.

—¿Es investigador?

—No, pero cada tema que me interesa lo investigo, me preocupo, en fin...
¿Cómo le fue ayer con su hijo?

—Y ahí está, lo dejaron en observación ayer, y hoy estoy esperando a que le den el alta.

—Perdone usted que pregunte —insistió Benigno—, ¿pero qué tiene su hijo?

—¡Es simple! problemas de conducta como todo adolescente —respondió Agustín.

—Entiendo... no debe ser fácil, me imagino... Pero por lo menos usted tiene la oportunidad de enfrentar los problemas. Yo, en cambio, ya no puedo hacer nada más por mi hija.

—Siempre meto la pata yo...

—No se preocupe, no es tema suyo.

Luego de unos minutos de silencio, Benigno prosiguió:

—Cómo le cambia la vida a uno de un día para el otro. Un domingo estábamos los tres felices, mi mujer Teresa (que Dios la tenga en la gloria), mi hija Inés y yo. Recuerdo que fuimos a pasar un día de campo, hicimos un asado, nos reímos, sacamos fotos, y fuimos felices. Al otro día me fui a trabajar y... — dijo Benigno entre lágrimas.

—Entiendo. Tiene razón, yo me preocupo por cosas que todavía tienen solución. Creo...

—Lo extraño es que según la policía... —dijo Benigno y cerró sus ojos.

Minutos más tarde continuó Agustín—: mi hijo juega al fútbol en un equipo de primera división. Debutó de muy chico, pero tuvo malas juntas. Por motivos que desconozco, estuvo detenido dos días. Bah, en realidad los agarraron con marihuana y dicen que los vieron salir de una casa abandonada con objetos que no eran de ellos. Para no perjudicar la imagen del club, que en esos días estaba haciendo lobby con políticos para conseguir dinero para compra de jugadores, taparon todo... Y, vaya casualidad, la empresa de seguridad del club es “propiedad” del comisario, en realidad, de un cuñado del comisario. Desde ese día no juega. Está con ataques de pánico y tuvo un episodio de convulsiones con pérdida de conciencia.

—Mire, ¿estimado...?

—Agustín, Agustín es mi nombre. ¿Y el suyo?

—Benigno. Mire, Agustín, no es fácil la que tiene, pero está hoy con la posibilidad de resolverlo. Yo hoy no puedo hacer más nada. Me la pasé enojado mucho tiempo. Primero con Teresa, culpándola de todo. Luego con la vida. Y ahora que acepto y entiendo la situación, empiezan mis problemas.

—Sí, claro, imagino. Volviendo al tema de su mujer, conozco a alguien en la policía, así que puedo darle una mano si quiere. Por lo otro, cuénteme: ¿qué le anda pasando, Benigno?

—Vine a ver al urólogo porque me cuesta orinar; tengo un poco de dolor, entre otras cosas que pasan por ahí. Vine ayer y me dijeron que viniera hoy, ya que ayer no había guardia urológica.

—Tranquilo, hombre, seguro que no es nada.

—Sí, tranquilo estoy, eso creo... Debe ser todo emocional.

—Hola, pa —saludó Arístides, con su paso ligero, más bien torpe, sus *brackets* metálicos y su flequillo ondulado tipo Rolling Stone, que tapaba sus ojos. Cada tanto, para ver a quién dirigía la palabra, se lo corría, pero prefería no hacerlo, producto de su timidez.

—Hola, Arístides, ¿ya está todo en orden? ¿Nos podemos ir?

—Sí, sí, sí... Ya está todo en orden. ¿Vamos, pa?

—Sí, vamos. Te presento a Benigno, el hombre que te conté que me crucé ayer

en la guardia mientras te esperaba.

—Sí, me acuerdo... El pesado que quería llamar a la radio.

—¡Arístides! ¡Por favor, comportate!

—No se preocupe... Veo que tiene por delante más trabajo del que me imaginaba...

—Sí, sí, chau, señor, chau. Vamos, nene, vamos... ¿Ya tenías que dar la nota?

—¡Ese tipo! Ese...es muy raro.

—¡Dale! Echale la culpa al pobre hombre...

—En el club comentan...

—¡En el club comentan, en el club comentan...¿Qué comentan en el club?

—Que, luego de haber matado a su mujer y su hija, mató, o mandó a matar, lo que sería aún peor, a su hermana, su cuñado y las hijas del matrimonio.

—¿Todos fuman marihuana en tu colegio?

—¡Club dije!

—Peor...

—Dicen que a su mujer y su hija “las ayudó a morir con un cuchillo” —
Arístides hizo las comillas con los dedos de sus manos.

—Dicen, dicen...

—¿Benigno? ¡Qué nombre....! ¡Puaj!

— Y un favor te voy a pedir ¿Podés dejar de hacer las comillas con tus dedos?
Me suena a verso, parece un buen hombre. Además, no puede llamarse

Benigno y ser un *serial killer*. El cuchillo, mmm, deberían haber encontrado huellas.

—El que lo contó fue el hijo de tu amigo, el poli Rotardi; ni me acuerdo de su nombre: nunca me llevé con él.

—Ni yo con el padre.

—Luego que el hijo ventiló eso, lo cambiaron de colegio. Otorgame el beneficio de la duda.

—Te lo doy solo porque hablaste más de cinco minutos, y eso es mucho.

—Listo, no hablo más...

Mientras continuaban con la conversación, intercambiaron risas, movimientos cómplices, corridas. Hasta un abrazo completó aquella imagen única.

* * *

—Estamos de regreso. Siguiendo entonces con el programa de ayer, el profe Francisco nos contará ahora una posible explicación de lo que podemos entender cuando hablamos de “culpa”.

—En lo que respecta a culpa, y a pedido del oyente que nos escribió, podemos encontrar explicaciones desde distintos ámbitos. La propia historia tiene sus indicios, por lo menos los que se han podido detectar entre los siglos V a VII a.C, con Homero y la tragedia griega. Y acá el sentido que se le daba era que se producía una reacción por una conducta determinada, y por motivo de ello

se culpaba a alguien. Por ejemplo, “X se suicidó porque no soportaba las torturas de los oficiales”. Se daba entonces un hecho social que quedaba evidenciado según reglas implícitas o explícitas que imponían las instituciones que tenían el poder, como ser la religión, la política o el arte mismo a través de escritos, música o dibujos y determinaban qué era correcto y qué no lo era.

—Entonces, por acción u omisión, uno es culpable de hacer lo incorrecto, de no seguir ciertas reglas o de impedir que alguien haga lo correcto.

—Exacto, Ciro. Pero eso no es todo. En términos de derecho, un abogado nos dirá que un delito culposo es el acto u omisión que genera un resultado que está sancionado por la ley.

—Sí, ok, pero hasta acá hablamos de que hay una relación causa efecto. Ahora, ¿qué pasa con cosas menores? Me refiero a cosas del ámbito doméstico y con lo emocional, que es lo más cotidiano.

—Si nos trasladamos al ámbito psicológico, mi terapeuta me decía que las personas solemos reprocharnos a nosotros mismos cosas que hicimos mal, ¿mal según quién?, según el ámbito que nos movamos. Como decía recién, tanto la explicación del término como el autorreproche en sí puede ser en aspectos religiosos, políticos, artísticos, legales, y hasta incluso según las costumbres de la familia o grupo al que pertenecemos. Hacer algo diferente a lo que la mayoría hace (ya sea por consenso o porque una persona escribió determinadas reglas) lleva a uno a ser crítico y en el extremo castigador con

uno mismo.

—Como siempre impecable, muchas gracias.

—Es muy difícil en pocos minutos poder sintetizar algo que nos podría llevar un curso completo de un semestre, y más también.

—Sí, claro. Gracias de todos modos.

Les cuento que siguen las pancartas anónimas denunciando esta vez a la curtiembre. Nada más por hoy, nosotros nos despedimos hasta mañana con No Te Va Gustar, y un tema que promete: *No era cierto*. ¡Feliz lunes para todos!

* * *

“¿Qué sabe este de culpa? ¿Causa y efecto? ¿Reglas? Voy a tener que ir personalmente a educarlos a estos”, pensó el oyente Benigno mientras se limpiaba la baba que le caía por el costado de su boca.

Capítulo 4

20 de abril de 2009

Lunes por la mañana. Hace frío. En la habitación oscura el hombre habla en voz baja con la sombra, esa que lo acompaña desde que abre los ojos hasta que se levanta. Cansado ya a esa hora de la mañana, apoya las manos en la cama, se levanta y se sienta. Se acomoda las pantuflas, se acaricia la barba y se levanta. Gira, da la vuelta y camina unos pasos hacia atrás, toma la botella color ámbar, la abre, la huele, toma un sorbo y se queda inmóvil unos instantes. Con el correr de los días el brebaje va menguando el efecto de ardor en el paladar; sus ojos no atestiguan los sorbos y su frente no le marca el paso del líquido por su garganta. Luego de unos instantes, se sienta en la silla que está al lado de la cama; voltea su cabeza por sobre su hombro y contempla los libros acomodados perfectamente en la biblioteca. Toma la lapicera y la apoya en sus labios. Levanta su vista y mira en dirección a la pileta. Una vez más el olor a rancio de la comida que está en los platos incomoda su escritura. Se levanta, prende el equipo de música que tiene en la repisa, al lado de la puerta de salida, y pone en volumen alto a Mozart. Camina en dirección al bajomesada, toma el cuchillo que está entre los platos, lo mira y sonríe. El

hombre se sienta, toma la lapicera y escribe. Luego de unos minutos toma el cuaderno y lee en voz alta:

Teresa, la vida enseña, y muchas veces

lo hace a los golpes.

A veces no tiene piedad alguna.

A veces se enternece.

A veces nos muestra la realidad.

A veces nos hace sufrir.

A veces nos hace alegrar.

Y hasta ponernos felices.

“Felices, felices, felices... No exactamente”, piensa el hombre.

A veces no entendemos nada

de lo que la vida nos quiere decir,

y arrastramos a nuestros seres queridos

en nuestra negligencia e imprudencia.

Es que a veces no queremos

entender nada

de lo que la vida nos quiere decir.

Muy pocas veces vemos todo con calma y tranquilidad.

“Ahora me gusta más”, susurra en voz baja.

No lo culpo a él, ni te culpo a vos, Teresa.

*Pero ¿qué más tenés para mostrarnos, vida,
que cada día nos sorprendés con algo nuevo,
algo que nadie pensaba ni esperaba?*

“¿Qué es esto? ¿Otra vez escribo? ¿Será premonitorio o estoy loco? ¿O será esa maldita sombra que me atormenta con esos pensamientos macabros? Sé que falta poco para encontrarme con la verdad”, piensa el hombre en tanto que entrecierra sus ojos y frota la frente con su mano derecha.

* * *

En el hospital de Las Piedras, a diferencia del día anterior que había sido un domingo sin movimientos, se escuchaba insistentemente el murmullo de la gente que iba y venía. Llantos de niños, gritos graves y agudos que intentaban sobreponerse al movimiento. Las puertas de los consultorios se abrían y se cerraban.

A unos metros del tumulto, se podía visualizar una luz tenue en la sala de

espera de la guardia y se podía escuchar en tono bajo la radio barrial, que neutralizaba los ruidos del hospital.

* * *

Habitación oscura. Se prendieron las luces de su interior una a una; eran nueve en total, dispuestas en hileras de tres. En las paredes había espuma acústica color bordó. En el medio de la habitación había una mesa redonda de melamina, color blanca. A su alrededor había cuatro sillas. La más alta, de color negro, era la silla de Ciro. La de color azul, también alta, pero no tanto, era la de Belinda. Había dos sillas más, de color verde: estas eran para los invitados. Sobre la mesa había cuatro micrófonos con auriculares. Detrás de la mesa había un vidrio. Detrás del vidrio se podía ver al operador con los controles. Entraron Ciro y Belinda. Se sentaron. Apoyaron unos papeles y dos lapiceras sobre la mesa. Arriba a la izquierda había un cartel luminoso con la leyenda “AL AIRE”; estaba apagado. Las letras se encendieron:

—El poema continúa así:

*Tan mal te interpretamos
que hasta parecemos soberbios en el hablar,
en nuestro querer y en el actuar...*

Tan mal nos enseñaron a vivir

*que rechazamos lo bueno, matamos, condenamos,
y hasta hacemos tu trabajo,
aquel de juzgar a quien nosotros
creemos que debe ser juzgado.*

*Tan mal escritos están los libros
que ni siquiera difunden la verdad.
¿Puedo hacer tu trabajo, vida?*

*¿Será que es tan difícil aprender a querer y amar,
que más de una vez descreemos de vos, Señor?
¿Claro u obscuro?
¿Será de Dios, ¡carajo!,
que sea tan difícil aprender a vivir?*

En fin... otro poema más de nuestro poeta desconocido. Noté un dejo de resentimiento en este, ¿o me pareció? Hoy tenemos un programa lleno de novedades, con música y consignas para ustedes. ¡Buen día, Belinda!

—¡Buen día, Ciro! La primera consigna tiene que ver con que nos cuenten diferentes historias que les haya tocado vivir a ustedes, a un familiar o amigo. Las historias del día de hoy son historias de perseverancia, de empuje. Aunque

lo hayan logrado o no. No interesa tanto el resultado, sino más bien el camino que hayan tenido que transitar. Además de esas historias, hoy tendremos un programa especial dedicado a la banda del momento; ellos son del otro lado del charco, así que, mientras piensan, vamos a una tanda con una canción que puede resultarles inspiradora. No Te Va Gustar con *Tan lejos*.

* * *

—¡Buen día, señor! Una pregunta: ¿sabe si el doctor Castro atiende en este piso? —preguntó Ariadna al hombre que estaba de espalda. Dientes blancos, flequillo rubio lacio y tez blanca caracterizaban su rostro.

—Sí, pero por las dudas corrobore la información con las recepcionistas — contestó Benigno, con una oreja puesta en el programa de radio y con la otra en la inquietud de la joven que lo indagaba.

—Hola, no lo reconocí de espalda.

—¿Nos conocemos?

“Ahí vamos”, pensó Ariadna.

—Sí, es el tío de Fede.

—¿Tío? No tengo sobrinos. Me confundís con alguien más.

—Sí, seguramente. Es igual a su hermano usted. ¡Qué alivio que no es él!

—Sí, claro... Suele haber gente en recepción.

—Es que no hay nadie, y le pregunté a una persona que pasaba con el uniforme

del lugar y me contestó: “Están donde siempre...”.

—¡Qué raro! Suelen ser amables acá. ¿Están embarazados? Les veo la cara de felicidad.

—Estamos en eso —respondió Constantino, el esposo de Ariadna, con su ropa ajustada, pelo a ras engominado, todo combinado, y bronceado.

—Huy, metí la pata.

—No, no se preocupe. Estamos muy felices. Nos casamos hace diez años y nunca perdimos la fe, siempre con mucho optimismo.

—Están en el camino correcto; me refiero no solo a la actitud que me comentan, sino al doctor Castro. Fue quien hizo nacer a mi hija. Nosotros tampoco podíamos quedar embarazados; estuvimos como tres años buscando, y nada. En aquel entonces, con sus tratamientos homeopáticos, luego de solo seis meses lo logramos.

—Nosotros también probamos con él la homeopatía, pero no nos funcionó. Lo vimos hace como dos años, pero en el consultorio de Las Flores.

—Sí, todavía no sé para qué salimos de acá... ¿Vamos a ver si hay alguien, gordo?

—¡Ariadna, no seas ansiosa!

—Sí, sí, no mezcla el ganado. Homeopatía en Las Flores y ciencia en Las Piedras —agregó Benigno—. El único tema que les va a resultar un poco incómodo es cuando los saluda.

—¿Por qué? —preguntó Constantino.

—Saluda como pescado.

—¿Y cómo es eso? —preguntó entre risas Ariadna.

—Le amaga que le va a dar la mano firme y, cuando uno procede a darle un apretón de manos, la pone flojita y la mano queda a 45°, blandita. Es como darle la mano a un pescado. Pero es macanudo...

—Ja, ja, ja... Se ve que, según el lugar donde atiende, tiene un saludo diferente. En Las Flores es más relajado el asunto. Y ahora me imagino que ya es abuelo usted, ¿verdad? —preguntó Constantino.

—No, lamentablemente, mi querida hija falleció el mismo día que su madre.

—Ahora metí la pata yo.

—Ahí llegó alguien, me parece... —interrumpió Ariadna.

—No querido, pasó hace mucho. Ya lo tengo superado —agregó Benigno para minimizar la situación. Es increíble cómo en un mismo piso convive la vida con la muerte. Acá lo atienden a uno por una enfermedad terminal, y enfrente está Obstetricia o Ginecología. Pasó hace tanto que ya ni me acuerdo a qué se dedica este hombre.

—A las dos cosas se dedica, pero no es lo mismo ginecología que obstetricia

—aclaró Constantino.

—Seguro, siempre digo lo mismo. ¿Y qué tratamiento van a hacer?

—Fertilización in vitro —contestó Ariadna con una sonrisa de oreja a oreja.

—Imagino que debe ser caro eso, ¿verdad?

—Sí, hay de todo. Los tratamientos van desde \$25.000 —respondió Constantino.

—Va más allá de la plata, ¿Verdad, gordo? —agregó Ariadna—. Los dos tenemos ejemplos de nuestros padres, de matrimonios de muchos años. Seguramente ya lo sabe por su pariente. Los dos somos los hermanos mayores de familias con cinco hijos. Nuestros padres ya son grandes. El sábado festejamos las bodas de oro de los papás de Constantino, y en dos meses festejamos las de los míos.

—¡Qué lindo! —agregó Benigno.

—Obvio, imagínese que...

—Perdón...—interrumpió Constantino—, ¿cómo es su nombre? Hace como media hora que estamos hablando y no nos presentamos.

—Benigno.

—Mi nombre es Constantino, y ella es Ariadna.

—Mucho gusto; hacen una pareja muy linda. Al verlos me pregunto cómo sería mi hija hoy, cómo sería su familia, en fin...

—Debe ser duro, pero hay que seguir adelante, hombre —dijo Constantino con congoja.

—Sí, pero ya pasó. Miren, llévense bien con sus padres. Háblenles. Cuéntenles los problemas que tienen. Confíen en ellos como sus amigos.

Aunque sean pavadas, llámenlos para conversar. No se dan una idea de cómo da vueltas en mi cabeza todo eso. A pesar de que hoy todo cueste más, a pesar de la inestabilidad social o económica, no dejen que sus familias se derrumben.

“Ahí le atacó la bipolaridad”, pensó Ariadna.

—En la rutina eso es difícil, pero tratamos de hacerlo. Además, los cuatro futuros abuelos son superpredispuestos. Los llamamos a la hora que sea, y vienen. Nos llevan y nos traen cuando nos quedamos sin auto.

—Casi nunca nos quedamos sin auto, amor. Tenemos un cero km, don.

—Un cero con fallas, gordo—agregó irónicamente Ariadna.

—¡Bueno, no empecemos! Mejor voy a anunciarnos —dijo Constantino.

—¿Están ansiosos? —preguntó Benigno a la joven, en tanto que se acomodaba un alicate que le sobresalía del bolsillo del pantalón.

—Sí, si tan solo nos aseguraran que vamos a poder tener ese bebé, eso nos cambiaría terriblemente el día a día —respondió Ariadna que lo miraba inquietante.

—¿Saben ustedes cómo es el dicho? —preguntó Benigno mientras le miraba el busto a la joven.

—No, pero ya nos vamos ¿verdad gordo?

—No seas ansiosa y escuchá al hombre.

—Ciencia en Las Piedras, esoterismo en Las Flores.

—Sí, recién lo dijo, pero la verdad es que preferimos no salir tanto de Las Piedras, salvo alguna excepción.

—Pero... ¿No era que ya fueron? En fin... ¿Descendientes de griegos?

—Se mezclaron griegos e italianos en ambas familias ¿vamos amor?

—¿Y a qué viene eso de la ciencia y del esoterismo? —preguntó Constantino.

—Tengo una amiga que puede ver algunas cosas que están por pasar; es medio bruja.

—Mire usted. No le aseguro nada porque a Constantino no le gustan esas cosas...

—Deme el teléfono. Uno nunca sabe... —dijo Constantino.

—Ariadna Pérez y Constantino Pazzini por consultorio cuatro. Ariadna y Constantino Pazzini por consultorio cuatro.

* * *

—¡Buen día! Soy el doctor Castro, mucho gusto. ¿Ustedes son...?

—Ariadna y Constantino, mucho gusto. En ese momento ambos contuvieron la sonrisa y se acordaron del comentario de Benigno del saludo tipo pescado. Castro saludaba de manera diferente en cada lugar, pero se lo veía siempre igual, salvo su pelo cada vez más gris, vestido con ambo color blanco, su estetoscopio colgado y anteojos.

—Ah, sí, sí. Ustedes se trataron antes en el otro consultorio, ¿verdad?

—Sí, y en su momento usted nos dijo que, si la homeopatía no funcionaba, podíamos intentar con la fertilización in vitro. Y la verdad es que al principio no estábamos convencidos. Pero ahora estamos decididos —concluyó Ariadna, en tanto que no paraba de observar los detalles del lugar: escritorio de vidrio con base metálica color gris, sillón de cuerina azul, y camilla también de cuerina color camel.

—Entonces, ¿están informados?, ¿saben de qué se trata? Perdón ¿ese hombre que hablaba con ustedes es Benigno?

—Sí ¿por? —preguntó Ariadna.

—No está bien, traten de mantenerse al margen. Entonces, les paso a explicar el procedimiento...

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Ariadna, hasta que Constantino la interrumpió.

—¿Estás escuchando gorda?

—Sí, perdón, por un momento me distraje. ¿Y el tema de la extracción duele? ¿Me va a doler, gordo?

—Quédese tranquila, que va a estar cómoda.

—Y... doctor... ¿la transferencia de los ovocitos se hace el mismo día de la aspiración? —preguntó Constantino para cambiar de tema y distraer a Ariadna del tema del pinchazo.

—No, se hace de unas 48 a 72 horas posteriores. Tenemos que dejar el

material en óptimas condiciones de higiene y calidad, seleccionando los mejores embriones a transferir.

—¿Alguna otra pregunta?

—No por mi parte ¿vos groda? ¿Ariadna, estás acá?

—Ninguna pregunta.

—Entonces los espero. Hasta luego.

—Hasta luego —saludaron Ariadna y Constantino al unísono.

* * *

—Hola. ¿Y cómo les fue con Castro?

—Nos vamos, chau Benigno.

—Bien, pero saladito...—respondió Constantino—. Ahora, no te respondió lo del pinchazo. ¿Duele o no duele, gordita?

—Va a estar cómoda —respondió Benigno.

—¿Y usted por qué está acá, señor?

—Vamos, gordo, no lo molestemos al señor.

—Nada; rutina, cosas de la edad.

—¿Y todavía no lo atendieron? —preguntó él con asombro.

—¿Vamos, gordo? —insistió Ariadna, en tanto que miraba la mano de Benigno que se movía dentro de su bolsillo.

—No, el doctor viene demorado de otro lugar, así que tengo para un par de

horas. Mientras, me entretengo con la radio. Por eso me ubico siempre acá cerca del parlante.

“Algo raro esconde en su bolsillo”, pensó Ariadna.

—Bueno, hasta luego, Benigno —saludó la pareja.

—Hasta luego, muchachos —contestó Benigno; se dio vuelta, sacó un cortapapeles con forma de cuchillo de su bolsillo, tomó un sobre que tenía en el otro bolsillo del pantalón y lo abrió. En tanto que cortaba lentamente el sobre no le quitaba la vista de encima a la pareja que se retiraba. Ella volteó la vista y lo miró, en tanto que Constantino distraído puso sus ojos en la puerta de salida.

* * *

—Nada que ver esto con la covacha municipal. ¿Qué lujoso este lugar? ¡Al fin!

—¿Qué inquieta que estabas! ¿Quién es el viejo?

—No es viejo, está hecho mierda, pero es joven. Hace rato que no lo veía; sufre trastorno de bipolaridad con ataques de pánico. Si se ve sorprendido se hace pasar por alguien más, así que le seguí la corriente.

—No entiendo nada, ¿me explicás?

—En otro momento, gordo, ¿dale?

* * *

—Tenemos el poeta anónimo, la policía anónima, la justicia anónima, y también a nuestro ciudadano protestante anónimo. Esta vez, en su pancarta en manos de indigentes, pide mejorar las condiciones de los artesanos que trabajan en nuestro “Paraíso”. Así es, en fin... Nunca visto este cuadro... Si fuese nuevo acá, diría que es una de Cópola o de Scorsese... Veremos qué cola deja esto Ciro.

—Impresionantes historias, Belinda. Es todo por hoy, nos despedimos hasta la próxima con No Te Va Gustar, *Verte reír*.

* * *

—Benigno Alizaga por consultorio 9. Reitero: Benigno Alizaga por consultorio 9, por favor.

—Buen día, Benigno, ¿cómo dice que le va al hombre? —saludó Canelos a Benigno. Canelos era el típico médico que se llevaba bien con todos. Incluso recibía a todos los visitantes médicos a cualquier hora y solía irse con ellos a comer algún asado o a jugar algún partidito de fútbol. Alto, esbelto, pelo largo color castaño claro y ambo blanco: al igual que todos los ambos del personal del hospital.

—No me puedo quejar. Bah, en realidad sí, pero no voy hacerlo.

—Está muy bien, ¿y qué le anda pasando, amigo?

—Estoy con algunas dificultades para orinar.

—Ajá, ¿y alguna molestia?

—Sí, un poco. Me siento hinchado, muy hinchado.

—Ajá, y dígame, ¿algún episodio de fiebre?

—Sí, la semana pasada estuve dos días con 39 y 40°. No sentía que era un estado gripal: eso me pareció extraño. Así, de la nada, empecé a levantar temperatura.

—Sáquese el pantalón, que lo reviso. A ver... Vamos a hacer una prueba de laboratorio, ¿sabe?

—Sí, claro.

—¿Y esas cortaduras Benigno?

—Nada, accidentes domésticos.

—¿Alguna consulta, Benigno?

—Por ahora no. Hasta luego, doctor, y gracias por todo.

—Hasta luego, Benigno.

* * *

Ese sería un día de reflexión tanto para Benigno como para Constantino y Ariadna. Se mezclaba la necesidad de acudir a la ciencia, pero adelantarse por medio del esoterismo. Y eso no era común en las familias convencionales. Además, el pasado se hacía presente e influía en el comportamiento de ellos.

Habitación oscura. La luz de los autos que pasan ilumina esporádicamente la habitación, a través de la hendidura de la persiana barrio, y se alterna con el tic-tac del reloj.

—¿Te parece, Ariadna, ir a ver a la bruja?

—¿Qué tenemos para perder?

—Pero si nos ven entrar o salir de ese lugar, vamos a quedar escrachados mal. Ya fuimos a ese barrio y no nos fue bien.

—La verdad, no me interesa a esta altura. Solo quiero que me diga si estoy bien orientada y si vamos a gastar bien todos nuestros ahorros. Por más que este tipo sea una eminencia, no voy a hipotecar todos mis ahorros en un pinchazo del que ni siquiera sé si duele.

—Sí, puede ser, bueno, vamos mañana si te parece.

—Tampoco hay que salir corriendo. Mañana la llamo y arreglo para la semana que viene o la otra.

—¿Y ese aullido?

—Es de la casa de Víctorio, yo no sé que hace con los perros.

—Buenas noches. ¿Apago la luz?

—Sí, buenas noches.

Capítulo 5

4 de mayo de 2009

Esta vez, para esquivar la sombra y la escritura, el hombre permanece despierto toda la noche. La radio intercala sonidos con sus bostezos, en tanto que las luces de los autos en esa madrugada, que traspasan las hendidias de la persiana, frenan el brusco movimiento de los cabezazos. Entre auto y auto, entre luz y luz, se lo puede ver vestido siempre igual: con su pantalón de *jogging*, camisa en mal estado, pantuflas o zapatillas. Cada tanto se pone un gorro para no tener que peinarse.

Luego de varias horas de lucha decide levantarse; se calienta el café quemado que está en el jarro metálico y de manera ininterrumpida mira el bajomesada. Se levanta y camina en dirección al mismo, toma el cuchillo que está entre los platos, lo mira y sonrío. Niega con su cabeza, se sienta y apoya la lapicera en sus labios. Mira la biblioteca y toma un libro. Lo lee y recita algunas frases:

—“¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí”. “Mírame”. “Ya te miro”. “Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y atormentadoras llamas”. “¡Oh, alma infeliz!” “No me compadezcas: presta solo atentos oídos a lo que voy a revelarte”. “Habla, yo te prometo atención”.

“Luego que me oigas, prometerás venganza”. “¿Por qué?” “Yo soy el alma de tu padre”^[5].

De repente se da cuenta de que el hábito se va apoderando poco a poco de su rutina. Enojado, mira la lapicera y la revolea. Tapa sus oídos, cierra sus ojos y niega con su cabeza reiteradas veces.

—¡Bastaaaaaaaaa! ¡Callate ya de una vez! —grita el hombre. Luego de unos segundos su cara empieza a enrojecer, sus venas comienzan a hincharse. Se levanta, toma del pico de la botella color ámbar, se arroja al piso y comienza a llorar hasta que se duerme. Entre sueños balbucea; casi sin resistirlo busca la lapicera, la toma y escribe. Luego de unos minutos toma el cuaderno y comienza a gritar las palabras que casi involuntariamente ha escrito:

*Cofradía dicese de hermandad o congregación
que forman algunos devotos...*

*Todos tenemos una historia
que nos complica la vida.*

*Lo que nunca pensé,
es que ya no era parte,
y que por la sangre
fluía...*

“¡Cómo los quería a esos hijos de puta!”, grita el hombre.

*Nunca pensé que iba a abandonar
a todos mis seres queridos por ustedes.
Tampoco pensé que la inconsciencia,
la ira,
la locura,
y la congregación
tenían nombre.*

*He hecho muchas cosas que la razón no manda,
y que ningún sueño explica...*

*Ustedes fueron motivo de celos de todas mis mujeres,
también de cada risa mía,
y de cada lágrima también...*

“A vos no me refería Teresa. Vos, vos, vos eras diferente amada mía”, susurra el hombre.

Fueron motivo de cada orgullo,

y algunas veces de mi vergüenza.

Pero siempre, siempre, estuvieron y ¿estarán...?

Ahí...

En las buenas y en las malas...

Ustedes son mis hermanos,

y una vez más fuente de mi inspiración.

“No queda bien así”, piensa el hombre.

Ustedes fueron mis hermanos,

y una vez más fuente de mi inspiración.

“Ahora me gusta más”, susurra.

Ojalá

el tiempo nos conduzca otra vez

hacia el mismo destino.

Y si el diablo vence a los ángeles,

que estemos en el mismo infierno

*y que juntos podamos vencer,
una vez más,
a todos los demonios...*

“Heroico, suena heroico”, grita.

*Después de todo,
no será la primera vez que encaremos juntos
en la vida
una misión imposible...*

“Ya no más, ya no más...”, solloza.

Termina de leer y se tira al piso a llorar. Luego de dos minutos aproximadamente, se levanta, prende el equipo de música y pone en volumen alto a Mozart. Toma de arriba de la biblioteca una foto y la observa durante varios segundos.

—¡Cómo los quería a esos hijos de puta! ¿Por qué me hicieron eso? ¿Por qué?

Luego de unos instantes se queda dormido en posición fetal.

* * *

Lunes por la mañana. El reloj del bar del hospital marcaba las diez de la mañana. El olor a café impregnaba la sala, y Benigno inhalaba y exhalaba. El sol adormecía su cara y el sonido de los pájaros relajaba la tensión.

El bar era la única parte del hospital que no había sido *aggiornada*. Antes era una pizzería y, en pos de inaugurar rápidamente el lugar, solo se le hicieron algunas refacciones, una “pintada de cara”, como dicen. Se podía ver la barra forrada en cuero verde combinada con madera y las banquetas altas, para quienes solían ir a tomar algo en soledad. Apartadas de la barra estaban las mesas de algarrobo oscuro, pesadas y que hacían ruido. Cuando uno entraba desde el hospital podía ver a la izquierda la barra, a la derecha los *toilettes* y de frente las mesas. Detrás de las mesas había un gran vidrio con la leyenda de “Viejo Bar Las Piedras”, con firuletes y con la bandera argentina.

—Buen día, señor, ¿qué le sirvo?

—Un café, por favor —respondió Benigno.

—¿Prefiere que lo cambie a esa mesa de allá cerca de la ventana que hay más luz y le alcanzo un diario para que lea? ¿O prefiere seguir leyendo... Shakespeare? ¿Lee Shakespeare?

—No, gracias, prefiero acá. Es que escucho mejor la radio; además el sol está bien, no me molesta. Allá hay mucha luz y no la resisto a esta hora de la mañana. Sí, hacía bastante que no lo hacía, desde el secundario. Teníamos un grupo de lectura al que nos apasionaba la literatura inglesa, y cada tanto nos

juntábamos a recitar Shakespeare. Ahora hay un “poeta anónimo” que escribe a la radio, y me trajo recuerdos, solo eso.

—¿Gratos recuerdos? Yo también escucho esa radio, señor. Yo tenía un amigo que trabajaba ahí —agregó el mozo.

— Solo recuerdos, dejémoslo así... ¿Cambió de trabajo tu amigo?

—No, lo mataron. Según me dijeron el otro día, fue muerte pasional. Encontraron el cuerpo después de unos meses de muerto.

—¿Cómo se llamaba tu amigo? Seguro lo conozco: hace más de treinta años que vivo en la zona.

—Baldomero, señor; Baldomero se llamaba...

—Sí, algo escuché. Pero fue hace cosa de un año eso.

—¿Ya un año? ¿Tanto tiempo pasó? Qué barbaridad...

* * *

—Y continúa su poema diciendo:

Creo, otra vez, que es voluntad

del cielo que estemos acá,

juntos una vez más...

Y si el cielo nos alumbra

y nos acompaña,

agradecer
que mis amigos tienen
mi sangre,
y, gracias a Dios,
todos pertenecemos al mismo clan...

—La infaltable poesía de nuestro “Shakespeare” ¿Continuamos con más noticias?

—Sí, para empezar, tenemos para comentarles lo que muchos sabrán: el Club de fútbol Atlético Nacional está en llamas.

—Ciro, aparentemente padres de chicos de las divisiones inferiores del club presentaron denuncias porque el entrenador habría abusado de algunos chicos años atrás. Parece que uno de los chicos, hoy con catorce años, se quebró en llanto con uno de sus padres y confesó que, hace tres años, quien hoy es el técnico de la primera división habría abusado de él en reiteradas ocasiones.

—Eso no es todo, Belinda: cuando pidieron por orden de la justicia imágenes de esa época que habrían sido captadas por las cámaras, aparentemente los videos habrían desaparecido. Pero la historia no termina ahí. El cuñado del comisario sería el dueño de la empresa de seguridad que vela por la seguridad del club. Y hay varios jugadores que son potestad del comisario.

—El entrenador está prófugo; el comisario, suspendido; y comenzaron los

allanamientos en el club. ¿Paraíso? Muy lejos de lo que era...

* * *

—¿Cómo marchó todo, señor?

—Todo muy rico. ¿Puede ser la cuenta, por favor?

—Sí, cómo no. Qué terrible esto que contaban del club. Yo no sé qué está pasando últimamente en el barrio.

—Desde que está este intendente, esto es un desastre. Parece que desde hace un tiempo está armando un cordón que rodea a Las Flores, Las Piedras, El Sol y Granada, con asentamientos que cambia por guita.

—Qué bárbaro... Aquí tiene, señor. ¿Ya sale para su casa?

—No, ojalá... Estoy esperando que abra el laboratorio para retirar unos estudios, y luego veo al doctor.

—Bueno, suerte, señor.

—Gracias, pibe, nos vemos.

* * *

—Benigno Alizaga por consultorio 9. Reitero: Benigno Alizaga por consultorio 9 por favor.

Benigno tomó el libro, bebió de parado el último sorbo frío de café, respiró hondo, buscó los estudios, y salió rumbo al consultorio. Se paró frente a la

puerta del consultorio 9, lo miró, y se quedó paralizado unos segundos, como esperando que algo pasara. De repente, el doctor Canelos, que estaba detrás, lo invitó a pasar.

—Buen día, Benigno.

—Buen día, doctor.

—¿Trajo los estudios?

—Sí, aquí tiene.

—Yo no sé por qué cambiaron los sobres por estas bolsas plásticas para poner los estudios. El otro día casi me rompo un diente por abrir uno.

—Tome.

—¿Está armado? ¿Qué hace con un cuchillo en el bolsillo?

—No es un cuchillo, es un cortapapeles.

—¿Cómo anduvo estos días?

—Bien, no sé si es que el hecho ya de venir a verlo me tranquilizó, o es que no tengo nada y fue solo sugestión.

—Ajá... Déjeme ver. Mire, le voy a ser honesto. Hay un tumor en la próstata. Vamos a hacer estudios prequirúrgicos y vamos fijando una fecha para operar cuanto antes. No quiero alarmarlo, pero es necesario que lo resolvamos cuanto antes.

—El que va a usar el cuchilo ahora es usted doctor —dijo Benigno con la cabeza gacha. Los ojos se le enrojecieron, su cuerpo se encorvó, y el

cortapapeles cayó al piso.

—Hay tratamientos alternativos pero con algunas posibles consecuencias para su recuperación.

—¿Como cuáles?

—Náuseas, vómitos, diarrea, caída del pelo, fatiga, etc.

—No, vamos por la cirugía.

—Sí, por su edad y estado, me parece lo mejor.

—Gracias, doctor, nos estamos viendo. Aprovecharé el tiempo para visitar algunas personas y saldar cuentas pendientes.

—Sí, cómo no, pero con calma. Vaya haciendo los estudios y planificamos una fecha de cirugía. Tome su arma.

—Gracias, nos vemos. Arma no, cortapapeles.

—Chau, chau...

Benigno salió y se sentó en la sala de espera. Mente en blanco. Sólo atinó a posar fija su mirada en la pantalla del televisor que proyectaba de manera continuada las campañas de la época. Tomó el cortapapeles y lo miró fijo. Sonrió, frunció el ceño, sonrió, y lo guardó en su bolsillo.

—Hola, Benigno, ¿cómo estás?, ¿cómo te fue con el urólogo?

—Hola, Agustín. Acá estamos; tengo que operarme finalmente.

—¡Ehh!, ¿para tanto, che?

—Sí, hay un tumor. Por suerte no está avanzado, pero bueno. Hay que sacarlo,

no queda otra.

—Bueno, lo que necesites, che. Sé que nos conocemos poco pero, bueno, contá conmigo. ¿Shakespeare?

—Gracias. ¿Y tu pibe cómo anda?

—¿Escuchaste o viste algo de lo que pasa en el club? Tu libro me trae recuerdos del colegio.

—Sí, hoy justamente me enteré. No sabía si tu pibe jugaba ahí o en la contra. Sí, creo que fuimos al mismo lugar a estudiar.

—Aristides juega ahí. Encima le pregunté si alguna vez le había hecho algo a él, y se puso nervioso, revoleó las cosas. No sabés cómo se puso....

—Huyy, qué mal, che.

—Sí, vengo de ver a la psicóloga. Vamos a hacer algunas sesiones cada uno por separado y también algunas juntos. Además de esto, yo lo notaba un poco reservado, distante, arisco y, atando cabos, me preocupa un poco.

—Tu nene va a necesitar contención —dijo Benigno en tanto que metía y sacaba incesantemente la mano de su bolsillo.

—Sí, me siento muy culpable en este momento. Siempre lo inflé para que se creyera que era el mejor; lo inflé, lo inflé, y creo que eso lo presionó. Te noto nervioso Benigno ¿estás bien?

—Algo nervioso. Y sí... no es sano llevarlos de tan chicos a un pedestal.

—Sí, no sé qué estaba pensando. En realidad, en los años en que empezó a

brillar como la promesa infantil fue justo cuando su madre nos abandonó. Y yo me metí en ese tema; estaba obsesionado con salvarme con el pibe. Qué sé yo, uno hace lo que puede...

—Te entiendo, pero como te dije el otro día, tenés la posibilidad de cambiarlo. Yo no puedo hacer nada más por mi hija.

—Así que Shakespeare, ¿vos no eras uno de los tutores de Los Sacramentos?

—Sí, yo era uno de ellos. Hasta luego.

* * *

Con el correr de las horas la mañana se iba haciendo tibia en Las Flores. Una pareja caminaba de la mano, merodeando la estación. Típica estación de pueblo de antes. Si bien los cuatro barrios de El Paraíso estaban en proceso de modernización, había algunas zonas que comunicaban un estilo más bien *vintage*: la estación de trenes de Las Flores era una de aquellas.

—¿Estás segura de que es por acá, Ariadna?

—Sí, me dijeron que busquemos un almacén cerca de la Estación.

—Buen día, señor, buscamos a una señora que se llama... Dalia, ¿puede ser?

—preguntó soberbio Constantino.

—¿Tienen entrevista? —preguntó el almacenero.

—Sí, nos esperaba —contestó Ariadna.

—Pasen entonces, que está desocupada.

—Holaaa —saludó Dalia, con su usual dulzura.

—Hola, señora —saludaron al unísono Ariadna y Constantino.

—A ver, hermosa, dame las manos —y con una respiración profunda cerró los ojos y empezó a hablarle—: mmm, niñez agradable, feliz, ideal, principesca. Adolescencia con sueños, expectativas... Hay, hay... una gran desilusión, dolor, amenazas... tiremos las cartas.

»Las cartas nos muestran la unión, pero sobre una base muy blanda. Fijate: esta carta es la templanza, que implica logros materiales sobre todo en el corto plazo. Pero también salen el colgado, que implica dificultades, y la torre, que implica actitudes irreflexivas. Ahora sale todo el conflicto en el amor. ¿Desde cuándo están juntos ustedes?

—Desde los veinte años más o menos, o sea desde hace quince años ya —respondió Constantino, que estaba parado detrás de Ariadna tomándole los hombros y mirando con asombro a Dalia.

—¿Me podés esperar afuera? —preguntó Dalia a Constantino.

—No, que se quede —respondió con firmeza Ariadna.

—Como quieras, hermosa. ¿Tuviste algún aborto? —preguntó Dalia sin pelos en la lengua.

—Sí —respondió de manera tibia, temblando, con los ojos empañados, y levantando la vista hacia Constantino de manera muy lenta y con los ojos a media asta.

—¿Ehh...? —exclamó Constantino.

—Ahora no —dijo Dalia a la pareja.

—Está bien, no sabía cómo decírselo y creo que es la oportunidad. Tuve dos abortos.

—Con perseverancia van a lograr tener ese bebé que tanto buscan, pero con mucho amor el uno al otro, sin reproches. Si están acá, me refiero a hoy juntos, es por el camino que llevan recorrido juntos, y cada uno por separado. Es decir, son lo que son por lo que fueron alguna vez, en esta u otra vida. ¿Soy clara? —manifestó Dalia con firmeza y abriendo los ojos muy grandes.

—¡Sí! —respondieron al unísono Ariadna y Constantino, que no salían del asombro por la certeza con la que Dalia había adivinado el motivo de la visita.

—Además, veo una persona oscura. ¿Seguís viéndote con esa persona? Digo, con quien estabas en pareja cuando abortaste.

—No.

—¿Y a su entorno?

—Tampoco.

—Qué raro, bueno... Creo que es bastante por hoy. Tienen mi teléfono y saben dónde vivo.

—Una pregunta, señora —exclamó Constantino.

—“Dalia”, decime “Dalia”, querido.

—Dalia, ¿siempre vivió acá usted?

—¿Por?

—No, curiosidad; me pareció tenerla vista de otro lado.

—Sí, vengo de Las Piedras. Pero algunas familias se molestaban de verme, y para no generar tensión alquilé mi casa y me vine para acá a lo de unos amigos.

—Puedo haberla visto por allá —concluyó Constantino, que en parte tenía curiosidad y en parte quería evitar seguir hablando de los abortos de Ariadna.

—Y estuve mucho tiempo ahí; mi familia es de ese lugar. Pero, bueno, creo que no es el momento. Tendré que esperar mi oportunidad, y así poder continuar mi historia, al igual que ustedes. A menudo la vida se comporta como una rueda: gira, gira, y hay que esperar a que pegue la vuelta. Algunas veces, perdemos el tiempo, otras la pegamos enseguida. Es muy complejo de explicar en este momento, pero creo que con el tiempo lo van a ir entendiendo.

—Seguro, Dalia, muchas gracias —respondió Constantino, en tanto que Ariadna mantenía la cabeza contraída por la tristeza.

Capítulo 6

11 de mayo de 2009

El hombre está sentado con la lapicera en la mano, la mueve de derecha a izquierda mientras muerde sus labios.

—¿Y? ¿Qué pasa hoy? ¿No hay sombra? ¿No hay voz? Ya tomé de la botella y nada, ¡hoy no pasa nada! —grita el hombre.

De repente cae vencido por el sueño, hasta que su frente golpea en la mesa, y despierta sobresaltado. Luego de dos minutos aproximadamente, se levanta, prende el equipo de música y pone en volumen alto a Mozart.

Casi de manera refleja comienza a escribir, intercalando algunas frases con movimientos de sus manos y cabeza al ritmo de la melodía. Toma unos sorbos de la taza con café que tiene a su lado y comienza a leer en voz moderada, con aplomo:

*Sarcástica desilusión, Caín,
que en tus sombras arrastrás a Abel,
te vas,
te reís,*

aparecés,

desaparecés.

¿Dónde estás, hermano, que no te veo,

pero te siento?

“Vamos, vamos, hoy no me dejes, por favor... ¡No puede ser, profesor de literatura especializado en Shakespeare y no puedo terminar este verso de mierda!”, grita el hombre y mira hacia arriba. Toma la lapicera y escribe en el cuaderno. Lo mira y recita en voz alta:

¿Por qué venís, soldadito?

¿Qué buscás en tus penurias?

¿Cuántas lágrimas más te has de llevar, traicionero?

No las conseguirás,

pero te confieso

que esta pérdida la pagarás,

con lágrimas,

con sangre,

o con las sombras de tu hermano

traicionero.

Luego de finalizar la lectura asiente con su cabeza y mira a lo lejos.

—Infeliz, no te vas a ir con mi plata —dice el hombre, en tanto que va tomando distintos objetos de la casa y los mete en una bolsa de residuos negra. Poco a poco se va deshaciendo de algunos objetos viejos; mientras, intenta mantener la limpieza, alejando los olores, para así poder escribir.

* * *

Lunes por la mañana en el hospital de Las Piedras. El frío, los problemas de tránsito y las protestas hacían de ese lunes un día atípico, con poco movimiento. Como si las enfermedades y los temas de salud se hubieran tomado el día. Parecía un domingo más que un lunes. En la sala de la guardia, el sol iluminaba el habitáculo y el sonido de la radio intentaba suplantar el usual murmullo del hospital.

* * *

—Buenos días a todos. A diferencia de otros días en los cuales nos gusta abrir el programa con más entusiasmo, hoy, como muchos sabrán, es un día de tristeza para Las Piedras y para todos los que habitamos esa hermosa zona de la provincia. Esta parte alejada de la capital que, al no tener históricamente un desarrollo industrial importante, hizo que fuera una zona segura, ya que no hubo movimientos importantes de gente. Pero desde hace un par de años a

estos días se puso de moda, precisamente por la tranquilidad, y esa prensa hizo que poco a poco fueran apareciendo caras nuevas. Desde nuestra parte, los que vivimos acá toda la vida los recibimos muy bien y en muchos casos podemos decir que han traído alegría, trabajo, nuevas historias, en fin... Lamentablemente, no en todos los casos es así, ya que también hemos vivido casos de violencia e inseguridad extraños para los que no estábamos acostumbrados a ver de cerca este tipo de episodios. Sin ir más lejos, los que hacemos esta radio perdimos a un amigo y compañero de trabajo. Me refiero a Baldomero Cozia, quien fue abusado en reiteradas ocasiones después de haber sido... asesinado. En esta ocasión se trata de un caso que implica a menores, ¿verdad, Belinda?

—Es así, Ciro. Esta mañana encontraron descuartizado en bolsas, cerca del basural, el cuerpo de Irene López, quien había estado desaparecida por dos semanas.

—Lo terrible, Belinda, fue cuando los familiares encontraron a los hijos de Irene y Caín Sánchez, quien sería el autor intelectual y material del homicidio.

—Los tres hijos, de 6, 9 y 12 años respectivamente, estaban con golpes en todo el cuerpo, quemaduras y, en el caso de la nena de 12 años, habría sido abusada y estaría embarazada de su propio padre. Aparentemente, encontraron armas, drogas y objetos robados.

—Estamos en contacto con Esteban desde el lugar del hecho. Hola, Esteban,

¿qué otra novedad podés contarnos?

—Estoy con Albina, la madre de Irene, quien accedió a responder algunas preguntas. Señora, ¿puede contarnos cómo era la relación entre su hija y Caín?

—Él era un violento. Me golpeó a mí, a mi hija, a los nenes, a todos.

—¿Hicieron la denuncia? —preguntó Esteban.

—Sí que la hicimos, pero él trabajaba para el comisario, y no nos tomaban la denuncia, ¿vivo?

—¿Qué otro dato nos puede aportar?

—Está desaparecido junto con su hermano, se llevó toda la plata... hasta las botella de cerveza agarró el desgraciado. Y lo más terrible es que están asustados esos tres chicos... El desgraciado hizo cortarles a ellos tres el cuerpo, después que la matara a golpes. Hizo llevar la bolsa hasta el basural de madrugada para que nadie los viera —concluyó la madre entre lágrimas.

—Muchas gracias, señora. Eso es todo. Informó Esteban para *Mañanas en el paraíso*; volvemos a estudios. Concluyó Esteban, con su característica firmeza y elegancia. Siempre vestido de traje, de ojos claros y pelo negro, corte moderno con cresta y gel.

—Gracias, Esteban, hoy es uno de esos días en los cuales nos replanteamos el nombre del programa. Ahora sí, cambiando de tema, seguimos con el poema que dejamos en el programa de ayer.

—Es así, la consigna era que nos escriban y propongan un final a ese

poema.

— ¿Cómo fue la repercusión?

—Hubo de todo... Algunos se tomaron el trabajo y otros acusaron de demente a nuestro poeta anónimo.

—Y el final dice así:

¿Sos real?

Por momentos pareés una pesadilla

a la que pronto pondré fin,

y por momentos un interminable cansancio mental.

Hasta que llegás,

no te veo,

no te escucho,

ni te presto atención,

pero repentinamente siento

que llegás,

te reís,

aparecés,

... y te vas.

* * *

—Buen día, ¿usted es Benigno Alizaga, verdad?

—Sí, mucho gusto.

—Mucho gusto. Naúm es mi nombre.

—¡Qué nombre raro!, nunca lo había oído... —dijo Benigno, pero el nombre no fue lo único que le causó sensación, también su aspecto: pelo canoso, de estatura baja, ojos achinados y piel arrugada color morena.

—Je, je, je... siempre me dicen lo mismo. ¿Qué lo trae por acá?

—No sé, me tengo que operar y me dijeron que lo vea.

—Yo no lo llamé a usted: usted me pidió una entrevista.

—¿No se supone que usted debe orientarme?

—Sí, es verdad, bueno, cuando esté presente lo oriento. Nos vemos en una semana.

—Pero...

—Hasta luego, señor —contestó Naúm y, sin dar muchas explicaciones, tomó un libro amarillento de su morral y se puso a leer sin prestarle más atención.

* * *

—Hola, Benigno, ¿escuchaste la noticia de esa mujer que fue asesinada por su marido y que...?

—Justo acaban de dar la noticia acá en la radio.

—Ah, mirá vos, yo la vi en el cable. ¿Cómo estás vos?

—Un poco mejor, acabo de ser atendido por un terapeuta, quien me dará apoyo psicológico antes de la operación.

—¡Qué bueno! Yo también estoy en eso; a mí me espera la terapeuta de Arístides.

—¿Cómo anda tu pibe?

—Mirá, si te cuento no me vas a creer. ¿Tenés tiempo? El sábado a la tarde fuimos a pescar al río, tomamos mates, charlamos; la pasamos bárbaro. Y ahí salió el tema de la confianza. Parece que la terapeuta le dijo que, en este momento de su vida, para remontar, había que trabajar la confianza en las relaciones.

—Sí, es muy importante eso.

—¿A que no sabés qué hizo el turro? Me pidió el auto para salir con una amiga. Como no tenía registro, le dije que no pasara más allá del muelle. Aparentemente, venía todo muy bien: me mandó mensajes cuando estaba por cenar y luego que se iba a jugar al pool en el pub que está al lado del muelle.

—Ajá...

—Como a las dos de la mañana, me suena el celular, ¿y quién podía ser? De la comisaría:

»—Le habla el oficial Rotardi, ¿usted es el padre de Arístides Citakis?

»—Sí, hola, Rotardi, soy yo, Agustín: fuiste al colegio conmigo.

»—Ah, mirá vos, las vueltas de la vida, querido Citakis. ¿Te acordás de cómo

me volviste loco toda la secundaria?, ¿te acordás?!

»—Sí, no es hora para hablar de eso, ¿qué pasó con Arístides?, ¿es por el registro?, ¿me llamás por eso?

»—No, no, no, mi querido Citakis. Encontré a tu hijo con tres adolescentes, todas menores de edad en tu auto.

»—Es un capo mi hijo, ¿te dio envidia?

»—No te apresures; estaban con éxtasis, viagra, marihuana, y cerveza, que eso sería lo de menos, y... estaban los cuatro desnudos.

»—¡Qué pelotudo! No hace una completa...

»—En eso sí se parece a vos.

»—Dejalo venir, mañana paso y arreglamos cuentas.

»—Te lo mando en un patrullero, pero tu auto queda acá, ¿me oíste?

»—Sí, ok, chau.

—Qué atrevido el pibe —comentó Benigno.

—Sí, cuando llegó no sabía si reírme, matarlo o qué hacer...

—¿Y qué hiciste en una situación así?

—Lo miré serio, pero enseguida nos empezamos a reír. Hoy la autoridad entre un padre y un hijo no es lo que era antes.

—Cómo les cuesta a los padres modernos poner límites...

—Y sí...

—Ahora, ¡qué jugado el pibe! ¿Cómo hizo para meter tres pibas en el auto y

ponerlas en bolas a todas? Voy a tener que pedirle consejos, me parece... Yo si no es a punta de lanza, no gano nada...

—Y... aparentemente dice que es común hoy que haya varios autos llenos de gente en una zona teniendo sexo, y el resto mira. Dice que estaban él y la amiga, y se acercaron dos pendejas más en bicicleta y se ofrecieron para sumarse. Una de ellas tenía un arsenal de drogas en la mochila y se descontroló todo.

—Vas a tener que controlarlo con el tema de las drogas.

—Me jura que solo tomó viagra, y en algún momento probó marihuana, pero que no se droga. Dice que era todo de las minas...

—¡Qué bárbaro esto que me contás! Uno de estos días me voy a dar una vuelta por ahí, a ver si engancho algo...

—Sí, yo no salgo de mi asombro. Además, al otro día todavía le duraba el efecto del viagra, una risa... Con lo que me costaba tener sexo a mí cuando era pendejo...

—Ja, ja, ja... sí. ¡Y yo que me casé virgen...!

—Ja, ja, ja... ¡Ah! Le pregunté a Rotardi por lo de tu familia, y me dice que está archivado. Es una de las cosas que por algún motivo las mandan a archivo, solo eso me dijo.

—Está bien, no revuelvas más...

—Despreocupate, tengo una conocida en Inteligencia que está atrás de varios

casos raros que andan pasando.

—Está bien, no revuelvas más...

—Perdón, no te enojés. Nunca supe al final qué fue lo que les pasó...

—¿Nunca supiste? ¿no te lo dijo tu contacto? ¿nunca escuchaste ningún rumor?

—Perdón, no quería molestarte...

—Después de ese domingo feliz, que sacamos fotos y fuimos felices. Al otro día me fui a trabajar en tren para que ellas pudieran ir al colegio y a su trabajo respectivamente con el auto. Lo que me dijo mi mujer minutos antes de morir es que le había sonado el celular, se había agachado para agarrarlo, y ese segundo de distracción había hecho que perdiera el control del auto. Inés murió al instante, y ella estuvo en estado crítico por tres meses, hasta que finalmente murió. Nunca tuve el coraje de revelar esas fotos, ¿sabes? Lo extraño es que según la policía el auto que la chocó la embistió de costado y la arrastró más de cien metros, y nunca lo ubicamos, o sea que sigue siendo un misterio, más allá de la distracción de Teresa.

—Hablando de casos raros, el otro día llegué de trabajar y estaba la puerta entreabierta, se ve que la forzaron para entrar.

—¿Te robaron?

—No, revolvieron todo pero no se llevaron nada, para mi se confundieron de casa...

—Agustín Citakis por consultorio 5. Reitero: Agustín Citakis por consultorio

5, por favor.

—Te llaman; nos vemos, Agustín.

—Chau, chau, Benigno

* * *

—Buen día, señor... Agustín... Citakis, ¿dije bien?

—Sí, usted es la doctora Clara, ¿verdad?

—Sí, dijo bien: doctora Clara Aletaxás, y también mi familia proviene de acá de varios años y varias generaciones. Bien, quería hablarle de su hijo y de lo que pude ver en estos meses de trabajo —dijo de manera veloz Clara. De pelo rubio, ojos claros y tez bronceada.

—¿Qué pudo ver en Arístides?

—Muchas cosas, pero empecemos a ordenar.

—¡Sí, por favor! —respondió él y pensó: “Huy, encima que me trata de usted, no larga una sonrisa ni a palos, y tiene un resorte y una papa cuando habla la agrandada esta”.

—Bueno, por empezar, es muy difícil entablar un diálogo con su hijo. ¿A usted cómo le resulta?

—¡Imposible!

—¿Y qué hace cuando le resulta imposible dialogar con su hijo?

—Silencio.

—Ya sé, me puedo imaginar, pero digo... ¿intenta cambiar de perspectiva?

—Sí, a veces miramos tele, otras pescamos, y algo más debemos hacer...

—Es verdad, silencio; hacen silencio...

—Por eso estamos acá, doctora Clara Aletaxás.

—Bueno, permítame decirle que debería intentar otra cosa.

—Y dígame, doctora, cuando a usted le costó hablar con mi hijo, ¿qué hizo?

—Y... comencé con las mismas actividades que uso con los chicos del jardín.

—¡Sabía que era medio retardado!

—¡Por favor, señor! Si así trata a su hijo, esto es más grave de lo que pensaba.

—Perdón, perdón, continúe...

—Algunas veces los juegos permiten que la persona que tenemos enfrente baje la guardia y así, poco a poco, a través del juego nos van dando información.

—¿Como yo con la pesca?

—Casi... sería interesante alguna actividad en la que él pueda expresarse, hablar, moverse, interactuar con usted.

—Ah, sabía que por algo estábamos acá...

—¡Señor!, ¿es mucho pedirle que se guarde para usted sus pensamientos? —respondió Clara, y pensó: “Este es un primitivo, ¡pobre pibe!, está perdido...”.

—Sí, perdón, perdón, continúe...

—Pruebe con otra actividad, juego de cartas, por ejemplo.

—¿Para que baje la guardia?

—¿Ve que si se esfuerza puede? —dijo ella, y pensó: “Al fin se le cayó una idea al Neanderthal”.

—Sí, creo que es bueno empezar por divertirse y lograr que se afloje, que nos aflojemos, ¿y luego qué?

—Luego trate de buscar juegos que impliquen algún tipo de compromiso para con usted, por ejemplo, pintar la casa y que él elija los colores, o pedirle sugerencias a él sobre cómo mejorar algo que a usted le preocupe. Arístides es un chico muy capaz; a pesar de lo que usted piense de él en este momento, los juegos de lógica los resolvió sorprendentemente por encima de la media.

—¿Sigue hablando de los juegos de chicos de edad preescolar?

—No, esta vez hablo de los juegos de lógica que uso para orientación vocacional de chicos universitarios.

—Apa, no es tan pajero como pensaba...

—¡Señor!, ¡por favor!

—Perdón, continúe...

—Su hijo necesita estimulación, confianza, que lo haga partícipe de algunas decisiones. ¿Siempre tuvieron tanta distancia?

—No, cuando él era chico nos llevábamos muy bien... hasta que su mamá nos dejó.

—No es tema de esta terapia, pero puede servirme la información, ¿qué fue lo

que pasó entre usted y su esposa?

—Mi esposa era una mujer intelectualmente brillante, una científica muy buscada por todos los países del mundo. Un día entró en un programa de colaboración con la NASA y de repente, de un día para el otro, nos juntó a los dos de madrugada y nos dijo: “No puedo decirles mucho, solo que estoy ayudando al mundo entero en el proyecto en el que estoy; para protegerlos a ustedes, tengo que irme”. Nos besó en la frente a los dos, y se fue en un auto que la esperaba afuera. Desde ese día todo cambió en nosotros. A partir de ahí tengo registro del silencio en los dos. Incluso para las actividades que cada uno hace o mismo para las que hacemos juntos. Nada que implique manifestar ningún estado emocional. Creo...

—¡Bravo! Avanzamos mucho hoy; le pido que comience a implementar lo que charlamos, ¿puede ser?

—Sí, pero... ¿Puedo hacerle una pregunta?

—No señor, ya se nos acabó el tiempo, nos vemos en unos días. Recuerde: llega puntual y se va puntual...

—Ok, hasta luego —saludó Agustín a la doctora, bajó su vista y pensó: “Tiene buenas gomas la cheta”.

* * *

En la sala de espera estaba Arístides. Celular en mano, auriculares puestos, mascando chicle.

—Hola hijo ¿qué hacés por acá? ¿hijo? —dijo Agustín, y le quitó los auriculares de sus oídos—. ¿Me puedo sentar?

—Hola pa, sí, sí, sentante. Te vine a esperar. ¿Qué onda viejo?

—Y es un poco rara tu psicóloga, pero bueno ya vamos a superar esta etapa.

—Recién lo vi al viejo raro.

—¿Benigno?

—Sí, sí...

—Me contó lo de la mujer y la hija, qué terrible.

—¿Cómo las mató?

—No las mató, dice que fue un accidente.

—Dicen que las mató.

—Dicen... Dicen... Fue en un accidente automovilístico.

—Sí, algo escuché, dicen que tenía una camioneta negra y que la usaba para ir a pescar con sus amigos del grupo Los Sacramentos.

—Ahora que lo mencionás, lo escuché a Patricio decir una vez que iban en camioneta a pescar con el grupo del secundario.

—¿Nunca fuiste con ellos?

—No, ellos son más grandes. El grupo lo fundamos nosotros pero ellos, siendo los del último año, se metieron y ahí se pudrió todo. No recuerdo bien qué pasó, pero sé que a algunos los echaron, y yo de este hombre no me acuerdo. Bah, por ahí estoy confundido. Qué sé yo. Eso está en el cajón de los

recuerdos, como muchas otras cosas...

—Yo escuché cosas terribles de ese hombre.

—¡A ver, cerebritito! ¿Qué más dice esa manga de hippies?

—¡Apa! ¿Te interesó? Dicen que su hermana, cuñado y sobrinas se murieron en un incendio. Los cuerpos aparecieron calcinados y estaban atados de pies y manos con alambres. La policía empezó a investigar y luego pararon todo. Dicen que fue intencional el incendio. Luego “el buen hombre” —Arístides hizo las comillas con los dedos de sus manos— se quedó con todo. De hecho daba clases de informática en el colegio, y desde esos “episodios” —Arístides hizo nuevamente las comillas con los dedos de sus manos— dejó de trabajar. Es raro; a la mañana daba clases de literatura y a la tarde de informática. Y lo extraño es que en los dos casos encontraron un cuchillo cerca de la escena del crimen. Pero las víctimas no tenían heridas superficiales. O no las encontraron.

* * *

—Buen día, señor Benigno, ¿qué lo trae hoy por acá?

—Estuve pensando, señor Naúm, y la verdad es que tengo miedo de operarme.

—Ahora me gusta más, siga...

—Me da temor no saber quién va a cuidar de mí, y peor aún: qué pasa si no salgo de la operación.

—¿Qué pasa?

—Por un lado siento resignación, y por otro te...

—¿Resignación?

—Sí, tuve una vida muy dura, y...

—¿Tuvo? Todavía la tiene, señor.

—Es verdad, la tengo pero, si miro atrás...

—¿Y por qué mirar atrás? ¿Por qué no mirar adelante?

—Porque creo que tengo cosas por resolver de mi pasado... Hay muchos fantasmas.

—¿Como cuáles?

—Yo tenía una familia, y un día no la tuve más.

—¿Qué pasó?

—Un día de lluvia, para que mi mujer y mi hija no se mojaran y llegaran bien a su destino, les sugerí que usaran el auto. Mi mujer se distrajo en el camino y chocaron. Mi nena murió instantáneamente, y mi mujer estuvo un tiempo grave hasta que murió. Y yo un pude hacer nada, solo verlas morir —dijo Benigno en tanto que manipulaba el alicate que tenía en el bolsillo de su pantalón.

—¿Qué le produce pensar en eso?

—Un poco de tristeza, impotencia porque no puedo hacer nada, a veces bronca porque no pudo haberse distraído así mi mujer, y otras tantas resignación.

—Disculpe Benigno, ¿qué lo distrae en el bolsillo de su pantalón?

—Nada, disculpe, olvidé cortarme las uñas hoy.

—Sigamos...

—Por momentos no veo la hora de estar con ellas. Por ahí esto es una oportunidad.

—¡Eso me gusta! ¿Una oportunidad para qué?

—Para estar con ellas.

—No, veníamos bien y se derrumbó. Nos vemos en una semana.

—Pero acabo de empezar.

—Yo ya terminé.

—Yo no. Estoy acostumbrado a dar yo las órdenes, ¿me oyó?

—Nos vemos mañana. —dijo Naúm y, sin dar muchas explicaciones, tomó el libro amarillento de su morral y se puso a leer sin prestarle más atención. Benigno sacó el alicate del bolsillo del pantalón y se lo pasó por la barba en tanto que miraba de reojo a Naúm, mientras se retiraba.

* * *

—¡Buenos días, país! El programa de hoy viene con todo, Belinda.

—Así es, Ciro. Recuerdan la noticia que dimos sobre la clonación de caballos de polo de un empresario argentino.

—Sí, recuerdo.

—Uno de los caballos se expuso ayer en algunas calles céntricas de los cuatro

barrios de El Paraíso.

—Sí, era un caos transitar ayer.

—Recién me llegó un mensaje de texto que el caballo apareció muerto. Aparentemente lo envenenaron.

—¡Cada vez peor!

—Además, el caballo tenía cortaduras por todas partes.

* * *

—Buen día, señor Benigno, ¿qué lo trae hoy por acá?

—Hoy me trae un poco más de alivio. Aunque sigo teniendo cierto temor.

—Vamos progresando. Siga.

—Después de mucho tiempo, estuve ordenando mi casa, tiré algunas cosas. Lo que era la habitación de mi hija la transformé en una biblioteca, y...

—Uauu, muchos cambios. No se apresure tanto, hombre. Mire que puede pasar muy rápido de la euforia a la depresión.

—Sí, pensé en eso pero, después de haber estado mucho tiempo sin hacer nada, tuve la necesidad de ordenar.

—Eso me gusta, pero con calma. Nos vemos en una semana —dijo Naúm, y sin dar muchas explicaciones, tomó el libro amarillento de su morral y se puso a leer sin prestarle más atención.

—Nos vemos en una semana, señor Naúm —dijo Benigno; sacó el

cortapapeles del bolsillo del pantalón y se lo pasó por el cuello en tanto que miraba de reojo a Naúm, mientras se retiraba. Con la otra mano se secó la saliva que caía por el costado de su boca.

* * *

—Este mail lo manda... ¿Anacleto de Granada? ¡daaaaleeee! ¿En serio querés que creamos que te llamás así? ¡Da la cara, “Anacleto”! En fin... el mail dice: “Se habló mucho de la clonación estos días. No pierdan más el tiempo con los animales, yo clonaría a mi mujer; así, dentro de 20 años, cuando esté toda caída, tendría su clon de 20 bien fresquito...”. Ja, ja, ja...muy bueno el chiste, “Anacleto”. Es todo por hoy. Les prometo que para la próxima tendremos en vivo al doctor Alandreu, quien nos explicará bien de qué se trata esto de la clonación. Ahora sí nos despedimos con Los Auténticos Decadentes, *Sigue tu Camino*.

* * *

—Buen día, señor Benigno. ¿Cómo fue la semana?

—Mejor.

—¿Qué novedad?

—Seguí ordenando, compré algo de ropa. Un poco de pintura y seguí con la limpieza.

—Vamos bien. ¿Qué pasó con los fantasmas?

—Ayer soñé con uno.

—Siga, siga.

—Estábamos Teresa, Inés y yo. Y aparecía un hombre encapuchado y acribillaba con un cuchillo a Teresa e Inés.

—¿Y con usted qué pasaba?

—Con, con, conmigo... —Benigno se puso pálido, comenzó a temblar y hasta se orinó encima.

—¡Enfermeras! ¡Enfermeras!

Capítulo 7

15 de junio de 2009

El hombre camina de un lado para el otro de la habitación oscura; solo se puede ver el reflejo de su figura con la luz del sol que entra por las hendidias de la persiana. A medida que el día crece, el contorno se hace figura. Camina en tanto que golpea suavemente la lapicera en sus mejillas, de un lado y del otro, como para buscar alguna reacción. Acaricia su barba gris oscura; sin querer roza la lapicera en su *jogging*, y mira para ver si lo manchó como un acto reflejo, pero es imposible que una lapicera marque ropa de color negro. Toma la gorra de la mesa y se la pone.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sin brebaje hoy, sin brebaje, por favor...

Se dirige rumbo al equipo de música, y pone en volumen alto a Mozart. Se sienta, toma la lapicera y comienza a escribir. Luego de unos minutos y con lágrimas en los ojos, lee en voz baja:

Vivir un sueño,

y que comience de la mejor manera posible,

es lo que todo ser humano sueña desde sus comienzos.

*Triunfar en la política,
en la educación,
en la ciencia,
en la tecnología,
en cualquier disciplina,
o simplemente ser un héroe urbano,
anónimo, y llevar a cabo acciones por el bien común:
significa que un ciclo se ha consagrado...*

*Todo comienza con algo mágico,
algo inesperado,
algo que nos indica que por algún motivo
transitamos
el camino que ya estamos transitando.*

*También puede ser por un fracaso,
un rechazo,
un desprecio,
o un enemigo común.*

Lo difícil comienza con las despedidas.

*Sufren los que se quedan, Teresa,
los que nos extrañan, Inés,
los espectadores de la desgracia, Agustín.*

El hombre toma el teléfono celular que está sobre la mesa, marca un número y lo pone en su oreja.

—Holaaa... Sí, ¿cómo te fue con el ministro?... ¿Cómo cuál ministro?... ¿Hablaste o no hablaste?... ¡Exacto, Infraestructura!... ¿Cómo que lo delegó en la Dirección de Transporte?... A mí no me importa; si no accede lo cortamos, ¿está claro?

* * *

En la sala de espera de la guardia había unas pocas personas ese lunes. Las dos recepcionistas cuchicheaban en voz baja, y la radio tapaba los secretos de las jóvenes.

* * *

—¡Buenos días, audiencia! Perdón por la demora, pero hoy tuvimos que empezar cinco minutos tarde porque cerca de la radio había una protesta; según tengo uso de razón, es el primer corte en la zona. ¿Verdad, Belinda?

—Hola a todos. Es así, Ciro: primer corte. Anteriormente la protesta nunca

pasó de un pasacalles o pancartas. Se trata de una protesta en la curtiembre. En realidad, acá están las oficinas; la fábrica está fuera del cordón que rodea los 4 barrios de El Paraíso. Y no quisiera dejar de hacer mención a este “¿apoyo?” del poeta al protestante urbano, ¿puede ser que sea parte de este movimiento?

—No lo creo, Belinda, es más bien una coincidencia o varios que observan lo mismo. Como si fuera poco, nuestro protestante anónimo anticipa más acciones: ahora hay pasacalles en diferentes lugares de la ciudad que reclaman mejoras en el transporte. A propósito de tu comentario, aclaro para los que son nuevitos en la zona que El Paraíso son los cuatro barrios cerca del río: Las Piedras, Las Flores, El Sol (o, como lo llaman algunos, Il Sole) y Granada.

—Minutos más tarde de iniciada la protesta, una piedra rompió uno de los vidrios del estudio con una nota.

—¿Qué decía la nota?

—¡Justicia para el pueblo! Y lo acompañaba un poema.

—¿Es ese mismo poema que apareció escrito en una de las paredes de la radio.

—Ese era solo el inicio del poema, la segunda parte dice así:

Los actores toman fuerzas de los recuerdos,

de las fotos,

de los de abajo,

de lo claro o de lo obscuro...

De los ángeles negros,

de donde sea...

Todo pasa y se transforma,

incluso los momentos más duros.

Todo pasa y se transforma,

y finalmente llega la experiencia,

aquella que nos marca el rumbo,

la que nos guía, la que nos dice:

que algo nuevo comienza,

que una nueva etapa florece,

y que una antigua maduró...

Es que este,

este, es un desafío

ganado,

pasado,

aprendido.

Pero lo importante es aquello que les dejamos a los demás.

*Esa huella que nos hace trascender en el tiempo,
y nos indica
que a pesar de la resistencia elitista hemos vivido un sueño,
y que posiblemente
uno nuevo comience...*

* * *

—Buen día, señor Benigno ¿mejor hoy? —preguntó Naúm.
—Un poco, aunque con mucha vergüenza —respondió Benigno, en tanto que jugueteaba con el cortapapeles en su mano derecha.
—¿Qué hacemos con la operación?
—Ayy... señor. Venía bien y se me derrumbó. Lo veo en una semana. Guardó el cortapapeles, y se retiró sin decir nada.

* * *

—¡Buen día! ¿Sabe si hay alguien hoy en la recepción? —preguntó Blanca, una mujer muy atractiva, de pelo negro con bucles y tez morena, a la que Benigno miró de arriba hacia abajo, lo cual la molestó.
—Usualmente hay dos chicas; qué raro que no haya nadie.
—¿A usted le parece bonito? Hace más de veinte minutos que estamos acá, y nadie aparece y, si preguntamos a los enfermeros, nos responden amablemente,

pero nada saben de la organización...

—No tienen por qué saberlo —respondió enojado Benigno.

—¿Pero usted trabaja acá, o se hace atender?

—Me hago atender, pero es como si trabajase acá. Conozco el lugar desde hace más de treinta años. Acá nació mi hija, acá atendieron a mi mujer en su accidente, acá murió mi familia, pero eso nada tiene que ver con su inquietud.

¿A quién busca, señora?

—Eh, perdón, al doctor Soulgaris, el especialista en células madre. Pero que yo sepa esto es nuevo.

—El edificio es nuevo, la gente y la clínica están desde siempre, solo que se mudaron acá.

—¿Conoce o no conoce a Soulgaris?

—Ajá, conozco mucho acá, pero no sabía que ya estaban tan avanzados los griegos...

—No sabría decirle, y no me interesa. Solo quiero que mi hija tenga una vida normal...

—¿Qué le pasó a la chiquita?

—Es una historia larga. Pero, bueno, mientras espero que vengan las administrativas le cuento; total, qué pierdo...—dijo ofuscada Blanca—. Ella tenía dos años, o sea que ya pasaron cuatro años del calvario. Íbamos cruzando la calle y justo se mandó un auto sin luces. Eran como las ocho de la

noche un día de verano. Resultó que manejaba un menor sin registro; su papá es un chatarrero de las afueras que deja que sus hijos de entre 9 y 18 años manejen esas chatarras sin registro, sin mantenimiento y sin control alguno. Cuando fue la policía a buscarlo, estaba totalmente drogado, fuera de sí. Estuvo preso una semana y lo largaron. Aparentemente trabaja para el juez de Las Piedras y para el comisario.

—¿Y qué pasó con su hija?

—Ah, es que ninguno me pregunta eso; todos se enganchan con el chusmerío del intendente y del comisario.

—Disculpe, pero mencionó al juez, no al intendente.

—Ja, ja, ja... ¿Usted es, se hace o me toma el pelo?

—Disculpe, no quise ofenderla.

—Vamos hombre, todos saben que el juez es el primo del intendente, pero hombre, ¿en qué país vive?

—Perdone que insista, ¿pero qué pasó con su chiquita después del accidente?

— ¿Y qué tanto le interesa mi hija si apenas nos conoce?

—Son mi debilidad los nenes. Y usted por lo menos tiene la posibilidad de hacer algo por ella; yo ya no puedo hacer nada...

—Mire, no fueron fáciles estos cuatro años. Mi marido nos dejó luego del accidente porque decía que no tenía la fortaleza para cuidar una minusválida. Yo estaba deprimida y pasamos a ser dos las minusválidas, así que encontró

una 20 años menor que él y nos dejó. Bah, eso me dijeron... Por suerte nunca más apareció...

—¿Y qué pasó con su hija?

—Mi hija no volvió a hablar como antes, a moverse, a interactuar. Fue como un volver a empezar, pero más lento, mucho más lento. Tuve que enseñarle otra vez a comer, otra vez a decir “Mamá”; otra vez a gatear, otra vez a succionar... Volvió a nacer, pero diferente, más difícil y solas...

—¿Pero no le parece eso un desafío?

—¿Un qué?

—Desafío. La oportunidad de empezar de cero.

—Mire, no sé cuál es su historia, cuál es su interés; si lo manda el médico, si lo manda mi exmarido, pero ya me cansé de sus preguntas invasivas. Vamos, hija, a ver si nos atienden...

* * *

—Continuamos aquí con la consigna del día de hoy: ¿cómo es el viaje a casa, al trabajo o a ver la familia? Y recibimos este mail de un oyente, y se titula así: “Viaje a Los Cerros en 80 días”: “Yo vivo en Las Flores desde hace quince años. Pertenezco originariamente al pueblito del norte del país llamado Los Cerros. Las formas que tengo de llegar los fines de semana para ver a mi familia son variadas, y por eso agradezco a Dios todos los días, ya que sé que

mucha gente no tiene la posibilidad de ver a sus familias por mucho tiempo. Quisiera aprovechar el espacio que me dan en la radio para ver si alguien puede decirme si existe alguna forma más cómoda para llegar, o las autoridades que correspondan si pueden hacer algo para ayudarnos.

La alternativa más económica, aunque la menos cómoda, sobre todo cuando el tiempo no acompaña, es hacer dedo. Claro que es difícil encontrar a alguien que recorra los mismos 1400 kilómetros que yo. La otra alternativa, más cómoda pero casi inaccesible para hacer seguido, es ir en micro. Claro que con mi sueldo lo puedo hacer una vez cada dos meses. La tercera vez que probé es ir en camiones que transportan mercadería, aunque algunas veces tuve mucha mala suerte: una viajé con un camión que llevaba cebollas, y otra vez viajé con uno que llevaba carbón. Estuve dos semanas alejado de mis amigos que no querían ni acercarse del olor y de la mugre que tenía. La última alternativa, que es la que más seguido hago, es viajar en tren. El tema es que no para en mi pueblo. Sigue hasta dos pueblos más allá de donde tengo que parar. Cuando pregunté a la empresa de trenes, me dicen que tanto Los Cerros como Bella Corda son pueblos chicos, y por la gente que viaja no se justifica parar. Creo que no es así, ya que cada fin de semana, según pude indagar en los municipios, viajan más de doscientas personas en ambos pueblos. Creo que es un tema de organización y, si es un tema de subsidio, se podría hablar entre el Ministerio de Transporte de la provincia y el municipio. En el

municipio me dijeron que ellos algo pueden colaborar, pero no pueden hacerse cargo de todo el gasto. No sé de cuánto se trata porque esa información no la facilitan. De todas formas, y continuando con la travesía, ir en tren implica pasarme dos pueblos. De ahí a mi barrio tengo 70 kilómetros. Los puedo hacer en remise, pero cuando viajo una vez al mes; los puedo hacer a dedo, pero volvemos a la incomodidad, al clima y a la inseguridad que en estos días nos atormenta a todos, o bien combinando dos colectivos. En fin, mi hogar y mi familia están allá. Los días que no puedo viajar a verlos me entristezco muchísimo. De todas formas sé que hay gente que está peor que yo y que a veces me quejo de lleno. No obstante, soy un convencido de que siempre podemos mejorar. De ahí el concepto de evolución que tanto nos enseñaron en el colegio o en la facultad, a quienes tuvimos la posibilidad de hacer algo. Les agradezco el espacio; soy Augusto y tengo 38 años. Posdata: la última vez que hice dedo, me robaron a punta de arma blanca”.

* * *

—Perdone, señor, que le hablé mal; es que estoy muy nerviosa y la pasé mal estos tiempos.

—¿Logró que la atendieran al menos?

—Sí, sí, ya está, gracias...

—¿Qué es eso de las células madre? Si no la molesto, claro...

—No hombre, no molesta, yo estoy molesta. Un viaje tremendo, esperando mucho tiempo. Antes de llegar nos apretaron en la esquina dos mocosos para sacarnos plata, en fin, pasan todas juntas... Usted me recuerda a alguien...

—Seguramente me confunde.

—Puede ser, tiene un aire a mi exmarido; seguro que eso me predispuso mal.

—¿Me decía?

—Aparentemente, hay un tratamiento en el cual toman material umbilical, lo trasplantan y eso le traería mejoras neurológicas, ¿se entiende?

—Puede ser, me cuesta entenderlo, pero hay que tener fe, hija, hay que tener fe

—dijo Benigno en tanto que acariciaba el pelo de la nena.

—Espero darle una mejor calidad de vida. A pesar de que los doctores dicen que no ve ni oye bien, yo veo que responde a algunos estímulos. Hay días en los cuales es todo muy lento: cuando le canto al oído, sonrío; eso sí: si estamos las dos solas y en silencio. Cuando le muestro mis manos y le canto, intenta seguirme con la mirada. Hay otros días que son más normales: está más enérgica, dice algunas palabras, se ríe, en fin...Lo que no tolera son los imprevistos. Si llega alguien de repente y escucha una voz que le resulta desconocida, se asusta y empieza a llorar. Lo mismo si intento sacarle una foto sin hablarle antes: el flash o el movimiento brusco la asusta. No sabe el dolor que me causa verla día a día, gateando, o en el andador. Y esto no es nada: estuvo varios meses postrada en silla de ruedas...

—Entiendo, debe ser muy difícil. ¿Llegaste a hablar con la municipalidad? Suelen apiadarse en estos casos.

—Sí, mandé una nota, pero todavía no tuve respuesta.

—¿Cómo se llama tu hija? Conozco gente, y al menos puedo hacer algo por ustedes...

—Paloma o, como le digo yo, Palomita. Lo veo cada vez más parecido a mi exmarido, hasta cómo se mueve...

—Sí, comprendo.

* * *

—Ahí teníamos otro de los testimonios sobre lo que implica el viaje a casa, la inseguridad, el retorno a las raíces familiares y demás travesías de las que somos en parte producto de la modernización, proceso que por diversos motivos (económicos, tecnológicos sobre todo, o políticos) nos tiene cada vez más “alienados”. Es decir, cada vez más distanciados de lo que se solía llamar vivir en comunidad. Esa lucha constante por diferenciarnos cada vez más del otro nos aleja más del resto. En fin, ¿cómo seguimos, Belinda?

—Como les habíamos prometido, tenemos en línea esperándonos al doctor Alandreu, quien nos explicará qué es esto de la clonación.

* * *

—Buen día, señor Naúm. Hay un tema que todavía me provoca dolor y miedo.

—Dígame, Benigno

—Ese día antes de que mis mujeres murieran, sacamos muchas fotos. Nunca las revelé.

—¿Y eso le provoca dolor o miedo?

—Ambas. Pero el miedo es más intenso. Siento como un bloqueo. Revolviendo algunas cosas del pasado ayer en mi casa, me volvió a suceder lo mismo que acá.

—¿A qué le teme, Benigno?

—No lo sé... supongo que a sentir la misma tristeza que esos días, y no poder soportarlo esta vez.

—¿Y usted lo soportó?

—En realidad, no, creo que convivo con ese dolor...

—Yo creo que no, creo que el dolor convive con usted. ¿Fue alguna vez al cementerio?

—La verdad que no.

—Sería una buena idea empezar a despedirse de sus mujeres. Si no progresamos, creo que tendré que derivarlo.

—No es necesario, creo que vamos bien. Déjeme intentar despedirme del pasado.

—Ok, lo vamos viendo. ¿Cuándo viene otra vez?

Sin contestar, casi pálido, con los ojos bien grandes llenos de lágrimas, Benigno, despacito, agarró el cortapapeles de su morral, le dio tibiamente la mano a Naúm y se retiró. Esta vez no pasó una semana: pasaron tres. En ese lapso Benigno fue algunas veces al cementerio. Lloró. Llevó flores. Intentó despedirse como pudo. Luego de la tristeza vino la calma, y un tibio optimismo. Fijó la fecha de su operación. Pero no tan inmediatamente como le había sugerido el doctor. Siguió unas semanas más viendo a Naúm y trabajando sus temores: los presentes, los pasados y los futuros. Pero, cada vez que tocaban el tema de la operación, se mezclaba o se confundía con la pérdida de su esposa e hija; y hasta aparecían reproches a sus padres, sobreprotección, ahogo, inseguridades e inclusive soberbia. Aparecían todos en forma de reproche hacia su esposa y entorno. Había que indagar dentro de Benigno para ver cuáles de todos esos reproches podían convertirlos en una propuesta positiva para cambiar, o en autocrítica incluso.

Así las cosas, Benigno tenía que ir al consultorio que Naúm tenía en Las Flores. El objetivo era hacer regresión a vidas pasadas para encontrar el nudo de sus temores, fracasos, trabas.

—Buenos días, señor Benigno. Se respira otro aire en este consultorio, ¿verdad?

—Sí, puede ser, Naúm. Yo estoy un poco nervioso, así que no distingo bien...

—Recuéstese, por favor.

—¿Por aquí?

—Sí, sí. Acomódese. Vaya cerrando los ojos. Escuche la música, y busque en su mente una imagen que le represente mucha calma. Vaya haciendo su respiración cada vez más lenta y profunda. Sea consciente del aire que entra y del aire que sale. Sea consciente también de su cuerpo. Este se hace cada vez más liviano hasta flotar en el aire. Relaje todo su cuerpo hasta sus órganos internos. Ahora relaje sus piernas y sus pies. No olvide su respiración. Ahora usted está en un lindo lugar. En ese lugar hay una luz muy cálida que se va expandiendo por todo su cuerpo. Ahora empezaré a contar desde 5 hasta llegar a 1. Cuando lleguemos al número 1, usted sigue caminando solo por un hermoso paisaje. Así permanecerá por unos minutos. Luego vaya buscando imágenes que le vengan a la mente y que tengan que ver con el pasado. Puede ser su niñez, o incluso puede ver imágenes de cuando era bebé hasta llegar al cordón umbilical, siga y siga. Siempre con serenidad, manteniendo esa luz tibia y agradable. Siga y vaya buscando recuerdos, incluso de vidas pasadas. Todo está almacenado en su memoria espiritual.

Ahora empieza a mover despacio su cuerpo. Se despereza. Estira sus piernas, sus brazos de manera muy lenta hasta despertar. Bueno, Benigno, vamos volviendo...

—Uauu, impresionante.

—Cuénteme, ¿qué recuerda?

—Primero era muy chico, pero no era yo de chico, sino otro chico. Pero sentía que era yo. Tenía unos padres que no eran mis padres. Me trataban muy mal, a mí y a la gente que trabajaba en la casa. Era una casa muy grande. Muchos pisos, mucho lujo.

—¿Y qué le produce pensar en ese cuadro familiar?

—Me da temor, fastidio, ahogo, inseguridad, bronca.

—Bien, ¿qué más pudo ver?

—En reiteradas ocasiones, estaba solo con una mujer embarazada. Lo extraño es que una vez estábamos en un lugar como si fuese el lejano oeste. En otra imagen éramos de piel color negra y estábamos en una choza. En otra estábamos en otro país, como decir Francia u Holanda, más Francia que Holanda. En todos éramos un matrimonio discutiendo, y mi mujer embarazada. Nunca veía al bebé, y nunca había calma. Además, siempre había alguien que nos gritaba o nos maltrataba, y no nos dejaba estar tranquilos. Otro tema en común era el clima. Siempre lluvia, tormentas, frío o calor extremo.

—¿En algún momento pudo verse contento, logrando algo por ejemplo?

—No, siempre tensión, discusión, miedos, agresión. En casi todos los episodios, le pegaba y le pegaba a mi esposa sin parar. Y en la última imagen, justo antes de despertarme otra vez ese hombre de negro encapuchado con un cuchillo en su mano.

—Bueno, Benigno, es la oportunidad de comenzar a pasar esas trabas,

tensiones, miedos. Esta vez está solo; eso implica un comienzo, no un fin. Está en usted comenzar a vivir. Esta operación puede ser un trauma más o un nuevo nacimiento, usted elija. Con respecto a ese hombre encapuchado, pueden ser muchas cosas. O es usted que no quiere verse interiormente quién es realmente, Benigno. Puede ser la figura paterna ausente o muy presente, hasta agresiva. O es alguien que en un pasado no muy lejano lo ha atormentado. Es recurrente en usted las armas blancas ¿con qué lo relaciona?

—Mi padre era coleccionista de cuchillos.

—¿Hubo algún episodio en su casa con armas blancas?

—Eh, no que yo... Solo conservo una parte de esa colección.

—¿Aún la tiene?

—Sí.

—Creo es momento de enterrar ese pasado. Le propongo que sigamos con este último punto en el otro consultorio.

—Me parece bien, señor.

—Hay algo que hace rato quiero preguntarle Benigno.

—Sí, como no.

—¿Por qué lleva siempre ese cortapapeles o el alicate con usted?

—Tenerlo entre mis manos hace que descargue tensión.

—Ojo Benigno hasta donde llega con eso.

—No puedo saberlo, menos cuando estoy fuera de mí.

—No hablamos de sus adicciones, ¿tiene alguna?

—Solía tomar, pero ya no más.

—Y en esta vida, a su mujer, ¿usted le pegaba?

—No.

—Mejor así, nos vemos en el otro consultorio —contestó Naúm y, sin dar muchas explicaciones, tomó un libro amarillento de su morral y se puso a leer sin prestarle más atención. Benigno se dio vuelta, tomó el cortapapeles con fuerza y lo pasó por su barba. En tanto que lo movía lentamente no le quitaba la vista de encima a Naúm.

Capítulo 8

3 de septiembre de 2009

En la habitación oscura el hombre camina de un lado al otro, sonrío y muerde la lapicera. Solo lo acompaña la usual luz del sol a través de la hendidura.

—¡Vamos! Vamos, vamos, sé que podés, sé que podés... Soy consciente de que hoy no es domingo, ni lunes. Sé que cada vez te veo menos y te escucho peor, pero no podés dejarme en este momento. De a poco empiezo a sentir que sos parte de mi vida, por favor aparecé, aparecé... Mirá, todavía no sé quién sos, ni de dónde venís, pero desde hace ya varios días dejo de pensar en mí o en ellas, y eso es mérito suficiente para poder plasmarlo en este cuaderno — dice el hombre. Luego de un minuto aproximadamente, prende el equipo de música y pone en volumen alto a Mozart.

De repente se sienta y empieza a escribir. Luego se para y comienza a leer:

Abel, mi amigo,

te siento mi hermano de sangre,

te siento mi hermano de alma,

te siento mi hermano de corazón,

*te siento mi hermano de sinceridad,
y te siento mi hermano de aventuras,*

*De anécdotas nos nutrimos,
y nos unimos con experiencias.*

*¿Cómo explicar cuánto te extraño en este momento?
Las lágrimas me recuerdan tu cariño y tu calidez...*

*El tiempo y la distancia me recordaron
que un día reíamos juntos,
nos abrazábamos y nos decíamos
cuánto nos queríamos...*

*Sería muy infeliz si no te tuviese,
y a veces siento que la vida me castigó
al negarme que fueras realmente mi único hermano.
Pero me compensó
al darnos perseverancia para conocernos y querernos.*

—¡Eso es, eso es, eso es! —exclama con euforia el hombre.

El hombre toma el teléfono celular que está sobre la mesa, marca un número y

lo pone en su oreja.

—Holaaa...Sí, menos mal que apareciste, Abel... ¿Y Caín?... Bueno, no te preocupes, ya me encargaré de él... Sí, no me olvido de la nena, ya encargué eso... Averiguame bien eso... Sí, dónde se mueve el pibe, y eso... Ya te dije, el padre es arquitecto... Sí, exacto... Agustín...

Corta el teléfono y se dispone a acomodar la biblioteca. Toma algunas fotos de la repisa y las contempla largo rato.

* * *

—Buenos días, soy Benigno Alizaga, vengo a ver al doctor Canelos.

—Ok, le aviso... Aunque le diría que vaya tomándose un café (o dos), ya que vino dos horas tarde por una urgencia en otro lugar.

—Ok, me voy a la cafetería y vuelvo en un rato.

—Ok, hasta luego.

* * *

—Buen día, ¿qué le sirvo, señor?

—Un café, por favor.

—Cómo no, ¿prefiere aquella mesa? Se la limpio enseguida, digo... así puede escuchar la radio...

—Sí, ¡cómo se acuerda, jefe!

—Y... hay pocos que son amables como usted, señor. ¿Cómo va la lectura de Shakespeare?

—Va.

—Con su permiso.

* * *

—Buenos días, Las Piedras, el día de hoy lo comenzamos bien arriba, ¿no es así, Belinda?

—Sí, muy contentos, porque nos escribió Blanca, que agradece a los municipios de Las Piedras y de Las Flores, porque están llevando a cabo acciones para poder pagarle el viaje a China para realizar el tratamiento con células madre a su hijita Paloma.

—Sí, es bueno recalcar cuando se hacen las cosas bien. Hace un tiempo nos hacíamos eco del reclamo de la gente por los cortes, por las protestas, o por los hechos de corrupción que nos rodean en diferentes instituciones. Y hoy la política nos da esa cuota de fe que hace que creamos que se puede.

—Es así, Ciro, van a estar organizando rifas, una peña en Las Piedras y un festival en Las Flores, Granada y El Sol. Con el correr de los días les iremos dando detalles. Además, pondremos a disposición una cuenta para que depositen o transfieran, así ayudan a recaudar dinero para la chiquita de 6 años de edad. Para los que no saben la historia de Palomita, hace cuatro años

fue arrollada por un auto; desde ese día quedó con problemas neurológicos. Con dificultades para hablar, ver y oír. Se cree que con este tratamiento tendrá una mejor calidad de vida y se espera que mejore las dificultades que hoy afronta.

—Y no es menor el reclamo de nuestro protestante anónimo que pidió a las autoridades, en uno de los pasacalles de la avenida, ayuda para Palomita.

—Sí, y para cerrar con los ciudadanos anónimos, continuamos con nuestro poeta anónimo, que nos envió esta hermosa poesía, finalmente lejos del rencor y los malos pensamientos:

Abel, mi amigo...

*Sabés que mi naranjo no comprendió
las raíces que nos hacen diferentes,
esas raíces que nos divierten,
esas raíces que nos aíslan,
aquellas que nos vieron crecer juntos...*

*Espero que esto siga ad aeternum,
pues de lo contrario
seré un ser incompleto,*

*de sangre,
de alma,
de corazón,
de sinceridad
y de aventuras.*

*Hermano,
nos vemos aquí o allá,
pero
nos vemos...*

* * *

—Hola Agustín, ¿cómo estás? Vení, sentate acá conmigo.

—¿Cómo va todo, Benigno? ¿Cuándo es la operación?

—Supongo que en un par de meses. Estoy todavía en control y va todo bien. Además estoy con la terapia, y eso ayuda. ¿Y tu nene?

—Mejor; volvió a entrenar, y el sábado va al banco de la primera después de mucho tiempo. Encima justo juegan por la copa regional y enfrentan al clásico Defensores de Las Piedras, del cual ahora es entrenador Césare Laspossi, el que rajaron de Atlético Nacional.

—¿No me jodas? ¿Quedó limpio? ¿Ya está trabajando?

—Sí, viste cómo son algunas cosas acá...

—No te lo puedo creer. Mejor que yo se mueve.

—¿Cómo decís?

—Nada, no me hagas caso.

—Espero que a Arístides le vaya bien y nada más. ¿Qué hacés el sábado? Tenía pensado hacer un asado; si querés venir estás invitado.

—Me encantaría. Hace tanto que no salgo que...

—Listo, no se habla más. Te esperamos. ¡Ah, tengo noticias de lo tuyo!

—Ok, los veo ahí entonces, no te metas en quilombos. Eh... ¿cuál es la dirección?

—Ah, sí, claro. Qué cabeza la mía. Avenida Hipócrates 777.

—Gracias. Nos estamos viendo.

* * *

Benigno aparentaba estar cada vez mejor anímicamente, aunque mantenía esa mezcla de apatía y soledad que despertaba cierta confusión en el resto. No obstante la terapia, los cambios de la casa, el paso del tiempo y la aceptación de la operación iban asentándose en su vida.

—¡Hola, Benigno! Por acá, enfrente... es acá...—gritó Agustín del otro lado de la calle a dos cuadras de su casa.

—¡Hola, qué cara tienen! ¿Cómo les fue en el partido? La verdad, no pude

escucharlo ni verlo; estuve acomodando algunas cosas y me lo perdí.

—Vamos, que te contamos en casa; ya estamos cerca.

—¡Hola, chicos! —saludó Benigno a dos personas que pasaban.

—¡Hola, señor! ¿Cómo le va? —saludó Constantino.

“¡Ahí vamos otra vez!”, pensó Ariadna y lo miró con una sonrisa.

—Bien, bien, ¿y ustedes cómo andan con Castro?

—Haciendo los deberes y juntando la plata; es saladito el doctor...—dijo Constantino.

—Hola, Agustín, hola, Arístides —continuó Ariadna.

—¡Hola! —respondieron al unísono padre e hijo.

—¿Se conocen? —preguntó Benigno.

—¡Sí! Somos vecinos —respondió Ariadna.

—Miren qué coincidencia —dijo sorprendido Benigno.

—Hasta luego, nos vemos —dijeron Ariadna y Constantino.

—Hasta luego —respondieron los tres hombres rumbo al prometido asado.

—¡Qué admirable la lucha de estos chicos! Los envidio sanamente. Hace mucho que están buscando un hijo...—comentó Benigno.

—Sí, y la verdad son buenos pibes —agregó Agustín.

—¡Llegamos! ¡Al fin en casa! —exclamó eufórico Arístides —. Voy prendiendo el fuego, así ustedes charlan.

—Dale, hijo... No sabés la que pasó hoy. Vení, sentémonos acá, así

compartimos con Arístides el momento.

—No quiere compartir, me quiere controlar el fuego —dijo entre risas Arístides.

—Vos prendé el fuego y date una ducha, que apestás...

—Pero... ¿qué fue lo que pasó? —preguntó Benigno.

—Estaba por empezar el partido, y vino la policía. Todos pensamos que se llevaban a Césare. Pero, segundos más tarde, vino otro patrullero, luego dos camionetas más; en fin, en cinco minutos fue todo un caos.

—¿Todo ese lío por una persona?

—No, pará... no sabés... Se llevaron a los once jugadores titulares presos. Dicen que, en la declaración al Juez, Césare comprometió, no sabemos cómo, a los jugadores.

—¿Te referís al familiar del comisario?

—Sí, el tema es así: el juez es primo del intendente, y por medio de la mujer tiene algún parentesco con el comisario, y están todos entongados. ¡Ah! Antes que me olvide, acordate de este nombre: Alicia.

—¿Alicia?

—Sí, es de inteligencia, está por encima del inútil de Rotardi. Me dice que viene *heavy* el asunto, que lo tuyo y otros casos más son de un clan mafioso.

—¿Un clan mafioso?

—Sí, estarían relacionados con esa pareja de ancianos, ya no tan ancianos,

Ofelia y Froilán.

—¡Ah! Sí, algo escuché: tenían dos pibas que se llamaban...

—Sofía y Beatriz.

—Exacto, esas que mataron al empleado de la radio, entre otros casos. ¿Y qué más saben?

—Que sé yo, ¿no te estarás haciendo poli vos, no?

—Je, je, je.

—Contame Benigno, ¿Tenés familiares? Perdoná que te pregunte, pero siempre te veo solo.

—Solo queda una sobrina de mi mujer, pero no sé nada de ella. Teresa se peleó con su hermana cuando ella estaba embarazada y no supe más nada. Después hay una prima segunda, que era como una hermana para ella, ¿cómo se llamaba? Ni recuerdo, no importa...

—Sería bueno que empieces a recordar, a conectarte sanamente con tu pasado, digo...

—Exacto pero, la verdad, cada vez que intento contactar a alguien cercano o empiezo a conversar, pasan cosas muy extrañas. Ya a esta altura pienso que soy yo el que lleva la desgracia.

—Muy extraño todo.

—Sí, luego de eso no los vi más. Entre las cosas que están pasando y la operación, estoy muy nervioso, che.

—¿Lo estás viendo a Naúm?

—En eso estoy, en eso estoy.

—Perá che, me parece que te conozco a vos... Yo a vos te conozco.

—¿Ah sí? —preguntó Benigno extrañado.

—¿Vos no eras muy cercano a Julio?

—¿Julio?

—Sí, Julito, el gordo rubio del grupo de los Sacramentos.

—No, yo era amigo del hermano, Bartolomé. Él fue uno de los primeros que murió de mi entorno. Del hijo no supe más nada; si lo veo no lo conozco. Le puso el mismo nombre a su hijo, qué original...

—Bueno, vos también eras amigo de Patricio.

—Sí, éramos bastante unidos.

—Mirá vos las vueltas de la vida. En una de esas terminamos siendo parientes nosotros. Bueno, volviendo al partido de fútbol... el hecho es que tuvieron que armar un equipo con los pibes. Encima a los cinco minutos nos rajan a uno, y ellos convierten un gol de penal.

—¡Ah, bueno! ¡Qué complicado que empezaron! Esperá que contesto este mensaje y la seguimos... Listo, ¿y qué pasó?

—Por suerte el primer tiempo terminó así. En el segundo entró Arístides, y a los dos minutos de juego, en una jugada épica, apiló a cinco...

—¡A seis! —exclamó Arístides.

—Bueno, a seis ponele... Eludió al arquero y empató el partido.

—Y a dos minutos del final, de tiro libre...—comentaba Arístides con euforia, en tanto que encaminaba el fuego para el asado.

—¡Otro mensaje! Esperen, que no me la quiero perder... ¡Listo!

—Y a dos minutos del final, ¡la clavó en un ángulo de tiro libre! —comentó feliz Agustín y, mientras comentaba la jugada, balanceaba su cabeza para un lado y para el otro, exagerando aquel momento de plena felicidad.

Así pasó la noche, de anécdotas, de alegrías, y de misteriosas coincidencias. Así, los tres se olvidaron de sus problemas. Esa noche era esperanza. Esa noche todo era posible. Arístides habló como nunca, y no se separó de su padre. Fue su sombra durante toda la noche hasta que, pasadas las dos de la madrugada, se rindió en la hamaca paraguaya que estaba en la galería donde habían cenado, a pesar del frío. Agustín estaba contento porque sentía que iba recuperando la amistad con su hijo. Por parte de Benigno, todo era misterio y distancia. Sabía que se había ganado la confianza de ellos, que era lo que se había propuesto esa noche; el pasado estaba lejos, y el futuro era cada vez más cercano.

* * *

El barrio tenía una noche fresca y serena. El mismo clima se vivía en casa de Ariadna y Constantino. La casa decía mucho de esta pareja: moderna, de forma

rectangular con revestimiento exterior Tarquini, que le daba ese toque de distinción; columnas romanas; arañas con LED y porcelanato blanco daban marco a la cena, con música *chill out* de fondo.

—Estuvo rica la cena, ¿verdad?

—Sí, amor, muy rico el asado. Cocinás cada día mejor —dijo Ariadna.

—¡Qué historia la de Benigno! Pobre hombre... No me cierra eso de la bipolaridad. Parece macanudo.

—¿Pobre?... Vos, haceme caso; cuando te descuidás es lobo suelto, cordero atado...

—Hablando de historias y sufrimiento, y sin ánimo de pelear, ¿querés contarme que pasó con tus embarazos?

—Sí, pero es muy importante que no terminemos discutiendo. Es fundamental que continuemos como hasta ahora, luchando juntos.

—Es verdad, pero no más secretos... no más secretos, ¿puede ser?

—Sí, prometido... De adolescente estuve de novio como unos cinco años con Federico, ¿te acordás del rubiecito, vecino de mi abuela?

—Sí, me acuerdo. ¡Ah! ¿Y Benigno es el tío?

—Bueno, era el galán del barrio. Sí, el bipolar.

—¿Cómo la tenés con eso, eh?

—Sí, lo que quieras... Bueno, el tema es que Fede manejaba el grupo en el que yo estaba. Entonces todo lo que él decía estaba bien para todos, incluso

para mí, obvio.

—Siempre fue un fanfarrón...

—Bueno, el tema es que a los diecisiete años quedo embarazada. Nos asustamos y, para no decir nada, en un viaje al interior con el tío de Fede, hicimos el aborto.

—Entonces, estás supersegura de que es él...

—Pasó mucho tiempo; su bipolaridad y sus rasgos me confunden, pero sí es él. Me da bronca que intente confundirme. El tema es que estuve muy mal durante mucho tiempo, al punto que casi ni salí por un año. Al terminar el secundario, nos fuimos de vacaciones con Fede a Uruguay, acompañados por este cerdo. En esas vacaciones quedo embarazada nuevamente y me opuse a hacer el aborto. Pero él me obligó a hacerlo; como yo no quería, me amenazó, forcejeamos un par de veces, hasta que me pegó y me obligó a hacerlo.

—Primero, ¿Podés dejar de llamarlo Fede?

—¡Obvio, gordo!

—Segundo ¿Por qué no buscaste ayuda?

—Era muy chica; me dijo que iba a contar a todo el mundo del aborto anterior y, la verdad, a esa altura no quería saber más nada con él. Al año siguiente te conocí a vos, y pensé que todo era parte del destino.

—Uauu. ¿Por qué me ocultaste todo esto? ¿no confiás en mí?

—Estaba asustada.

—¿Asustada? ¡Sos una hija de puta!

—No me trates así.

—Rajá de acá, al final sos igual que todas vos —gritó Constantino en tanto que la zamarreaba. Ariadna lo tomó del pelo y le pegó algunos cachetazos. Constantino la apartó, ella lo tomó de su cara y lo besó. Se desvistieron en un viaje apasionado hacia la cama e hicieron el amor.

Capítulo 9

El hombre camina en la habitación oscura. Toma una caja del piso, la abre, saca varias lapiceras y las revolea contra la pared. Se sienta, toma un cuaderno. Luego de unos minutos mira a lo lejos y lee:

Cada día gimen nuevas viudas, gritan nuevos huérfanos, nuevos dolores hieren la cara del cielo, que retumba, como si, sufriendo con Escocia, lanzara con ella un mismo lamento de dolor...^[6]

* * *

En la casa de Arístides y Agustín reinaba el silencio. Demasiado silencio. Arístides se levantó y miró el jardín a través del ventanal que daba a la galería. Salió y volvió a entrar. Dio la vuelta y miró detrás del sillón. Fue al baño y miró dentro de la bañera. Comenzó a hacer movimientos bruscos y a transpirar, en tanto que daba vueltas dentro de la casa.

—¡Papá!, ¡papá! No veo a Einstein por ningún lado...

—¿Te fijaste en la galería? Suele dormir ahí.

—Sí, y no está. Tampoco en su cucha, ni debajo de la parrilla, ni en el parque, ni en lo del vecino.

—¿Debajo de tu cama?

—¡Papá! Está debajo de la cama, pero no abre los ojos, no responde. Está

todo vomitado —gritaba entre lágrimas Arístides. Desde que su mamá los había dejado, no vivían un cuadro similar.

—Arístides hay pedazos de carne de ayer con vidrios dentro. Seguro lo mataron. ¡Hijos de puta!!!!

—No papá, no, ¿se va a morir?

—Vamos a cargarlo en el auto y lo llevamos a la veterinaria.

—Pero es domingo, papá.

—Vamos, que en el camino lo llamo al doctor, que es amigo mío. Agarrá un trapo húmedo así lo limpiás en el camino.

* * *

El viaje fue un ping pong de miradas en silencio. Solo atinaban alternadamente a mirar atrás para ver si el perro respiraba. De repente, el auto se frena: “Llegamos, hijo”. A la derecha del auto, una casa que no decía nada, absolutamente nada. La nada misma: revestimiento exterior con machimbre mal barnizado; una puerta mitad de chapa, mitad ese vidrio partido de varios colores, tipo iglesia; una ventana con una cortina americana marrón, rota; y un cartel oxidado que decía: “Veter...aria”.

—Ahí está Santiago —dijo Agustín, en tanto que levantó su cabeza asintiendo el encuentro.

—Veter...aria —leyó en voz alta deletreando lentamente Arístides.

“Típico de adolescentes: cuando se dan cuenta de algo lo hacen saber”, pensó Santiago.

—¡Hola, Santiago! Gracias por recibirnos hoy domingo.

—Pasen, pasen...

—¿Por qué tenés todo cerrado?

—Porque es domingo.

—Ayer pasé y estaba igual.

—Vengan, pasen... No sé qué se dice por ahí, pero acá estoy viendo cosas raras, loco. Gente nueva. La radio me asusta con las noticias, no sé qué decirte. El otro día vino un tipo a pedirme un calmante para su roedor, ¿vos lo podés creer? Tenía una botella color ámbar en una mano y un libro de Shakespeare en la otra. Se sentó y se le cayó un cuchillo. Se dio cuenta de que me asusté, y me dijo: “Soy afilador, no te asustes”. Se levantó y se fue.

—Sí, hay caos por donde lo mires, pero no te asustes, no hay que tener miedo.

—¿Qué le pasó al perro? —preguntó Santiago. A tono con la veterinaria, tenía un ambo blanco manchado, anteojos con marco grueso, pelo ondulado oscuro y unas chinelas de esas que ya no se consiguen, ni siquiera en el mercado de pulgas.

—No lo sé, Arístides lo vio vomitar y yo encontré pedazos de carne con vidrio adentro... Además está viejo —respondió Agustín.

—Está un poco hinchado, fijate cómo se queja cuando lo toco a los costados...

No me gusta cómo respira. Esperemos que no haya ingerido esa carne. Espérenme afuera, que voy a hacer algunos estudios.

La sala de espera no era la excepción: dos sillas plásticas en mal estado, olor a galpón lleno de tierra, pulgas y garrapatas por doquier completaban el panorama.

—¿Cómo sabías que estaba debajo de la cama, papá?

—Desde chico desaparecía y siempre siempre con tu madre lo encontrábamos debajo de tu cama. Cuando te ibas enojado a tu habitación llorando, él empezaba a aullar y rascaba la puerta de tu pieza hasta que la abríamos. Vos te dormías llorando, y él se quedaba debajo de tu cama llorando también.

—¿Cómo lo eligieron? Recuerdo una foto de su mamá con unos nueve o diez cachorritos...

—Es verdad. La madre era primeriza con el nacimiento de Einstein y sus hermanos; además, era ya bruta de por sí. El día del parto apareció en la cocina, un día de lluvia, con dos perritos colgando, y ella llorando. Con tu mamá la acostamos en el living arriba de una sábana vieja, y la ayudamos a que tuviera los 11 cachorritos.

—¿Once?, ¿no eran nueve?

—Dos murieron a los dos días. A la semana de nacer, eran muy chiquitos todos, y él sobresalía por su tamaño y pelaje. Me bastaron un par de horas de observarlo para enamorarme de ese perro. Así que enseguida le puse un moño

azul para que, a medida que vinieran a buscar los otros perros, a ese nadie me lo tocara.

—¿Y cómo se les ocurrió el nombre?

—Porque, al poquito tiempo de haber nacido, resolvió varios teoremas.

—¡Dale, papá!

—¡En serio! Lo primero que hizo cuando lo entramos a casa fue atacar la biblioteca, directo al libro de matemáticas de la facultad... Además de ser bello, era el más vivo de todos. A las pocas semanas de haber nacido, ya su madre no tenía casi más leche para darles y ellos, hambrientos, la mordían y la lastimaban. Claro, no comprendían lo que pasaba. Entonces con tu madre les dimos leche en platitos de plástico. Pero a esa altura no veían bien todavía. Así que los ocho cachorritos pasaban la cara por la leche, sin saber lamer. El olor los desesperaba; era un caos ese cuadro.

—¿Ocho cachorritos dijiste?

—Sí, la excepción era Einstein. No veía pero, cuando sentía el olor de la leche, pasaba por encima de todos, se tomaba la de su plato y a veces la de dos o tres más; y una vez que se comía todo, iba y se acostaba al lado de su madre a dormir calentito. Por eso le pusimos Einstein. De todos modos, después siguió demostrando su inteligencia con el correr de los años.

—Algo me acuerdo de cuando era chiquito, aunque creo que tiene que ver con lo que ustedes me iban contando. ¿Es verdad que en verano, cuando tenía seis

meses, para refrescarse se acostaba en la ropa recién tendida?

—Sí, es verdad, no me acordaba de eso. Aprovechaba que la funda de la cama tenía elástico y formaba un arco, y se tiraba ahí. Más de una vez el viento hacía girar el tendedero y por su peso arrastraba las sábanas por el piso, y las sábanas blancas quedaban marrones y verdes por el pasto.

—¿Y mamá no le decía nada?

—Tu madre le abrió el portón tres o cuatro veces. El turríto se quedaba esperando a que le volviéramos a abrir, y un par de veces, ya de más grande, se fue y volvió intacto a los tres o cuatro días. Así nos enteramos con el tiempo de que había sido padre de una perra que estaba a la vuelta de casa.

—¿La perra de doña Elvira?

—¡Exacto! Cómo lo adoraba la viejita al perro. Entonces nos dimos cuenta de que más de una vez hacía lío para que lo dejáramos ir por ahí a hacer travesuras. Así que ahí le compramos la cucha, y cuando hacía lío lo atábamos ahí. Por eso es raro que esté ahí. El único tiempo que estuvo en su cucha fue cuando murió su padre. ¡Qué triste que se puso! Estuvo varios meses triste. Ahí empezaron sus problemas de salud. La verdad, pensé que ya estaba bien.

—Pero eso fue hace dos años, ¿no?

—Sí. Antes que eso hizo bastante más de las suyas.

—Me acuerdo en verano: esperaba que vos o mamá cerraran el portón de casa, para ir a acostarse en los escalones de la pileta.

—Sí, ja, ja, ja... ya no entraba en las sábanas.

—Además, no dejaba muchos rastros. Lo vi bocha de veces hacer eso.

—Es verdad, me costó entender por qué en la pileta aparecían sus pelos.

—La máxima era la de las paltas, ¿te acordás, papá?

—Sí, nunca nadie me creyó en el trabajo que el perro buscaba las paltas del fondo de la casa que caían verdes, las ponían en el frente de la casa al sol, y a los dos o tres días que maduraban, se las comía. Lo que tenía de travieso e inteligente lo tenía de obediente y guardián.

—Sí, me acuerdo de que ningún sodero quería dejar sodas: mordió como a cinco. Me acuerdo yendo con vos al almacén de doña Olivia a comprar sodas.

—La máxima fue cuando un día lo llevé a la plaza a pasear. Hacía ya varios años que tu madre se había ido, y tuve la loca idea de llevarlo a la plaza a ver si alguna mujer me hablaba a mí, o al perro al menos. Estaba Delfina, la cheta que vive en la esquina, tomando sol. Me distraje unos segundos hablando con un par de mujeres que paseaban a sus perros, y Einstein fue y le cagó al lado de la cara. Ja, ja, ja.... No me olvido más de eso.

—Es fuerte, papá, yo sé que va a estar bien.

—Esperemos que sí, hijo —respondió Agustín en tanto que abrazaba a Arístides. Hacía varios años que eso no pasaba.

—¿Por qué nunca volviste a enamorarte?

—La verdad, preferí siempre estar con vos y con el perro. A diferencia de tu

mamá, ustedes, cuanto más me demoraba, más se emocionaban al verme...

—¿Agustín, Arístides? Pasen...

Mientras Santiago los hacía pasar, en el exterior del local se escucharon dos estruendos. Ese ruido llamó la atención de los tres, que solo atinaron a asomarse. Segundos más tarde se vio el contorno de dos personas que pasaron corriendo. Luego una piedra hizo estallar uno de los vidrios de la veterinaria.

—¡No te digo, no te digo yo!

—Tranquilo Santiago, pasemos y esperemos que pase todo. Son estos adolescentes que están perdidos con la droga —dijo Agustín. Por su parte Arístides reaccionó con indiferencia.

—¿Llamo a la policía?

—No, esperemos a que pase el torbellino.

—¿Y cómo está? —preguntó asustado Arístides.

—Vengan, entren que les cuento. Les voy a ser totalmente sincero. Está todo tomado, tiene lastimaduras internas, recién vomitó sangre. Le quedan días, horas, minutos, no lo sabemos... Llévenlo, y denle cariño el tiempo que puedan. Ya está viejo, y no me arriesgaría a una operación.

—¿Hay alguna otra alternativa para que no sufra?

—Sí, pero ahí no los puedo ayudar.

—Ok, gracias por todo, ¿cuánto te debo? —preguntó Agustín con los ojos rojos.

—Nada, amigo, vos me ayudaste varias veces. Tomalo como una gratitud.

—Gracias, hasta luego.

El viaje de regreso a casa fue como habían sido los años de distancia entre ellos dos. Aunque esta vez había un lazo interno que los unía. Esta vez estaban juntos en esta. Tristes, cansados, desilusionados, impotentes, pero unidos.

—¿Qué hacemos con el perro, papá?

—Dejémoslo en el living con nosotros. Venía pensando en lo que dijo Santiago. Además, el otro día entraron y revolvieron todo. No me gusta como está el ambiente...

Arístides miraba a su padre y no sabía cómo hacer para sacarlo de ese estado, mezcla de preocupación con tristeza.

“Me parece que hoy la llamo nuevamente a Alicia. No, mejor no la molesto. Creo que lo mejor es tener a mano la 45”, pensó Agustín en tanto que manejaba.

—Estás muy serio, ¿qué pensás pa?

—Venía pensando en el viaje sobre sus anécdotas.

—¿De cuál te acordás más?

—Y... Es increíble lo inteligente que era sin haberlo entrenado. Me acuerdo de que una vuelta, como tantas otras, estaba enojado con Victorio Ladel, el viejo que vive enfrente de Olivia. El viejo solía empedarse los sábados a la noche. No te das una idea: todos los domingos había como mínimo 20 botellas afuera

de su casa. Se reunía con los veteranos del club de jubilados, y como la mayoría ya estaban viudos o eran demasiado atorrantes, se quedaban hasta largas horas chupando y jugando a las cartas. Un día domingo vino medio borracho a decirme que Einstein le había robado el diario. Imaginate... Si fue así, se lo habría morfado; nunca lo supe. Me tiró todo su aliento en la cara, hizo un escándalo terrible. El domingo siguiente, fui con el perro y le saqué el diario; el otro domingo lo mismo, y así tres o cuatro veces. Así, si venía, por lo menos que lo hiciera con algún motivo. Después me olvidé del tema y cada tanto los domingos, cuando lo dejaba al perro salir, al rato venía con el diario en la boca. Es increíble cómo lo fijó...

—Ahora una fija era que, cuando se mandaba una, se acostaba, bajaba sus orejas y metía la cola entre las patas. ¿Por qué todos los perros harán lo mismo?

—Está en su naturaleza, y lo de la cola entre las patas, además de los chistes, leí que lo hacen para tapar el olor que sale de las glándulas anales.

—Ah, ¡estás a full, viejo! Yo el viernes que viene salgo de gira. Tenemos el cuadrangular en el interior; me muero si le pasa algo cuando estoy de viaje.

—Andá tranquilo, no va a pasar nada, cualquier cosa te llamo.

La gira con el club no fue un viaje más para Arístides; además de su regreso triunfal, representaba volver a estar firme, fuerte, y lo más importante para él, muy cercano a su padre. Pero imaginarse la muerte del perro era pensar en un

doble duelo que venía esquivando. La pérdida de su amigo de toda la vida y la confirmación de que su mamá ya no volvería. En parte la aceptación de que ya no la volvería a ver se estaba asentando con la pérdida del enojo hacia su padre. Ambos sentían que algo habían hecho para que su madre tuviera algo más importante que hacer que estar con ellos. Aunque esta idea iba perdiendo cada vez más fuerza, Arístides estaba notando a la distancia que su padre había dejado de lado su vida para estar con él. Algunas fichas empezaban a caer, y ahí el destino sería la carta que estaba eligiendo para echarle la culpa. Había una necesidad de encontrar la explicación a los hechos. Esto ya era un cambio radical en su personalidad y en su carácter. De la ignorancia y el silencio al pensamiento activo.

* * *

— *(Suena el teléfono)*. ¿Diga?

—¡Hola, papá! ¡Volvimos a ganar! Metí dos goles.

—¡Qué bueno! Cuánto me alegro... ¿Cómo salieron?

—Ganamos 3 a 1. ¿Y el perro cómo está?

—Sigue igual, despreocúpate, que estoy con él. Trabajo desde casa, así que no tengo problemas.

—¡Qué grande el arquitecto! ¿Algún episodio más de inseguridad?

—No, me vino bien quedarme estos días en casa, está bueno que la gente vea

que siempre hay alguien.

—Impensado que estemos viviendo esto...

—Sí, vos despreocupate. Te mando un beso hijo, ¡cuidate!

—Un beso, papá...

—Einstein, ¿dónde estás? Acá estás... Levantá la pata, perrito, dale...—

Agustín intentaba levantarle el ánimo, pero el perro solo emitía algunos sonidos y lo miraba con sus ojos tristes—. Pensar que antes levantabas la pata para saludar, o cuando querías comer... Además de traernos tu plato en el hocico, levantabas la pata... Mejor prendo la radio, así me distraigo un poco. Ya tuve demasiados misterios en mi vida. Esto me hace acordar a aquellos días...

—Y ahí escuchábamos a Los Cafres: *Cuando el amor se cae*. Ahora quisiera leerles este chiste que nos manda un amigo de la casa, Nicolás, que se lo dedica a su amigo Joaquín, a su esposa Ainara y a la bella Camila. Me sumo a eso, un beso enorme para los tres.

* * *

—Mejor me voy a dormir, que mañana a la mañana veo a la terapeuta cheta, y luego llega el enano a la noche, me vino bien un poquito de esto... —pensó Agustín, en tanto acariciaba la cabeza de Einstein.

* * *

En la puerta blanca, había un cartel con la leyenda “Departamento de Psicología. Hospital Las Piedras”. Agustín se paró de frente a la puerta. Levantó la mano derecha con el puño cerrado. Agachó su cabeza y negó dos veces. Levantó su cabeza, y golpeó.

—Adelante. Buen día, señor Agustín —saludó Clara.

—Buenos días, señora Clara.

—Puede tutearme, señor Agustín.

—Usted también, señora clara. ¿Le pasa algo? Parece que vio un fantasma.

—No, nada... Bah, desde hace unos días me llegan mensajes raros. Primero me invitan a salir: no sé quién... Luego, mails intimidatorios. Acto seguido: amenazas. Está muy denso el clima por acá...

—Sí, estoy viendo lo mismo, pero no hay que tener miedo.

—Ok. ¿Cómo fueron estos días con Arístides?

—La verdad, fueron muy bien. Fue revivir los mejores tiempos con él.

—Ojo con los picos emocionales. Como se baja se sube. La euforia es la cara y la depresión es la ceca.

—Estuve pensando en eso, Clara. Pero, la verdad, no me viene angustia ni miedo; me viene tranquilidad cada vez que pienso en el pasado.

—Es bueno eso. ¿Algo importante que quiera decirme?

—Sí, se nos está muriendo el perro que tenemos desde que Arístides era

chiquito.

—Pobre Arístides. Me comentó cuánto lo quiere al perro. Ojo que el nene no le caiga en un pozo nuevamente. Esto podría ocasionarle una recaída. ¿Cómo anda con las drogas y el alcohol?

—Bien, el otro día, después de que vinimos de un partido de fútbol, fuimos juntos a su habitación, hicimos limpieza, y tiramos todas las porquerías que tenía.

—Muy bien. Buen gesto por parte de los dos. Trate de mantenerlo en esa línea. Genere en él confianza, seguridad. Él necesita un soporte, alguien en quien apoyarse.

—Sí, un poco preocupado estoy. Porque entre líneas me preguntó por su madre y por qué yo no había vuelto a formar pareja.

—Eso, ¿y por qué no volvió a formar pareja? No es que se lo pregunte yo, por ahí me sirve para tratar con su hijo el tema.

—No hace falta que me aclare, doctora; le dije que simplemente no tuve tiempo y que lo prioricé a él antes que al resto. Con él y con el perro estábamos bien.

—Usted lo dijo: “Estaban bien”, tiempo pasado. ¿Qué va a pasar si ahora falta uno de los tres?

—No lo sé, doctora.

—Tiene que empezar a prepararse. Puede ser que no pase nada. Puede ser que

recuerde la ausencia de su madre. O puede pensar que el próximo es usted, y ese es el peor escenario para todos. Estemos atentos. Muéstrese entero, y no dé lugar a la duda. Es su hijo, no su hermano menor, ni su amigo. Que mantengan una amistad no implica que haya ausencia de límites. ¿Me explico?

—Perfectamente, Clara.

—Mejor así, no puede dejarlo huérfano en vida. Recuerde: usted es su padre.

* * *

Aristides pasó corriendo por la galería. Agarró sus llaves, que tenía colgadas de su cuello en un cordón azul, y abrió torpemente la puerta.

—¿Papá? ¡Llegué! ¡Salimos campeones! Fui el goleador del torneo y...

—Estoy en tu habitación, hijo.

—¿Qué le pasa al perro, papá? ¿Qué hace otra vez debajo de mi cama?

—Se quedó dormido esperándote.

—¿Qué?

—Hace una hora empezó a llorar, y me hizo venir hasta acá. Quería subirse a tu cama como hacía cuando era chico, pero no podía... Intenté ayudarlo, pero al agarrarlo le dolía todo demasiado, así que opté por acariciarlo acá, debajo de tu cama.

—¿Está vivo, papá?

—Se quedó dormido sobre mis zapatillas; no creo que vuelva a despertar, hijo

mío...

—¿Por qué papá?, ¿por qué?

—Está en nuestra naturaleza, hijo: los humanos, los animales, las plantas, somos todos seres vivos... Hace cinco minutos que dejó de respirar; tenés que estar orgulloso: te esperó...

—¿Te parece que lo dejemos debajo del tendedero? —dijo Arístides entre lágrimas.

—Sí, sí, pasó muchas tardes ahí... Si lo viera tu madre, se reiría mucho...

—¡Qué increíble, papá! Te tocó sacarlo de la panza de su mamá, y ahora te toca enterrarlo.

—Nunca pensé que llegaría este momento, ¿sabés?

—Perdón por la indiscreción, papi, pero... ¿esperabas que mamá se fuera? —preguntó Arístides mientras enterraban a Einstein.

—Tampoco, hijo, pero sí hay una cosa que tengo segura, y es que vamos a estar juntos mucho tiempo. Vamos a volver a ser mejores amigos y...

—¿Te puedo abrazar, papá?

—¡Claro, enano, por supuesto!

—¡Ah! No me acordaba más de ese apodo...Ja, ja, ja...—entre lágrimas y sonrisas, Arístides abrazaba muy fuerte a su padre.

—¿Vamos a dormir, hijo?

—Sí, papá, muchas emociones juntas; estoy muy cansado...

—Apago la radio y me acuesto.

—Hasta mañana; dame otro abrazo, papi.

* * *

—¡Hola, audiencia! Acá estamos en una mañana hermosa, cierro los ojos y siento la primavera, y no el invierno, y sí... cada vez más cerca la tenemos a Doña Primavera... Ahí teníamos una vez más esta ya clásica poesía de nuestro poeta anónimo, nuestro Shakespeare como algunos lo llaman. Hoy parafraseando a Shakespeare y su obra La tragedia de Macbeth.

Siguiendo con los clásicos de los domingos, vamos a una tanda con Ataque 77,
¿Por qué te vas?

* * *

—¡Papá!, ¿papá? Tocan el timbre, ¿bajás?

—Sí, sí, sí, ¿quién puede ser a esta hora?

—Buen día, Agustín, soy doña Olivia, o lo que queda de ella...—dijo con voz entrecortada Olivia. De estatura baja, pelo blanco, y con su usual tranquilidad.

—Sí, la recuerdo ¿y en qué la puedo ayudar?

—En esta caja tengo algo que le puede interesar pero, si no la quiere, no hay problema: me la llevo de vuelta...

—Señora, le repito, ¿en qué la puedo ayudar?

—¿Se acuerda de Victorio Ladel?

—Sí, el borracho vecino suyo...

—Bueno, él mismo, ¿nunca se preguntó por qué estaba tan enojado con usted?

—La verdad que no, sobre todo porque venía borracho los domingos a las ocho de la mañana. Se salvó de que no lo recagara a palos...

—Bueno, Victorio Ladel tenía muchos defectos, pero no era una mala persona, ¿sabe? A su modo a usted lo apreciaba. ¿Usted tiene idea de qué le hacía su perro a él?

—Sí, sí, le hacía caca, le robaba el diario...

—Sí, y además le atendía a su perra, una mantonegro como el suyo...—dijo entre risas doña Olivia.

—¡Se lo tenía merecido! ¡Al fin, Dios, una! ¡Al fin una!

—Bueno, hace una semana el señor Victorio Ladel falleció. La policía lo encontró sentado en su sillón ahorcado con una corbata en su cuello y cortes en todo su cuerpo. Lo triste es que tenía una sonrisa y sus ojos abiertos. Se investiga si fue él o alguien más. De todas formas dos días antes me dejó esta caja con dos cachorritos. Uno lo tengo en casa, el otro se lo traje a usted porque me enteré de que su perro no está bien...

—Lo enterramos ayer. Seguro era una de esas prostitutas que él solía llevar.

—No juzgue buen hombre, no juzgue. Bueno, dígame usted qué quiere hacer.

—Déjelo, déjelo...—pidió Arístides.

—Yo lo estuve llamando con el nombre de Felipe y me responde, pero si no le gusta pueden cambiarlo.

—No, Felipe está bien, Felipe está bien —respondió Agustín.

—Bueno, hasta luego, que lo disfruten...

—Hasta luego, señora —respondieron al unísono padre e hijo.

—Bueno, vamos a darle de comer, hijo.

—Sí, sí, sí... dámelo, que lo quiero abrazar...

—Bueno, empalagate un poco con el cachorro, que subo la radio y preparo unos mates...

* * *

—Estamos de regreso y quisiera leerles esta poesía que envía otro poeta desconocido. Firma como “B.A.” y dice: “Para algunos amigos que pasan por un mal momento:

¿Qué es el amor?

El amor es sentir

esa fuerza interior capaz de enfrentar

cualquier desafío,

es esa energía que te permite no dormir

y que te alienta a correr más.

Te alienta a querer diferente,

a mirar distinto,

a comprender de otra forma,

a oler delicias,

a creer,

a sentir,

a suspirar,

a mirar al cielo,

a comprometerte,

a ayudar.

El amor te genera un acto de bondad,

te ayuda a ser sincero,

a dar una mano,

a entender una mirada ajena,

a saber qué es el frío,

qué es el hambre,

a sentir amor por alguien que es puro

que realmente tiene ganas de ayudar

y que no teme decir la verdad.

El amor lo es todo cuando lo palpamos

y es nada cuando no lo tenemos.

*El amor es esa luz que nos rodea
y que nos enciende desde lo más profundo
de nuestra alma.*

El amor es no lastimar.

*El amor es cada uno de nosotros
manifestado en forma diferente.*

El amor se practica.

*El amor se puede mejorar,
puede ser sincero...*

*El amor puede perdurar
hasta el fin de nuestros días.*

*El amor está en nuestras decisiones,
puede ser tanto oscuro
como claro.*

*Pero,
pero siempre será nuestro amor..."*

»¡Muy bueno B.A.! ¿Será el mismo de los otros poemas? Seguro que sí, lo hace para despistar... Es todo por hoy y, dado el mensaje que acaba de expresarnos William el poeta desconocido, nos despedimos con una canción que nos dé un mensaje de esperanza, Los Ramones: *Baby I love you*.

Capítulo 10

14 de septiembre de 2009

En la habitación oscura el hombre está parado al lado de la ventana. Por el reflejo de las luces, que pasan a través de la hendidura, mira una foto. Toma el teléfono celular del bolsillo de su pantalón, marca un número y lo pone en su oreja.

—Holaaa... ¿Conseguiste el dinero?... Y si la llamás a la nenita... ¿Cómo cuál nenita? Tu ex, la rubiecita... Exacto... Exacto... Justo pensaba en ella, y me preguntaba cómo estaría... Pasó tanto tiempo... Tenés razón, no es tanto el tiempo, sobre todo cuando uno tiene la posibilidad de verla... Pero, no es lo mismo, el trato no es igual... Bueno, después mirá qué hace el noviecito... Sí, es un mosquito, no me preocupa, pero vayamos viéndolo... Ok, vos encargate de la plata, yo mato al mosquito... Cha, chauuu...

Luego de dos minutos aproximadamente, prende el equipo de música, pone en volumen alto a Mozart, y recita en voz baja:

*Qué difícil se hace olvidar, querida sobrina,
cuando el sentimiento es muy profundo,
cuando algo o alguien te deja sus huellas*

*en lo más profundo
de tu ser,
de tu alma.*

*Pasan los minutos, pasan los segundos,
y mi teléfono extraña tu llamado,
que acude en mi ayuda,
pues como dos niños
nunca supieron jugar
el juego de la vida.*

*Me gustaría vivir en tus fantasías,
igual que vos sos parte de las mías,
que acompañan cada noche de soledad,
querida sobrina.*

*Sé que, a tu modo y en algún lado, vos vivís tus fantasías,
también sé que estás comenzando a probar
el vértigo ante una profundidad
que te asusta,
y que yo ya navegué varias veces.*

*No tengas miedo, dejate volar,
dejate llevar por los sentimientos,
esos que sentís cuando me mirás,
cuando te llamo, cuando te logro acariciar.*

*Cada verso,
cada estrofa,
me recuerdan a vos,
me recuerdan que por suerte
tengo cada noche
alguien a quien recordar.*

El hombre cierra los ojos, baja su mano derecha y lentamente aprieta la foto con la mano izquierda. Se escuchan gemidos.

* * *

Ariadna estaba parada en la cocina; vio pasar a Olivia en su bici rosa y la saludó. Estaba tomando mate. Estaba algo nerviosa. Sonreía, se ponía seria, sonreía y se acomodaba el flequillo. Dejó el mate arriba de la mesada y corrió a atender el teléfono.

—¿Hola? Hable.

—Hola, bebota, ¿cómo estás tanto tiempo?

—¿Justo vos tenías que llamarme hoy? ¿Cómo conseguiste mi número?

—Contactos, contactos. Voy a ser breve:

Duda de que sean de fuego las estrellas,

duda de que el sol se mueva,

duda de lo cierto,

admite lo dudoso;

pero no dudes de mi amor^[7]...

—¡Y dale con eso! Ustedes están locos. Desde el día que decidiste compartir nuestra desgracia a tu tío, no dejó de molestarme con este mismo verso, ¡que cursis que son!

—Te, te, te sigue llamando mi tío.

—¡Ya empezaste a tartamudear, pelotudo de mierda!

—Se te va fa fa fácil la sonrisa a vos, putita. Bien que te gustaba ba, ah carajo, cuando mi tío te tocaba.

—¡Andate a la puta que te remil parió, hijo de puta!

—No, no, no me cortes. Necesito plata.

—¡Pedísela a tu tío, infeliz!

—Chau.

—Pará, mirá por la ventana.

—¿A dónde estás, hijo de puta?

—Holaaa, hola.

—Hola, ya que estás ahí decile al policía que pasa caminando que venga, así le cuento lo que me estás diciendo.

—Zafaste, zorrita, pero voy a volver, voy a volver. Hola, ¿cómo le va, oficial? Luego de unos minutos, Ariadna agarró su cartera del sillón blanco; sin pensarlo demasiado, tomó la llave de la repisa ubicada al lado de la puerta de salida. Abrió la puerta, la cerró y salió firme por el caminito que atraviesa la gramilla recién cortada. Se paró y, casi como buscando un efecto metafísico, aspiró el olor a pasto; luego de unos segundos, se dio cuenta de que sus zapatos blancos, con tacos, se estaban enterrando en el parque, “Bueno: blancos, marrones y verdes”, pensó. Sin peligro a la vista, sin prisa pero sin pausa, se dirigió hacia la zona de la estación en las Flores.

Ariadna emprendió una rápida caminata, con la cabeza gacha y con los pelos al viento. Los pensamientos de los más variados: qué le diría hoy a la noche a Constantino; qué le diría a Federico si llamaba nuevamente; qué hacer si volvía a cruzarse con su tío; cómo comenzar toda esta ensalada con Dalia; y en el medio trataba de hacer memoria, sobre qué le había faltado comprar en el supermercado. Llegó a la estación, la pasó de largo, volvió, cruzó la calle, y se paró unos segundos en la puerta de vidrio del local de fiambres, con la

leyenda de “Almacén de Fiambres La Estación”. Le llamó la atención que parte de la vidriera estuviera rota, tapada con cartón. “Será por eso que me pasé de largo”, pensó. Buscó la manija, abrió la puerta y entró.

—Buenas noches, señorita o señora, ¿qué está buscando? Tengo el queso cremoso en oferta...

—No, gracias. No vine a comprar. Busco a Dalia.

—Me lo debí imaginar; pase, está sola...

—Gracias —respondió Ariadna y corrió la cortina color azul, con los signos del zodiaco dorados. Detrás de la cortina: Dalia. Siempre sentada detrás del escritorio, mezclando las cartas. Habitación blanca, olor a sahumero. “Me parece que es vainilla”, pensó Ariadna. Cada vez que alguien entraba, la podía ver a la pitonisa con el pañuelo celeste en la cabeza, algunos pelos amarillentos que sobresalían por los costados, cara redonda, sonrisa maternal y ojos marrones muy claritos.

—Hola, sabía que ibas a volver.

—Hola Dalia —saludó con una sonrisa Ariadna a la pitonisa.

—¿Cómo fueron estos días con tu marido?

—Intensos, intensos...

—Vení, tomá asiento.

—Gracias, necesitaba hablar con vos.

—Bueno, contame ¿cómo fue todo? Te noto pálida, ¿estás bien?

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde quieras. ¿Qué te preocupa más?

—Es todo lo mismo: lo de Constantino, lo de Federico, lo de su tío, es todo lo mismo, ¡ay! voy a enloqueceeeer.

—Tranqui, mi amor, respirá hondo, bien hondo, inhalá y exhalá, vamos... uno, dos, uno, dos... así... bien. Listo, mantenete en el centro ahora.

—Gracias. Lo necesitaba. Bueno, ahora sí: hoy me llamó mi ex.

—Ese tal... ¿Federico?

—Exacto. Federico Sánchez. No bien me habló empezó a recitarme Hamlet, y eso hacía cuando éramos novios. Al principio era lindo pero luego, al querer apartar eso de mi vida y él al torturarme con eso, se fue volviendo paranoico, ¿entendés?

—Comprendo. Hay una locura en estos días por acá... Sin ir más lejos, ayer nos apedrearon la vidriera. Cuando nos levantamos vimos una nota envuelta en una piedra que decía: “Fuera de aquí, si no, verán mis ojos destilar ámbar”. Ahora aparece un tal William en la radio, que no me gusta nada; y esto que me contás vos... qué locura todo esto...

—Es que son todos de ese famoso grupo de los Sacramentos, ¿entendés?

—Sí, algo sabía. ¿Todos, te parece?

—Por lo que me contaron, algunos pocos que pertenecían al núcleo iban excluyendo a otros que querían apoderarse de las decisiones, y uno de los que

fueron echados fue el tío de Fede, y atrás toda su familia.

—¿Y que era exactamente lo que hacían en ese grupo?

—De todo: colectas para carenciados, grupos de lectura, lobby político. Eran como un grupo secreto, ¿entendés?

—Comprendo.

—Ahora, ni idea si todos estos locos están relacionados. Qué sé yo quién es ese que escribe a la radio y si tiene algo que ver con el tío de Fede. Sé que se dedicaba a la informática y recitaba a Shakespeare, pero no sé si tiene iniciativa como para crear él algún poema. No sé, es medio raro ese tipo. ¡Lo odio! Encima cuando fue lo de mi aborto, el tipo se la daba de tío y me manoseaba. Y el estúpido de Fede, en lugar de defenderme, se ponía todo colorado y tartamudeaba.

—Probablemente lo haya manoseado a él también.

—Mirá, no me extraña para nada. Encima, cada dos por tres lo cruzamos en el hospital, o en la calle, y se hace el buenito.

—¡Esperá! ¿Volviste a verlo a este tipo?

—Sí, se llama Benigno.

—Yo conozco a un tal Benigno al que se le murió la familia; me parece que estás confundida.

—Mirá, cuando yo salía con Fede, poco se sabía de su vida. Le tenían miedo y mucho no le preguntaban; ahora lo veo en la clínica y se hace el corderito; es

un cerdo.

—Después voy a tirar las cartas para ver un poco; ya a esta altura no me extraña que sea un psicópata; qué raro que se me pasó cuando lo atendí; es más, hasta me gustaba...

—¡No sabés de lo que zafaste!

— Bueno, contame ¿cómo fue todo con tu novio?

—En realidad nos fuimos de acá sin hablar una palabra, todo fue demasiado normal. Al principio me preocupé porque tenía miedo de que me dejara. Los primeros momentos él estaba un poco tenso. Luego se fue soltando y fue todo como antes. La verdad, creo que los dos no queríamos confrontar. Somos más bien conciliadores.

—Entiendo, pero hay decisiones o situaciones que inevitablemente requieren más atención de la normal. Supongo que los dos tenían cosas para hablar, ¿verdad?

—¡Exacto! Por ahí estaba el nudo. Me escuchó, pero luego reaccionó mal.

—Los dos tenían una historia muy intrincada que los había unido, ¿verdad?

—Algo así. ¿Él que historia intrincada tiene? no me contó nada.

—Tienen que abrirse más, los dos... Yo creo que ambos enfrentan un karma, pero dejame ver qué nos dicen las cartas... En el pasado, en tu entorno y en el amor salen fuertes estructuras. Esta causalidad nos indica que esto es válido tanto para vos como para él. Ante la indecisión, hubo templanza en los dos, y

ahí empeoró la cosa. Inestabilidad; caminaron sobre el cocodrilo, los dos con la llave de la vida en la mano. Luego les vino la transición y, cuando menos lo esperaron y ya estaban desesperanzados, ahí se conocieron, porque se tenían que conocer.

—¡Es así, tal cual! —dijo Ariadna con cara de asombro y con los ojos rojos llenos de lágrimas.

—Creo que si falta algo en la pareja es entregarse. Los dos tienen que entregarse más. Los dos ahora se conocen más. Y probablemente se conozcan más en estos días que en todos los años que llevan juntos. Veamos en qué tienen que cuidarse... La mente, la desconfianza, los puede destruir...

—Es que no sé qué actitud tomar. Y a él lo veo más perdido que yo...

—¿Sabés? Las heridas del pasado pueden estar necesitando un mimo para ser curadas. Él ahora sabe cómo tratarte, y vos sabés que puede haber cosas que él necesite de vos. Cosas que antes no se animaba a pedirte, y probablemente eso era una traba para los dos...

—No te entiendo.

—Para vos es importante que no te presionen ni que te maltraten. Él ahora sabe que necesitás estimulación, ser libre, buen trato y mucho amor, ¿no es así?

—Puede ser...

—Bueno, él probablemente también esté necesitando que mimes sus heridas.

Por ahí vas a tener que darle un empujón para que tome iniciativas, por ahí vas a tener que darle y mostrarle firmeza. Hay un rol paterno ausente en él y, si bien nunca vas a suplantarlo, hay muchas cosas que sí podés darle.

—¡Ah!... ¡Qué alivio! Pensé que me hablabas de la intimidad...

—Ja, ja, ja. No, ese es un tema de ustedes. Si sos muy conservadora, pero te soltás un poco, probablemente él se sienta más valorado.

—Puede ser, sí, soy muy conservadora en la cama.

—Bueno, ambos tienen un camino por recorrer, juntos, y con confianza...

—Sí, pero no sé cómo empezar.

—Sacá una carta de este mazo.

—Esta.

—Sacá dos más.

—Estas.

—Ok, vamos primero a tu actitud hacia él en lo cotidiano, es la carta que te pide una actitud amorosa sin rencores.

—¡No entiendo una carajo!

—Él tiene cosas por compartir, para que eso pase tenés que salir de tu estructura.

—No sé cómo, no puedo...

—Podés. De a poco puede uno ir despojándose de lo material y ver más allá de lo transitorio, de lo superficial. Actúa con calma, relajate, soltate y ponete

sexy, que no te va a pedir que hagas nada extraño, ni se va a ir con otro hombre; verdaderamente te ama. No tengas miedo a sentir.

—¿El gordo con otro hombre? Me dejás mucho más tranquila.

—No hay de qué; cuando necesites, volvé.

—¡Claro! Seguramente.

* * *

Constantino estaba sentado en la sala de espera de los consultorios externos del hospital, esperando a ser atendido por Naúm. Se paseaba de uno a otro de los sillones negros que contrastan el blanco de la sala. Se ubicó delante del televisor, atrás, al costado, probó de todas formas. Con los auriculares, sin los auriculares, con el libro, sin el libro. Todas las alternativas fueron testeadas en esas dos largas horas de espera.

—Buen día, Me llamo Constantino Pazzini, vengo a ver al señor Naúm.

—Tome asiento, que termina con el otro paciente y lo llama.

—Sí, hace dos horas que lo espero.

—Tome asiento, que termina con el otro paciente y lo llama.

—¿Sabés si fui anunciado?

— Tome asiento, que termina con el otro paciente y lo llama.

—Claro, ¡gracias!

—Constantino, ¿cómo está, hombre, tanto tiempo? Pase, pase... Hace como dos horas que estoy leyendo porque pensé que no había nadie, casi me voy, lo vi de casualidad.

—¡De verdad!, ¡qué alegría verlo! Me anuncié, pero se ve que se olvidaron.

—Y acá es así, amigo.

—Sí, veo... Qué raro que lo hayan dejado trabajar acá, con tanto positivismo dando vuelta...

—Sí, es verdad. Es que ayudé en muchas cosas de sus vidas personales a los dueños y, bueno, entienden que las épocas cambian y que es inevitable enfrentar los misterios con otras herramientas distintas a las que la ciencia nos da. De hecho soy doctor en psicología pero, bueno, estas herramientas alternativas son de mucha ayuda para conectarme con la ontología del ser humano.

—Muy sabio.

—Cuénteme, ¿qué lo trae por acá?

—Los fantasmas de mi pasado.

—Je, je, je... siempre tan extremista. Cuénteme...

—El tema es el siguiente: desde hace varios años que estamos intentando buscar el bebé, ¿recuerda?

—Sí, lo tengo presente.

—Bueno, un día conversando con una tercera persona, surgió el tema de su

adolescencia y confesó que se había hecho abortos.

—¿Y?

—¿Y ese puede ser el problema de por qué no logramos conseguir el bebé?

—Hay dos vías para averiguarlo. Pueden hacerse estudios y ver a un especialista, o ver desde el punto de vista espiritual a qué se debe.

—Estamos encarando ambos caminos. Lo vimos al doctor Castro, a Dalia y a usted.

—Ah, el doctor Castro es bueno; creo que los va a poder ayudar. Mientras, con Dalia los vamos encaminando para que puedan recibir la ciencia correctamente. Si tienen todo encaminado, ¿qué le preocupa en realidad?

—Cuando hablamos de su pasado, nos dijimos que no tenía que haber secretos y yo no le confesé mi historia con Martiniano, ¿recuerda mi historia?

—Sí, la recuerdo, pero no termino de comprender qué le preocupa.

—En principio, que pensé que no iba a tener que remover esos recuerdos. Al conocerla comencé una nueva vida.

—Pero había cerrado el tema usted, y se lo veía feliz. Evidentemente no estaba del todo cerrado: algunos temas vuelven para ser enfrentados nuevamente.

—Puede ser; eso me bajoneó un poco, y por otro lado no me esperaba de ella sus secretos.

—Bueno, los dos tenían algo que compartir. Solo falta que usted sea sincero,

nada más...

—Sí, pero desde hace diez años que lo estamos buscando; debería habérmelo dicho antes.

—Pero ustedes se conocen desde hace más de diez años; ella puede pensar lo mismo de usted.

—Es verdad, pero de repente somos dos desconocidos.

—¿Habló con ella sobre sus inquietudes?

—Conversamos el tema por arriba...

—¿Muy por arriba?

—Sí, totalmente.

—En algo es recurrente usted; pretende saber qué hay del otro lado de la habitación mirando por el agujero de la cerradura. ¿Por qué no abre la puerta? Vea qué hay del otro lado. Si hay oscuridad, prenda la luz, pruebe abrir las ventanas y ventile un poco la habitación. Búsquela, siéntese a su lado, háblele, acaríciela.

—Puede ser que así sea, Naúm.

—Pruébalo, dé el paso, hombre, y sobre todo sea sincero con ella. Eso le dará tranquilidad.

—De todas formas hay algo que sigue generándome temor, Naúm.

—¿Dónde siente el temor?

—En la boca del estómago.

—Cierre los ojos y piense en ese temor, ¿qué imagen le viene a la cabeza?

—Los dos separados.

—¿Sigue viendo oscura la habitación?

—Sí, muy oscura.

—Piense en alguien que viene a ayudarlo. ¿Qué persona le viene a la mente?

—Ella.

—¿Y sus padres?

—No, ellos no.

—Nunca le volvieron a hablar, después del episodio con Martiniano.

—No, nunca me perdonaron. Más allá de algún evento familiar o social, no compartimos nada más. Todo superficial, todo para el qué dirán...

—¿Usted se perdonó?

—No, sigo sintiendo que rompí con los códigos familiares.

—¿Familiares o tradicionales? ¿Usted no está encaminando su nueva familia?

—Sí, Naúm.

—Entonces comience por perdonarse; luego los demás lo perdonarán. Y si eso no ocurre, al menos vivirá con tranquilidad. Deje el pasado de lado de una vez por todas; suéltelo, deje de depender de él.

—Lo voy a intentar. Gracias.

—Nos vemos, joven. Cuídese, que están pasando cosas raras estos días. Mire ese hombre de ahí, mi nuevo amigo...

—¿Quién?

—No, me pareció ver a un amigo que se llama Benigno.

—¿Benigno Alizaga? Sí, lo conozco. No, pero ese no era. Creo...

—¿Y eso? ¿Qué hace un cuchillo acá tirado? Qué descuidada es la gente, cualquiera se podría lastimar con algo así.

* * *

Ariadna y Constantino necesitaban el desahogo. Pero sobre todo volver a confiar el uno en el otro.

Las viejas heridas fueron incrementándose con el correr del tiempo. Eso generó círculos viciosos de desconfianza en los dos, pensamientos ocultos, distancia, oscuridad y superficialidad. Había que abrir la puerta y conocer una parte de la otra persona que estaba incierta, oculta. Los dos sentían culpa y desconfianza. Ese era el nuevo proyecto: allanando ese camino, recién podrían darle lugar al nuevo ser; por lo menos, eso era lo que sentían los dos en ese momento. Se sentían tranquilos por la ayuda externa que estaban recibiendo, pero con un arduo trabajo interno por resolver.

Los dos llegaron al hogar como si hubiesen hablado entre ellos, en lugar de con terceros. Pasearon de la mano por todos los rincones de la casa: la cocina, donde tomaron mates, mientras preparaban la cena; el sillón de cuero blanco del living, donde conversaron de viejas anécdotas; hasta la cama, donde

comenzaron a mirar fotos, y continuaron con una escena de reconciliación simbólica. Una copa de vino Malbec, chocolate con almendras y música en tono bajo. Decidido a ver qué había tras el agujero de la cerradura, Constantino corrió el flequillo de Ariadna ya que quería, una vez más, ver su sonrisa. Calmos, comenzaron a dar pequeños pasos: la música en francés, que tanto les gustaba a los dos, la luz tenue de la habitación y el acompañamiento del vino. Condimentos suficientes, junto con la calma del momento, que contribuyeron a enrojecer los pómulos de Ariadna. Con ello comenzaron su trabajo los ratones de Constantino. Una mano la apoyó en la mandíbula de ella, como sosteniéndola. Acto seguido, mordisqueó suavemente sus labios, tal como a ella le gustaba. Con la otra mano, puso aún más tenue la luz del velador. Casi en penumbras, comenzaron a acariciarse. Una mano de él apoyó sobre una de ella, la que estaba sobre el acolchado. Con la otra mano comenzó a hacer círculos suaves sobre sus pechos. El agua de la boca iba lentamente formando un fluido tibio, lubricante, estimulante que humedecía los labios. Decididos a más, comenzaron a quitarse la ropa entre ellos. Ella comenzó a desabrochar su camisa, él metió su mano bajo el suéter desde su cintura, y desabrochó el corpiño. Ariadna se quitó el suéter. Constantino terminó de sacarse la camisa y tiró ambas prendas: al piso. Él continuó con los masajes en sus pechos; ella, acompasando, comenzó a acariciar el centro de sus pectorales. Lejos de molestarle sus pelos, la excitaban. Constantino corrió sus

besos a la oreja, haciendo movimientos circulares con su lengua en el lóbulo y respirando tibiamente en su oído. De las orejas al cuello. Del cuello a los pechos, donde se detuvo, alternándolos. Suavemente la tomó de las manos y la recostó. Separó sus brazos, y abrió sus piernas. Entre suspiros y jadeos, comenzó a pasar su lengua bajo las axilas de Ariadna. Nunca había llegado a una instancia así, y de manera tan lenta. Siguió su recorrido por las costillas, hasta llegar a su cintura. Ahora era el turno de desabrochar el jean, bajando lentamente el cierre. Deslizó el pantalón despacio, hasta llegar a los tobillos, y, una vez en el precipicio, los arrojó junto con las otras prendas. Se ubicó en el medio de sus piernas, y comenzó a subir con besos tibios desde los tobillos hasta la zona de la ingle. Ahí apoyó su lengua sobre la bombacha, acariciando su vagina. Él nunca había agasajado a ella con besos en esa parte del cuerpo. Era toda una novedad. Corrió lentamente el borde lateral de la bombacha, y metió su lengua. Luego de un minuto, aproximadamente, quitó la bombacha. Ella sacó el cinturón del pantalón de Constantino, y desabrochó su pantalón, hasta quitárselo. Él corrió nuevamente sus brazos, e hizo que ella se acostara. Decidido a regalarle por primera vez unos besos en su vagina, comenzó por el clítoris. “Suave”, pensó ella. Para continuar subiendo la temperatura, ella deslizó sus dedos entre su boca y el clítoris. Casi involuntariamente se estaba masturbando, mientras él acompañaba con su lengua los movimientos de los dedos. Suspiros. Jadeos. “Hagamos el amor”, dijo él. “No, ahora es mi turno”

respondió ella. Se desplazó y giró su cuerpo hasta quedar encima de Constantino. Continuó besando sus pectorales, y fue bajando por su parte media. Esta vez, la obsesión por la dieta y el gimnasio tenían su premio: ella se excitaba de besar sus abdominales. Constantino apoyaba la mano en la frente, en tanto que suspiraba. Entre suspiros intercambiaban miradas, hasta que ella apagó completamente la luz. Oscuridad, suspiros y temperatura era lo que había quedado de la reconciliación. Ella se decidió a bajar lentamente hasta tomar con su mano derecha el tronco de su pene, haciendo movimientos verticales con su mano lentamente, hasta que su lengua comenzó a pasar por la cabeza del miembro. No contenta con lo acometido, siguió con su boca hasta llegar a la parte que separa el ano de sus testículos, para buscar el punto G del hombre. Fue en ese momento cuando él cambió los suspiros por jadeos. Ella, recordando lo que le había dicho Dalia, que tenía que soltarse, bajó lentamente su lengua hasta alcanzar el ano de él. Lo fue besando en círculos hasta dilatarlo. “Hagámoslo, o voy a terminar”, dijo él. Con su vagina humedecida, fue subiendo en tanto que la rozaba por la pierna de Constantino. Una vez que se encontraron a la misma altura, ella tomó su pene y lo introdujo en la vagina. Movimientos lentos y besos desesperados fueron subiendo la velocidad de la escena de amor. Luego de unos minutos, el fluido tibio de él en su vagina la hicieron estallar en gritos. Terminaron juntos. Sudados. Respiración fuerte. Risas. Se tomaron de la mano. Luego se taparon. Se

abrazaron. Quedaron así un rato. Luego se ducharon, y comieron casi en silencio. Solo la música y los sonidos de los cubiertos fueron los testigos de aquel momento de amor, hasta que ella irrumpió el silencio.

—Estuvo todo excelente.

—Sí, la comida, el sexo, todo.

— ¿Gordo?

— Yo te confesé mis historias ¿hay algo que quieras compartir?

Constantino suspiró, apoyó su pera en el pecho y cerró los ojos. En ese momento recordó aquellas palabras de Nahum y comenzó a hablar en tono bajo y pausado:

Durante mi viaje de egresados tuve una historia con mi compañero de habitación. Éramos muy amigos, y todos sabían que él era gay, pero a mí no me importaba compartir la habitación con él. El tema es que todas las habitaciones eran para grupos de cinco o seis personas, pero quedábamos nosotros dos colgados así que, a pesar de ser la cargada de todo el curso, acepté compartir la habitación con Martiniano.

—¿Y?

—Bueno, tuvimos relaciones una vez, y le eché la culpa a la borrachera. Pero eso continuó dos y tres veces más en el viaje, y continuó seis meses más acá, todo en secreto. Un día desperté y me sentía en una pesadilla, sentí que no era mi vida. La pasé bien esos meses con él, pero por algún motivo sentía que no

podía seguir. Así que le pedí un tiempo, para ver qué me pasaba. Ahí empecé terapia con Naúm, ¿viste el viejito al que saludé el otro día?

—Sí, lo conozco por mi mamá.

—Bueno, el tema es que hicimos terapia. En la terapia hicimos regresión de vidas pasadas, y la conclusión fue que en otras vidas con Martiniano fuimos pareja no correspondida siempre, y que esta vida no era la excepción. Estaba en cada uno de nosotros descubrir cuál era nuestro camino. En esta vida era fundamental dar un cierre; caso contrario, seguiremos dando vueltas a futuro...

—De corazón... me cuesta entenderte, ¿sos puto?

—No, es pasado. Te amo.

—Gordo ¡sos puto!

—No me ofendas.

—¡Yo sabía que algún defecto tenías que tener, además de ser medio pelotudo a veces. ¡Sos puto!

—¿La podés cortar con es palabra fea?

—¡Hijo de puta! ¿Qué me vas a engañar con Benigno cerdo? ¿o con Agustín? ¿o te gustan los pendejos y te querés coger a Arístides?

—Yo no te ofendí cuando vos me contaste tus historias.

—Yo quiero un hombre entero, no partido por la mitad. ¿Cuántas veces te hicieron el culo forro?

—No me estás ayudando.

—¡Andá a la puta que te parió trolo de mierda!

Esas fueron las últimas palabras de una noche agridulce. Ariadna tiró los platos al piso y se encerró en la habitación. Constantino lloró hasta quedarse dormido sobre la alfombra del living.

Capítulo 11

21 de septiembre de 2009

El reflejo del sol atraviesa la hendidura superior de la persiana y comienza a calentar los párpados del hombre. Entreaire sus ojos, pone su mano derecha a modo de visera y lentamente se sienta en la cama. Así nomás, vestido como está, se pone un sobretodo negro, un sombrero a tono, zapatos, agarra las llaves y sale. Cierra la puerta y se queda en el hall del edificio por unos minutos. La claridad no es de fiar luego de mucho tiempo en cautiverio. Antes de dar los primeros pasos nota algo incómodo en el bolsillo derecho del sobretodo. Mete su mano y ve que está el libro de bolsillo de *Hamlet* que dejó la última vez que usó el saco. Asiente con la cabeza tres veces, abre el libro, lee unas líneas, lo cierra, lo guarda nuevamente en el bolsillo del saco y sale a caminar hasta meterse en una camioneta negra. Con rumbo firme se dirige a la plaza y se ubica detrás de un árbol para poder observar todo el panorama. De izquierda a derecha visualiza todo: el tobogán, las hamacas, el arenero y la canchita de fútbol. Casi delante de él, en el extremo derecho, está el pochoclero que, en tanto que mete azúcar y maíz a la máquina, conversa con el cafetero. Esos olores van relajando al hombre. De repente, una sonrisa se

dibuja casi de manera perfecta en su rostro; es que una abuela y una mamá conversan en tanto que hamacan a un nene y a una nena. Fija ahí su mirada por largo rato; intercala sus miradas con la escritura en una hoja suelta que saca del libro; hasta que la mujer mayor lo visualiza y lo saluda. Instantánea y bruscamente, da la vuelta y salió a paso rápido; se mete en una Toyota Hilux negra con vidrios polarizados y sale a toda marcha.

Cómo describir o contarte

mis primeros recuerdos, hijastra mía.

Es que el amor me mostró

una gran riqueza.

Siento la felicidad y las ganas

de volver a tenerte en mis brazos,

pues tu roble no comprende el rol

y la importancia de velar por sus frutos.

Tan grande fue tu amor al nacer Paloma

que disfrazó mis recuerdos

de heladeras apagadas

y armarios vacíos.

*Fue tan grande tu sonrisa
y tan intenso tu amor
que viví sin darme cuenta
que algo me faltaba.*

*¿Hace falta escribir en prosa,
o con metáforas
para expresar cuán grande fue, es y será tu amor, hijastra mía?*

* * *

La primavera tomó con buena energía a Blanca y a Paloma: música italiana, mates y biscochitos completaban aquel cuadro, en el dos ambientes con piso de parqué marrón oscuro y paredes blancas. Blanca corrió las cortinas celestes para que el sol pudiera entrar de la mejor manera posible en el living comedor, tomó un mate y se dirigió a la habitación compartida para despertar a Paloma.

—¡Buen día, mi amor! A ver, Paloma, nos vamos levantando...

—No, no, no, mama, no, mama. Mismo pelo marrón que su madre, más largo, bien duro tipo alambre, pero con la tez blanca de su padre.

—A ver, Paloma, decí: “Mamá”.

—Mama.

—No, mama no, maamáá...

—No, buuuahh, buuaahh, buuaahh...

—Bueno, bueno, no llores, Paloma, no llores. Mirá la mano de mami. Cantá conmigo: “Qué linda manito que tengo yo, qué linda y bonita que Dios me dio”.

—Ja, ja, ja... mamá, mamá.

—Sí, muy bien, Palomita, muy bien.

—*(Suena el timbre)*. ¿Quién es?

—¡Nosotras! Tus primas, Ainara y Marcela.

—¡Hola! ¿Y Camila?

—En la guardería. Que vaya un par de horas le viene bien a ella y a mí, así puedo hacer algo. El Ale, en el jardín, así que a tomar mates con mis primas...

—¿Y Paloma? —preguntó Marcela.

—Ahí viene en el andador. Vení, Palomita, mirá quién vino...

—No, buuuah, buuaah, buuaah...

—¿Qué le pasa?, ¿por qué llora? —preguntó Ainara.

—Los imprevistos la matan, no los soporta. Mirá cómo se esconde. Ahí se fue para la habitación; puede estar sola dos o tres horas. Agarra un cuento, lo mira, balbucea palabras que ni entiendo.

—¿No volvió a hablar más? —preguntó Ainara.

—Cada tanto tiene un poco de lucidez y tira algunas frases. El otro día me

dijo: “Mamá, cuando estés en el cielo te voy a extrañar”; en su lenguaje, claro...

—¿Cómo anda con el sueño?, ¿te deja dormir? —preguntó Marcela.

—Mirá, veníamos bien con el sueño y con la retención, pero desde hace unos días empezó a despertarse llorando a la madrugada, y toda pillada.

—¿Es común que hagan eso? Como yo no tengo chicos, qué sé yo...—preguntó Marcela.

—Puede ser normal o no. En este caso puntual, es desde que fuimos a ver al médico y a la municipalidad para su viaje a China —comentó Blanca.

—¿Y? ¿Cómo venís con el tema del tratamiento? ¿Qué era eso que le iban a hacer? —preguntó Ainara.

—Tratamiento con células madre. Bien, quedaron en contestarme de la municipalidad con cuánto me ayudan, y el médico está hablando con China.

—Igual, ¿él te acompaña?, ¿verdad? —indagó Marcela.

—Sí, obvio. Por eso es tan caro.

—Ahora, ¿cómo vas a hacer para mantenerla tanto tiempo tranquila en un viaje tan largo? —preguntó Ainara.

—Ya lo pensé. Le armo un bolso con sus peluches, con su frazada rosa y con todo con lo que anda todo el día. Mirala: ahí va arrastrando esa frazada, no se la puedo sacar ni para lavarla.

—Pobrecita, hace lo que puede mi negra —dijo con tono tierno Marcela.

—Bueno, vamos nosotras, negra, así la dejamos a Blanca con la nena.

—Sí, Ainara, vamos. Suerte con eso del subsidio, avisanos si necesitás algo.

—Dale, les aviso. Gracias por pasar. Ya con la plata que me prestaron es un montón.

—No te la prestamos, es un regalo para la nena, che...—dijo Ainara.

—Bueno, gracias por el regalo entonces...

—¿Vamos, Palomita, a dar una vuelta a la plaza?

—Vamosh.

* * *

—¡Jugá en la arena! ¡Al tobogán no!

—Al togogan sí.

—¡Al tobogán no!

—Al togogan sí.

—¡Al tobogán no!

—Al togogan sí.

—¡Ok, Palomita! Al tobogán sí.

—¡Al togogán no, Blanca!

—Entonces a la arena, Palomita.

—Entonces a la arena, Blanca.

—Mi Dios, a veces dan ganas de matarla.

—Ja, ja, ja.

—¿Cómo anda, Olivia?

—Bien, nena, ¿y vos?

—Luchándola para no perder la costumbre. ¡Qué lindo perrito! ¡Hace mucho que lo tiene?

—¡No! Callate, ¿a que no sabés quién me lo regaló?

—No, no lo sé. ¿Agustín?

—Tibio.

—A él lo vi con uno igual el otro día.

—Su consuegro.

—¿Qué?, ¿quién?

—Don Victorio Ladel.

—Pero si se odian...

—Si, pero su perro cortejaba a la perra de Victorio Ladel, y tuvieron cachorritos. Antes de morir, el viejo me trajo dos en una caja de zapatos y me dijo: “Usted sabrá qué hacer”. Yo ni gatos tuve, así que entendí que uno seguro era para Agustín.

—¡Chupate esa mandarina! Le agarró culpa al fin, con todas las que le hizo a su mujer, a Agustín, a usted.

—Bueno, pero ya no está más...

—¿Qué fue lo que le pasó?

—No lo sé, querida, nadie sabe. Lo encontraron sentado ahorcado con una corbata.

—¿Y la policía que dijo? ¿Cómo lo encontraron?

—Nadie sabe, es todo un misterio.

—Pero, che, yo pensé que luego de ese matrimonio de locos habíamos recuperado la tranquilidad.

—¿Te referís a Ofelia y Froilán?

—Sí, con las putitas de las hijas, perdone usted mis palabras, pero mataron a un amigo mío.

—Recuerdo bien ese caso. ¡Tomás, ojo con la hamaca! —gritó Olivia.

—¡Qué hermoso que está su nieto! ¿Cuánto tiempo tiene ya?

—Va a cumplir cuatro en dos meses. ¡Tomás, ayudala a Paloma a subirse!

—No puedo, nana. No puedo.

—Sí que podés, mi amor.

—No puedo, nana. No puedo.

—Ahí voy y te ayudo, Tomy.

—No puedo, mamá, subir, mamá. No puedo.

—Ahí está la otra. Se contagian.

—La abuela Olivia les va a contar un cuento mientras los hamacamos: “Había una vez un nene al que le encantaban los circos, y lo que más le gustaba era el elefante. El elefante impresionaba a todos por su peso, tamaño y, sobre todo,

por su fuerza. Pero, después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario, uno podía encontrar al elefante detrás de la carpa principal, atado mediante una cadena que aprisionaba una de sus patas a una pequeña estaca clavada en el suelo. La estaca era solo un minúsculo pedazo de madera, apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa y poderosa, parecía obvio que ese animal capaz de arrancar un árbol de cuajo podría, con facilidad, arrancar la estaca y huir. El misterio es evidente: ¿por qué el elefante no huye, arrancando la pequeña estaca, con el mismo esfuerzo que yo necesitaría para romper un palito de fósforos?, ¿qué fuerza misteriosa lo mantiene atado, impidiéndole huir? Para resolver el misterio, el nene preguntó a los mayores para buscar respuestas. Pero nadie pudo responderle. Un buen día alguien le explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado, a lo que el nene pensó: ‘Si es cierto que está amaestrado, entonces... ¿por qué lo encadenan?’. Con el tiempo, se olvidó del misterio del elefante y la estaca... Hasta que un día, cuando él ya era grande, encontró una persona que le dio una respuesta que al fin resolvió el misterio: ‘El elefante del circo no escapa porque ha estado atado a una estaca toda su vida desde que era muy pequeño’. Enseguida el hombre imaginó al pequeño elefantito, con solo unos días de nacido, sujeto a la estaca. Seguramente en aquel momento el animalito empujó y empujó, para tratar de soltarse. Y a pesar de todo su esfuerzo no pudo librarse. La estaca era ciertamente muy fuerte para

él. Seguramente al principio se durmió agotado por el esfuerzo inútil, hasta que un día el elefantito aceptó que no podía y que toda su vida iba a ser así. Por eso dejó de luchar para liberarse. Ese enorme animal con una terrible fuerza no se escapa porque cree que no puede. Sus recuerdos, su experiencia, sus vivencias, todo lo lleva a un imposible. Por eso, mis chiquitos, no tienen que pensar que no pueden. Tienen que pensar que pueden, con la cabeza y con todo su corazón^[8]”. —Los niños observaban atentamente a la abuela. Cualquiera que los veía desde afuera creería que los niños comprendían el mensaje de doña Olivia.

—¡Muy Bueno, Olivia!, ¡realmente muy bueno!

—Gracias, no lo inventé yo. Lo recuerdo de un libro que me prestó Naúm, en una de las tantas terapias que hice con él. ¡Hola, Hola! ¡Se le cayó algo señor!

—¿Quién es, abu?

—Es Benigno.

—¿Benigno?, ¿está segura, Olivia?

—Sí, sí, es él. Mirá no sabía que tenía esa camioneta. Pero, che, ¿qué le pasará que salió así como un loco? ¡Que bárbaro! ¡Qué raro está este hombre desde que perdió a su mujer y a su hija! Esperá que me acerco a ver, que se le cayó algo.

—¿Qué era eso que estaba en el piso?

—Un cuchillo, ¡qué raro está este hombre!

—Sí, yo escuché una vez a Abel decir que nunca encontraron el vehículo que las chocó y que para él no era accidental.

—¿Te parece, hija?

—Esa fue una de las últimas conversaciones con él. Es más, estaba perseguido con Palomita, y luego del accidente dijo que eso tampoco era así porque sí. Para mí estaba muy paranoico últimamente. Además plata no traía, y lo que traía se lo sacaba su hermano. Así que mire, no hay mal que por bien no venga.

—Seguro, hija, seguro. ¡Cuántas cosas raras que pasan últimamente!

—Bueno, Palomita, nosotros vamos yendo.

—No, mama, no.

—¡Vamos!

—No.

—¡Nos quedamos!

—Vamosh, Blanca, a casita.

—Chau, Olivia, chau, Tomy.

—Chau —saludó tentada Olivia por las contestaciones de Paloma.

* * *

—Bueno, Palomita, vamos a dormir.

—No, mama. ¡No!

“Acá vamos otra vez”, pensó Blanca.

—Chau, me voy.

—¿Adónde vas con esa mochila y tu campera?

—Con mi novio.

—¡Ah! ¿Ahora tenés novio?, ¿lo conozco?

—Shí, el del togogán.

—Mi amor, te gusta Tomy.

—Shí, Tomy me usta.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Andá a dormir, y mami lo llama, así él viene a despertarte como el cuento de cenicienta.

—¡Ah! Shí, me usta, me usta eso...

—Vení, aparato, vení que te acuesto.

—(*Suena el teléfono*). Tapate, Palomita, que atiendo y te apago la luz. Hola, hable...

—Buenas noches, disculpe la hora, pero me acaban de llamar de China y...

—Perdón, ¿quién habla?

—Sí, disculpe, soy la Licenciada Dénselos, asistente social de la Municipalidad. Me acaban de confirmar que ya está listo lo de su tratamiento, y nosotros tenemos los fondos para el pasaje, los honorarios del médico. Solo tiene que pensar en su estadía; lo de la nena lo cubrimos todo nosotros.

—¡Qué alegría! Muchas gracias.

—No me agradezca a mí. Venga mañana a las 11 con la nena, que van a estar

del cable y la van a filmar cuando le agradezca al intendente en persona.

—Ok, no hay problema. Hasta mañana entonces.

—¡Que tenga usted muy buenas noches, señora!

“Me parecía mucha amabilidad a mí, ¿gratis? No, en la política nada es gratis. Tranquila, Blanca, no veas el vaso medio vacío. Te ayudan, y eso es lo que cuenta. Bueno pongo un poco de música mientras me voy relajando”, pensó Blanca mientras iba a dar el beso de las buenas noches a Paloma, que no había podido resistir el cansancio del día y se había dormido abrazada al juguete que le había sacado a Tomy, su “novio”...

* * *

—Ahí pasaba Divididos con *Par mil*, luego del bizarro poema de William que finaliza así:

*Dicen que los padres tenemos preferencias
por algún hijo.*

Pero así no lo creo.

*Pues, por lo menos yo, todavía
no aprecié esas diferencias.*

Y tu padre... tu padre aún no notó tu ausencia.

Extraño esa sonrisa,

*Extraño esa piel suave,
Ese aroma a nuevo,
Pero, hija mía,
extraño aún más darte el beso cálido
de las buenas noches.*

—Date a conocer, Shakespeare. ¿Por qué te escondés, che?

—Creo que es importante recalcar que...

—Mensaje de texto al celular: “Ya sabrán de mí, firma: W.S.”. Andá che, ya del romanticismo estamos pasando al ridículo, William.

—Contraataque poético. Nos escribe B.A, y dice: “Esto sí es poesía. ¡Feliz día para todos!”:

*Belleza adolescente,
florecente color diste el nombre
a tu amanecer.*

*Pasaste tus lluvias y tus vientos,
hasta dijiste basta al gris
de tu estación.*

*Florecente amaneciste e iluminaste
la mañana regalándome tu prana*

*y relajando mi mirada,
anestesiando el comienzo de un día
que vaya a saber uno cómo
daría fin al oscuro madrugar.*

*Siento tu renovación desde mi interior,
pidiendo a gritos una sonrisa
que le dé la bienvenida a esta bella adolescente.
Jovencita de tan solo 21 años y 9 vidas,
que en cada existencia prometés
regalarme el amor definitivo,
llenar mi vida de lindos recuerdos
y fotos coloridas.*

*Parecería ser que no somos los únicos
enamorados y románticos
de esta especie de ilusión,
fantasía,
esperanza,
felicidad,
amor y promisorio futuro*

*que tenga fin
en una desesperada pasión
llena de fuego y calor.*

*Quién más quisiera tenerte todos los días,
llenando las almas con tu delicada ternura
y con tus frescas caricias,
que den el comienzo de un “buen día”.*

*Te deseo desde lo más profundo de mi ser,
para que des cada mañana tu amor a este planeta.
Y prometo, amor, devolverte cada día al despertar
una sonrisa,
algún gesto,
una caricia,
o simplemente una flor.*

*Belleza adolescente, gracias por decirme
nuevamente que estoy vivo,
que existo...
Sé que belleza es tu nombre,*

pues todos te llaman Primavera.

—Bueno, ahora se pone interesante el asunto: William, tenés rival. Es todo por hoy, nos despedimos con Adele, *Skyfall*.

Capítulo 12

28 de septiembre de 2009

El hombre entreabre la persiana plástica color blanco. Mira hacia afuera. La cierra. Se sienta y escribe. Toma el celular que está sobre la mesa, marca un número y lo pone sobre su oreja.

—Holaaa. Sí... ¿Todo listo?... De la plaza al hospital, ese es el recorrido...

No falles... Yo voy a estar ahí... Cha, chau.

Se levanta, pone a Mozart en volumen alto, se sienta y comienza a escribir. Gesticula. Mueve su cabeza exageradamente. Luego de unos minutos, se para, baja el volumen, y recita:

¿Qué pasó con los sueños de los niños,

de los jóvenes,

de los padres,

de los abuelos...?

¿Dónde quedó esa intención de ayudar

a los niños que mueren de hambre,

*a aquellos que se preocupan
tan solo por pronunciar y escribir el ABCdario,
las vocales,
o simplemente su nombre...?*

*¿Por qué nos mintieron, diciendo
que “debíamos recuperar nuestras tierras del sur”,
cuando en realidad
sabían que solo iban a matar
a esa generación de jóvenes ilusionados,
con una vida,
con una familia,
con un futuro...?*

*Peor aun: mucho antes se decidió cortar
aquellas hierbas rebeldes,
que se sabía
iban a ser la soja que alimentase
“nuestra tierra querida”.
Con las manos juntas y una sonrisa
nos dijeron que nos quedáramos tranquilos,*

que los asesinos ya no estaban más,

y que ahora...

Ahora ¡teníamos el voto!

El voto y la capacidad para decidir,

hasta nos dijeron ¡que nos iban a escuchar!

Luego llegó la burbuja de la mentira,

esa que nos decía que

de un día para el otro

estábamos a la altura de Europa

y del primer mundo...

Vacíos quedaron los bolsillos

y las esperanzas,

y no hubo alianza que fuese capaz

ni siquiera de juntar los papeles

que el viento revolvía.

Era como una tormenta que había acechado

a un pueblo fantasma.

Acá estamos,

*escuchando nuevas propuestas
y esquivando gente para ir a trabajar,
para darles de comer a aquellos
que dicen defender ¿derechos?
A aquellos que exigen más y más
por no hacer nada,
por estar sentados y romper la ciudad.
¡Los matones amenazan con palos
para que los reconozcan como nobles trabajadores!*

*Perdón, Dios, por hablarte así,
perdón por enojarme,
por quienes ¿no tienen otra posibilidad?
Esta pregunta, como tantas otras,
quedará en mi conciencia y en la de muchos,
seguramente
sin respuesta alguna.*

*A propósito...
Empecé escribiendo estas líneas,
preguntando si alguien sabía*

dónde nos había quedado a los argentinos

ese sentimiento que hace que

—de vez en cuando— nos olvidemos

de estas cosas que

nos hacen mal...

Ese sentimiento que hace que nos ilusionemos,

aunque sea un poquito más,

ese sentimiento que alumbra nuestro sueño,

“El Sueño Argentino”,

ese sentimiento que yo llamo:

“revancha”.

Camina en dirección al bajomesada, toma el cuchillo que está entre los platos,
lo mira y sonrío.

* * *

—¡Buenos días, gente linda!

—Gracias, Ciro, buenos días a todos.

—Buenos días a vos también, Belinda, pero me refería a la audiencia, sin
ofenderte claro...

—¡Después arreglamos cuentas!, ¿ok?

—Cómo no, belleza. Hoy lunes quisiera empezar el programa con dos temas que nos deberían impactar en nuestra conciencia, en nuestras prioridades, en nuestros pensamientos. Por empezar, quisiera contarles que, después de mucho tiempo, volví a Los Cerros. Fui invitado a animar una peña en beneficio de los inundados, y estar un día y medio ahí equivalió a tres años acá. En cuanto al estrés que pasé, en lo referido a la pobreza que vive la gente, en lo que respecta a la falta de recursos y educación, en fin, en relación con la falta de oportunidades y prensa. Porque eso en la capital no pasa...

—¿Empezamos el programa con cierta bravura? ¿Nada que decir de nuestro poeta anónimo? —preguntó sorprendida Belinda.

—Sí, llegué enojado. Del famoso William, poco tengo que decir. No creo que sean la mayoría los que sientan la necesidad de una revancha. Qué contraste que sentí cuando llegué acá, y me encontré que la famosa calle Las Heras, que rodea las vías y que tantos momentos familiares nos regaló a muchos de los que nacimos acá (me refiero a los cuatro barrios de El Paraíso) hoy es sinónimo de inseguridad, de clandestinidad, de droga y de prostitución. Y sin llegar a juzgar a quienes hacen, a quienes omiten y a quienes delinquen, quisiera que le dediquemos aunque sea el programa de hoy a la reflexión. ¿Por dónde empezamos, Belinda?

—Como decías, Ciro, tenemos mucho material, y me parece atinado comenzar por aquello que te inspiró, que te sensibilizó, y dejamos después tiempo para

la reflexión sobre el enojo, sobre la impotencia. Ya bastante tenemos en estos días con los enfrentamientos políticos sin sentido, al igual que los tuvimos en la década de los setenta. Así que, estando en el 2009, seamos sabios, como pensábamos en algún momento que podíamos llegar a ser hoy, y comencemos por la reflexión, por la sensibilidad.

—Cómo no, Belinda. En este caso quiero empezar por el mail que nos manda Adela, y dice así: “Hola a todos, soy Adela. Siempre los escucho; aunque como la señal no me llega, tengo que acercarme a lo de mi hermana Elisa, que vive a unos dos kilómetros de mi casa, o bien a veces lo hacemos con mi hijo Esdras, desde su celular. Acá tenemos varios problemas. El primero es que rara vez se acuerdan de nosotros, a pesar de que hay muchas personas poderosas que nacieron aquí y que hoy viven y son exitosas en el lugar que ustedes llaman ‘El Paraíso’, formado por los cuatro barrios europeoargentinos.

Podría estar horas hablando de la corrupción, de la prostitución, de la inseguridad, etc. Pero hay un problema que probablemente no sepan, y es que hay muchos chicos y bebés que se están muriendo por desnutrición y por intoxicación. Según nos dice la doctora Epifanía, el común denominador pasa por la falta de abastecimiento de agua.

Para poder disponer de agua para un mes, una familia tipo de Los Cerros monta manualmente un tanque de 200 litros a un carro. Este es acarreado por

un caballo uno, dos, o los kilómetros que haga falta, para llegar al canal. Ahí, balde en mano se llena el tanque durante algún rato (cuatro o cinco horas, lo que los brazos den) y luego se emprende el regreso al domicilio. Ahí el agua es reposada, filtrada y hervida; luego se deja enfriar por un rato. Todo el proceso artesanal demora unas 48 horas aproximadamente, y es mucha la cantidad de agua que se pierde en el proceso de reciclaje. Haciendo cuentas, les puedo asegurar que lo que a cualquier persona le lleva 30 segundos cargar una botella de litro, desde el dispenser de agua potable que adquirió en un 0800... a la gente de Los Cerros le lleva 30 minutos. Sin éxitos a la vista, más bien con muchos problemas de mortalidad en los que deberían ser nuestra esperanza.

Hoy es común ver a chicos de trece años fumar paco y, cuando los regañás, te muestran algún cadáver que se olvidaron de sacar de las zanjas, o te dicen que su madre se prostituye, y que su padre desapareció o está preso. ¿Qué esperanza podemos tener? ¿Cómo entendemos todas esas cosas de las que tanto hablan ustedes, como el modernismo, el futuro, la abundancia, si acá no hay calculadora que pueda multiplicar las carencias? ¿Cuál será la estructura social de la Argentina en 20 años?

Dado que los políticos de acá solo se dedican a recaudar plata de la droga y de la prostitución, nos queda solamente la esperanza de los medios, de la gente, porque el pueblo somos todos, no solo los que cobran por ir a un acto

político”.

—Son fuertes tanto las palabras como las acusaciones, como los hechos que padecen, y lo digo porque me tocó vivirlo en carne propia. Recién llegado, estábamos con el remise, esperando que el semáforo nos habilitara, y vi literalmente flotando dos bultos. Pregunté al remisero qué podía ser y me dijo que eran dos bebés que habían sido volcados en el río días atrás y que seguían de un lado al otro atormentando a todos y sin responsables. Me pareció terrible ese hecho, y no podía entender cómo eso podía suceder a nada menos que 1400 kilómetros. Su respuesta fue que ya no le importa a nadie lo que pase en Los Cerros.

—Para poder hacer que las cosas cambien, desde nuestra posición nos comprometemos con el cambio, con el compromiso, y estamos con vos, Adela. Vamos a una pausa con un tributo que estaremos haciendo durante este mes al señor Andrés Calamaro, y el primer turno es para *Crímenes perfectos*.

—Hermosa canción. Quisiera ahora, Belinda, meterme con el segundo tema del día, y tiene que ver con la inseguridad que vivimos hoy quienes fuimos violentados en la calle Las Heras últimamente. Y tenemos el testimonio voluntario de una persona que se animó a hablar. Dany es una chica de barrio que solía pasar sus noches de adolescencia en el conocido antro de las Flores, llamado “Blue Hole”. Ahí, vaya a saber por qué, si quiere nos contará sus

motivos, empezó una vida diferente para ella. Conoció otras personas, cambió su perspectiva de vida, cambió sus amistades y sus posibilidades también.
Hola, Dany, Ciro te habla.

—Hola Ciro, ante que todo gracias por darme la oportunidad de expresarme. Hoy estoy sola, perdí a mi familia, perdí a mi amigo, perdí a todos. Es por ustedes y una amiga los que me condujeron a la radio para contar mi historia.

—Te escuchamos, Dany.

—Bien, yo tenía dieci algo, y me gustaba el baile y estaba de novio con el Tato, el famoso martillo de Las Flores, ¿recuerdan? Le decían así por su golpes.

—Sí, famoso... ¿Cómo lo conociste?

—Soy de un pueblito del interior, y en época de Carnaval, unos días antes en realidad, está la costumbre de “soltar” a las mujeres disponibles, vírgeness en su mayoría, para que los hombres las “cacen” y las hagan suyas. ¿Es romántico, verdad? ¿Verdad?

—Dany, ¡Eso es terrible! —dijo Ciro. Luego de unos segundos de silencio continuó—: se decía que él estaba en la trata de personas. ¿Es así, Dany?

—No sé, conmigo era cariñoso, me dejaba trabajar, me traía comida. A veces cuando se enojaba me apuntaba con un cuchillo, pero nunca llegó a cortarme

—respondió Dany, con un cigarro en la boca, con su joven piel arrugada y con el pelo canoso.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Bueno, yo estaba embarazada del Guillo. Pero en ese entonces él estaba preso en la cárcel que estaba a las afuera de Las Flores.

—Sí, la conocida cárcel As Pedras. ¿Tato o Guillo?

—Bueno... Eh... Se llamaba Guillermo, pero le decían el Tato... En fin... Ahí fui varias veces a hablar con los rati y, como el boga no los pudo convencer que quería verlo al Guillo, fui yo directamente. Y le dije que quería ver al papá de mi nene. La primera vez me vieron tan desesperada que me dejaron pasar. A la semana volví, y también me dejaron pasar. Pero la tercera vez que fui me dijeron que no podía seguir teniendo sexo con mi novio. Yo, inocente, me opuse, pero los dos guardias no dudaron y me violaron una y otra vez. Estuve ahí más de dos días, me acuerdo que el oficial se llamaba "Ibáñez", le miré la placa unas cuantas veces, todas las que me hizo agachar ese desgraciado... De tanto maltrato perdí el embarazo. Estuve como dos meses, ahí internada. Como la cárcel no era lo que es hoy, en cuanto a la seguridad, los medios, y todo, etc., estábamos mi boga y yo, y para salir me pedían favores, y así, negro, me acosté con uno, con otro, y luego terminé en el antro ese bailando, pero libre. Al Tato, no lo vi más, mejor dicho, pasa cada tanto en el patrullero por la casa de mi mamá, pero no me reconoce, no tiene idea cómo quedé...

—¿Cómo estás hoy? Más allá de la terrible historia que nos contás.

—Hoy soy una más de las que transitan la calle Las Heras, ya que ni bailar me dejan. Acá estoy, negro, esperando que me llame el tata Dios, tengo sida y no le importo a nadie. Si no fuese por mi amiga Ainara, yo hoy me pegaba un corchazo, ¿sabés?

—Gracias, Dany, muchas gracias. Nosotros seguimos con el programa de hoy con estos temas, y con el especial de Calamaro. Ahora es el turno de *Palabras más, palabras menos*.

* * *

Benigno se dirigió al Hospital: tenía que hacer un trámite administrativo antes de la recorrida por los diferentes consultorios de rutina, antes de la operación, así que evitó la entrada de la guardia, tomó el ascensor y subió al quinto piso.

—Es increíble e impensado que estemos viviendo esto —dijo Benigno a la recepcionista del hospital.

—La verdad que sí. Es más, me parece raro que cuenten estas cosas. En general son historias lindas las que cuentan. Historias inspiradoras.

—Sí, falta que se inspiren los políticos nada más.

—Mire, yo no voté todavía, pero creo que, como en todos lados, en la política hay gente buena y gente mala. El otro día escuché que ayudaron a una nena que va a viajar a China a hacerse un tratamiento de no sé qué cosa, y que eso lo

banca el intendente. Además estuve en la marcha de la curtiembre; imagínese, pobre gente...

—Sí, conozco el caso de la chiquita porque el pedido se lo hice yo al intendente. Igual, por más que hagan, ya nada es como antes; en los noventa se podían hacer más cosas, esa sí era una época feliz.

—Le pide, pero lo critica. ¿Qué onda usted? Además, bastante quilombo nos quedó después de los noventa. “Otro viejo pajero que me mira las tetas cuando me habla, encima neoliberal”, pensó Gimena, la recepcionista. “Otra militante ignorante y encima con voz de pito”, pensó Benigno.

* * *

Día de sol, temperatura más que agradable. Leónidas venía jugando al veo-veo con Tomy. Risas. Miradas cómplices. Tomy venía de la mano de Leo. A pesar de lo que dijeran en el entorno de Leo, Tomy era igual a su papá: rubio, tez blanca y risa dibujada, solo le faltaba la barba cortada a ras. Risas van, risas vienen, de repente una moto pasó, se paró y se tiró encima de ellos dos. Leo y Tomy salieron corriendo. Cruzaron la esquina como venían. Un auto giró en U, aceleró. Frenada. Impacto. Golpe en seco. El auto aceleró nuevamente.

—¡Ayuda! Ayuda! Se muere mi hijo —gritó Leónidas desesperado, en tanto que marcaba un número en su celular. La gente que pasaba se detenía a mirar

la escena.

—Hola, Leónidas, la guardia está en la planta baja —dijo Gimena.

—¡Hacé algo, pelotuda! Mi hijo se muere, se muere, ¿entendés?

—¿Qué querés que haga yo? Hablá directamente con Lapaldi, que es el jefe acá.

—Llamé, llamé, pero me atiende el contestador, y Benja no está; está en el Caribe en este momento, y mi hijo se muere, mi hijo se muere...—lloraba con desconsuelo Leónidas.

—Este es un lugar muy bueno aunque, como todos nosotros, está lleno de defectos. Vengan a la guardia, que hago venir a un especialista de los consultorios externos para que revisen a tu nene —dijo Naúm.

—¡Gracias viejo, gracias! ¿Pero antes había guardia pediátrica?

—Sí, pero ahora es la salita municipal la que se hace cargo de eso, nosotros no. Sí atienden a chicos, pero son turnos y horarios predeterminados, no guardia, ¿comprendés, Leo?

—Sí, comprendo.

* * *

—Leo, acá no podemos hacer mucho. Andá llamando a la salita municipal, que lo terminamos de atender ahí. Hagamos los estudios y sigámosla ahí; entendé que acá chicos de urgencia no se pueden traer.

—Sí, lo entendí, como también sé que hay un juramento hipocrático y que hay algo que legalmente se llama “abandono de persona”.

—Sí, es verdad, y también hay arreglos políticos, esos que alguna vez te benefician, y otras no tanto. Aunque para eso están los amigos para compensar las irregularidades.

—Tenés razón, tenés razón.

* * *

Habitación con luz tenue. Pasillos largos, oscuros; cada veinte metros había una silla afuera de una puerta, y alguna camilla rota. Al final del pasillo, un cartel verde con la leyenda de “Guardia pediátrica”.

—¡Doctor, doctor!, ¿adónde lo llevan?, ¿va a estar bien? —preguntó Leo, asustado.

—La verdad es que no sé nada; recién salgo de una cirugía y me dicen que su hijo entró en un estado delicado y de urgencia —respondió el doctor.

—¿Sabe si va a estar bien? —preguntó Leo.

—No lo sé, ahora retírese, que tenemos que trabajar.

—¿Puedo presenciar la operación?

—¡Le dije que se retirara, por Dios; no lo dejan trabajar a uno y después se quejan!

Las puertas se cerraron de golpe; junto con este y la respuesta del doctor, el

entorno se volvía oscuro y cada vez más chico. Las paredes se convertían en una boca de lobo, un sinfín muy oscuro. La gente se veía más grande, oscura y cerca, las voces se transformaron en ruidos tormentosos, y los ojos de Leo se llenaron de lágrimas. Sentía desilusión por no poder estar acompañando a su hijo, en tanto que su mujer lo había dejado al cuidado de su hijo durante varios días por primera vez y sentía impotencia por no haber podido hacer algo ante esa situación.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó la enfermera a Leo.

—Veníamos cruzando la esquina, veníamos a ver al dentista, y un hombre se bajó de una moto en la que venían dos personas, y quiso manotear a mi nene. Lo empujé, agarré a Tomy en mis brazos y salí corriendo. En eso un auto cruzó con el semáforo en rojo. Yo lo esquivé, pero el nene se me soltó de los brazos, estaba muy asustado, y no pude evitarlo; lo agarró de lleno.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Tomy, Tomás se llama —respondió Leo entre lágrimas con sus ojos totalmente empañados.

—Todavía no entiendo cómo dejan circular a dos personas en una moto...

—¡Leónidas! ¿Quién es Leónidas Lastazzi? —preguntó una enfermera.

—¡Yo!, soy yo, ¿está todo bien?, ¿y mi hijo?

—Pase, que el doctor le dará el informe.

—¿Lastazzi? Mucho gusto, soy el doctor Prius, encargado de la guardia. La

operación fue muy complicada; tuvimos que trabajar duro para estabilizar al nene. Pero, bueno...

—¿Bueno qué, carajo?!

—Había pocas posibilidades de salvar al nene; hicimos lo que pudimos, realmente —sentenció el doctor Prius.

En ese mismo instante le trajeron a su hijo en una camilla envuelto en una manta celeste. Leo lo abrazó delicadamente para no lastimarlo, inmerso en un llanto agridulce. No sabía lo que sentía en ese momento; la tristeza y la alegría se turnaban para incorporarse en su alma. Naúm lo abrazaba y lo contenía.

—Su hijo estará acá unos minutos; enseguida lo llevamos a una habitación de terapia para observarlo, no podemos prometerle nada —dijo la enfermera.

Capítulo 13

5 de octubre de 2009

En la habitación oscura está el hombre parado con los dedos entrelazados bajo su pera y un cuchillo entre sus dientes. Ríe, frunce el ceño, ríe, frunce el ceño. Escupe el cuchillo y mira a lo lejos.

—Hoy... finalmente hoy es el día de la venganza mayor, Teresa. Es hoy...

El hombre toma el teléfono celular que está sobre la mesa, marca un número y lo pone en su oreja.

—Holaaa... Sí, tenés que estar en el quirófano. Sí, sí... Benigno, exacto, Benigno... Sí ya hablé con la anestesista y no va... Vos solo hacé tu trabajo... Nadie te va a pedir el título universitario, decí que vas de parte de Larissa... Es una tarjeta magnética imbécil... Que no queden cabos sueltos ¿Me oíste?... Cha, chau.

»Este es el que más me gusta de todos los que escribí, ¿Será porque me hace acordar a mí?

El hombre prende el equipo de música, pone en volumen alto a Mozart, y recita en voz alta:

*De niño tenías esa personalidad
que solo a vos te caracterizaba.*

*De niño demostraste ser una persona especial,
un ser con luz ¿claro u oscuro?,
un ser de otro planeta.*

Nadie ponía en duda tu decisión.

*Vos sí ponías en duda tu futuro,
tu destino.*

*Es que cada momento te jugaba una
pasada distinta, cada minuto te hacía débil,
cada segundo te hacía dudar.*

Y pensar que de enamorarte de tu “Argentina” hubieras sido otro...

*Y pensar que en cada viaje dejaste tu huella,
y pensar que en cada uno de nosotros dejás tu impronta,
y pensar que piensan que sos un asesino.*

¿Tan ciegos están que no ven lo bueno que hiciste?

Digo, ¿quién puso en práctica tus utopías?

Tus sueños, el hombre libre, sensible y solidario, ¿dónde están?

¿Están en cada uno de nosotros?

¿O solo nos quedó el rebelde, el soberbio, el discutido, el audaz?

En honor a vos, Che;

pero si después de todo

“Che” nos llamamos todos, en Argentina,

Che hubo uno solo...

Pero no me caben dudas de que pueden venir más.

Ojalá haya millones de hombres con tu carisma,

con tus ideales, ¡con tus huevos!

En honor a vos, Che.

»!Qué bárbaro! Es increíble cómo se puede usar algo para bien o para mal; de todas formas tomaré lo que me sirve, y es la venganza y la masacre. Después de todo hago muchas cosas por la gente de este pueblo de mierda, así que tan malo no soy. ¿No, verdad?

* * *

—Hola a todos, buenos días. ¿Cómo estás, Belinda?

—Un poco sorprendida por lo que me contabas recién antes de empezar.

—Increíble, pero real. Esperemos que Tomy se mejore. Rezaremos por vos nene.

—Cambiando de tema, y luego de la repercusión del testimonio contado por Adela de Los Cerros, hubo más gente que se animó a escribirnos. Y mejor aun: hay unas trescientas personas que hicieron una carpa en la plaza de Los Cerros para pedir por la mejora en las condiciones.

—Bueno, el testimonio de hoy lo escribe Inmaculada, una persona que padece el Mal de Chagas en la zona de Los Cerros y que no tiene tratamiento posible si no se traslada varios kilómetros hasta Bella Corda...

* * *

—Buen día, Leo, ¿cómo estás?

—Hola Naúm, acá estoy, destrozado. Tengo a mi nene en terapia.

—Ahora lo podemos cuidar acá. Ya pasó el tormento de la salita municipal. Me sorprendiste cuando te vi, porque no sabía que tenías un nene.

—Quedate tranquilo, que yo tampoco. Mi expareja, Felicitas, apareció hace un tiempo con la novedad. Hicimos el estudio de ADN y dio positivo. Yo le creía, pero mis viejos me hicieron la cabeza, y bueno... Además, tenés que verlo... Es igual a mí cuando era chico.

—Así que tu viejo te hizo un planteo ¡Qué raro! No me lo imagino.

—Después del robo que sufrimos en casa, cambiaron muchas cosas en mi

familia. Mi vieja está menos rompelotas y más comprensiva. Ahora la tenés que ver con un perro que le regalaron, y pensar que nunca quiso que tuviéramos animales en casa. Y mi viejo tomó un poco la posta en la casa.

—¡Qué cambio!

—El viejo empezó terapia y eso le está haciendo bien. Además se puso a estudiar con un viverista... No me acuerdo de su nombre... mmm... el padre de Juliana.

—¡Ah, sí, sí, Efrén se llama el padre de July, ¿cómo está ella? Hace mucho que no la veo.

—Bien, las desgracias y las frustraciones parece que quedaron atrás. Ahora está trabajando y ahorrando para volver con el tema de su librería. Lo quiere hacer temático, con café para que la gente pase un rato ahí.

—¡Interesante! Parece que el camino escabroso que le tocó pasar trae sus recompensas.

—Sí, la transición es dura.

—La vida es transición, Leo.

—¿Qué me decís de mi nene? —Leo preguntó con los ojos rojos llenos de lágrimas.

—Creo que él va a estar bien. Hay que ver cómo afrontás vos el nuevo camino que tienen por recorrer.

—Me estás preocupando con tus premoniciones, Naúm.

—No, no te preocupes. Ahora tu nene necesita fortaleza, seguridad y mucho cariño.

Para que él esté bien, tiene que verte bien a vos. ¿Se supo algo del auto que lo atropelló?

—No, solo encontraron un cuchillo tirado en esa esquina con sangre en el mango. Lo están analizando.

—Avisame cuando sepas algo.

— Obvio. ¿Sabés qué fue lo último que me dijo antes del accidente?

—No me lo imagino.

—Yo estaba furioso porque me había salido mal un negocio; y en el medio de mi furia se acercó y me preguntó cuánto ganaba yo al mes. Entonces le pregunté por qué quería saber; me contestó que era porque necesitaba \$500. Me dijo que ese era nuestro último día juntos en la semana y que quería quedarse un día más, y el ahorro era para comprar un día de mi trabajo —relató Leo con sus ojos llorosos.

—Tranqui, Leo, tranqui. Transitemos paso a paso.

—¿Y vos qué hacés acá?

—Hoy no trabajo, pero vine porque operan a Benigno Alizaga y vine a darle un poco de ánimo.

—¿Qué le pasa a Benigno? Hace mucho que no lo veo. Antes de su tragedia

solía venir a casa con su familia. Es más, con mi viejo y con él íbamos a pescar. Después desapareció.

—Y... no es fácil. Cada uno transita su camino de manera diferente. A dos personas les puede ocurrir la misma tragedia, pero cada uno la va a transitar de manera muy diferente, aunque sean de la misma familia.

—Sí, entiendo lo que decís. Yo no sé qué vamos a hacer si le pasa algo a Tomy. Están todos reencariñados con el gordo. Pensar que hace un año y medio yo vivía con mis viejos, tenía una vida tranquila, en el sentido de que estaba solo, soltero quiero decir. Después aparece Felicita y nos cambió todo mal, ¿entendés?

—Sí, comprendo.

—¿Qué hace toda esa policía ahí?

—No sé.

—¿Qué pasa, oficial? —preguntó Leo.

—Hay una denuncia anónima de un atentado. ¡Por las escaleras! ¡Bloqueen los ascensores!

—Ustedes hagan un cordón en la manzana.

—¡Hay disparos! ¡Me dicen que hay disparos en el quinto piso!

—¿Dijo en el quinto piso? —preguntó Naúm a los oficiales que custodiaban la entrada de la guardia.

—Sí, es el quirófano. ¿Sabe si hay alguien ahí?

—Sí, deberían estar llevando a un paciente justo en este momento.

—(*El oficial habla por radio*). Hay un paciente, repito hay un paciente, no disparen.

Se escuchaban disparos, gritos graves y agudos. Naúm y Leo pasaron por entre los oficiales y comenzaron a subir las escaleras. Se tomaron de la baranda. La desesperación se entorpecía con la transpiración, la agitación y el miedo. Se escucharon más tiros. Los policías, desconcertados, no lograron parar a los dos hombres. Los cinco pisos fueron subidos como en cámara lenta, muy lenta. Por los parlantes de las escaleras y pasillos, la voz de alerta se anuló y, de forma misteriosa, la música de Mozart apareció en escena. Llegaron al quinto piso: dos enfermeras muertas en el piso. En el quirófano, Benigno tirado en el piso con sangre en su cuerpo. Al lado, dos oficiales apuntaban a un hombre vestido con uniforme médico. El hombre sacó un revólver de su tobillo; los oficiales dispararon 17 tiros a quemarropas.

—¡Hombre muerto! ¡Hombre muerto y un herido! —gritó el oficial por su radio.

—¿Cómo lo agarraron? —preguntó Naúm, en tanto que Leo se acercaba a Benigno.

—Respira, Naúm, aún respira —gritó desesperadamente Leo.

—Lo agarramos con un arma blanca cortando la zona estomacal del paciente; cuando le preguntamos, nos dijo que lo estaba operando; al mirar al hombre

vimos que estaba amordazado y lo estaba interviniendo sin anestesia. Así que disparamos para que se detuviera, y ahí llegaron ustedes.

—¿Cómo hizo para llegar hasta acá?

—Aparentemente ingresó con esta credencial —el oficial muestra la credencial a Naúm.

—¿La doctora Larissa Gómez?

—La misma —afirmó el oficial.

—¿Y qué se sabe de Larissa? —preguntó Leo.

—¿Saben dónde vive?

—Sí, yo los acompaño —respondió Leo.

—¡Vamos! ¡Ya, ya, ya! —grito el oficial en jefe, y salieron cinco oficiales junto con Leo.

* * *

—Benigno Elizaga por consultorio 24 en quirófano. Repito: Benigno Elizaga por consultorio 24 en quirófano, por favor. La enfermera hizo sentar en la silla de ruedas a Benigno, y lo acompañó hasta el quirófano. Sala chica, muchos equipos, una camilla y gente seria, cada uno haciendo lo suyo.

—Buen día, Benigno, ¿cómo le va?

—Muy dolorido y un poco nervioso, pero supongo que es normal.

—El dolor va a pasar, de lo otro qué puedo decirle... ¿Habló ya con la policía?

—Sí, pero no sé todavía qué pasó.

—Según dice la policía, fue un ajuste de cuentas. No sé aún si lo podremos operar.

—Eso mismo me dijeron.

—¿Conocía usted al hombre que lo atacó?

—No, para nada.

—¿Y qué fue lo que sucedió? ¿O es secreto de sumario?

—No lo sé. Sé que tenían que operarme de un tumor, que más no puedo esperar, y ahora esto —Benigno comienza a balbucear, tiembla, convulsiona, y pierde la conciencia.

—¡Tenemos una urgencia! ¡Urgencia en consultorio!

* * *

—Ahí escuchábamos otro terrible testimonio del pueblo que revolucionó en estos días a la política, a la sociedad, a todos... Como si fuera poco un operativo policial en el hospital de Las Piedras. Ampliaremos más tarde con Esteban.

Vamos a una tanda, en esta oportunidad con el Bahiano haciendo un tributo a Calamaro, y el tema *A los ojos*.

* * *

Un mes más tarde...

¿Hizo todo lo que le indiqué para estar bien hoy? ¿Cumplió con todo?

—Sí, al pie de la letra, doctor.

—Bueno, esta es su ropa para la operación. Deje sus pertenencias ahí en la habitación adonde vendrá después de la intervención. Luego recuéstese en la camilla, que una enfermera lo lleva al quirófano. Ahí lo verá el anestesista y acto seguido me toca a mí sacarle eso que tiene ahí que nos molesta. ¿Está bien usted?

—Sí, algo confundido ¿Qué pasará conmigo luego?

—Será puesto a disposición de la justicia. Se lo acusa del homicidio de Inés Alizaga, Teresa Larroque, Leticia Alizaga y familia —agregó el oficial que estaba en la puerta custodiando.

—¡Oficial, yo sé el poder que tiene en ustedes esta persona, pero alguien tiene que creerme, no es a mí a quien buscan! Ustedes tienen que buscar a Guillermo Antonio Sánchez.

—*(El oficial rio)* Sí, claro: el amigo del juez, del comisario, y una eminencia del pueblo. Ahora resulta que él es el sospechoso, y usted se quedó con todos los bienes familiares. Eso lo sabemos todos acá, amigo, todos. Además, este cuchillo que tengo acá lo compromete.

—¡Eso no es mío! ¡Eso no es mío! ¡Eso no es mío! —gritó desesperado Benigno.

—No hables con él, dejámelo a mí. Mi viejo te manda saludos, en un rato viene —dijo Leo.

—Mejor que no venga, todo lo que toco lo destruyo. No más, no más...

—Mirá, no sé si es el momento de decírtelo, pero creo que suma. Mi cuñado Lázaro de Inteligencia está investigando con una tal Alicia Barbossa, y me dijo que estés tranqui, que todo se va a resolver. No digas nada, no se tiene que saber quiénes están infiltrados. Ah, me dijo que encontró a la sobrina de Teresa; se llama Ariadna Pérez Larroque. Chau, cuidate —dijo en voz baja Leo, en tanto que se retiraba.

—Doctor, sé que voy a estar dormido. Pero ¿puede poner la radio de fondo? solo de compañía.

—No hay problemas, se lo indico a la enfermera —dijo el médico.

—Hola Benigno, ¿cómo va todo?

—Muy confundido Naúm, gracias por venir.

—Afuera están Agustín, Arístides, Doña Olivia, Dalia y más gente que no llegué a ver. Pero hay varios que quieren verlo luego.

—¡Qué ilusos! Yo espero ver a mi hija y a mi mujer solamente. Díganle que se pueden ir. Siento vergüenza. Yo no hice nada, Naúm, usted me conoce bien.

—Mejor le leo algo, así esperamos el efecto sedante.

—Como quiera, total...

—Es interesante esta fábula de ganadores y perdedores. Dice así: “Cuando un

ganador comete un error, dice: ‘Me equivoqué y aprendí la lección’. Cuando un perdedor comete un error, dice: ‘No fue mi culpa’, y se la atribuye a otros. Un ganador sabe que el infortunio es el mejor de los maestros. Un perdedor se siente víctima de la adversidad. Un ganador sabe que el resultado de las cosas depende de él...^[9]”.

Eso fue lo último que escuchó Benigno. Todo comenzó a ponerse borroso. Las voces se escuchaban con eco, los ojos se vencían. La luz y sus mujeres no aparecían. Eso no era una buena señal.

Capítulo 14

21 de diciembre de 2009

Oscuridad en la habitación. Solo se puede ver el resplandor de la pantalla de una computadora portátil. El hombre entreabre la persiana plástica. Se sienta. Toma un celular que hay sobre la mesa, marca un número y habla:

—Holaaa... Sí...Ya tengo el plan sustituto listo, solo hacé que se demoren unos quince minutos... Dame tiempo, dame tiempo...Tengo un *pent drive* con toda la info, así que no te pases de listo... Cha, chau.

Delante de la biblioteca hay un hombre atado en el piso; una soga lo sostiene de pies y manos. Completamente amordazado, inmóvil, transpirado, pálido. El hombre atado tiene pantalón de gabardina color marrón, y camisa a tono. Una franela color naranja cuelga del bolsillo derecho. El hombre atado intenta hablar. Se escucha Mozart en volumen alto. El hombre de pie, toma fotos de la repisa, las mira. Las deja sobre la mesa. Hay anotaciones en las fotos. Se sienta y escribe sobre en la computadora. Lee silenciosamente. Levanta la vista y mira al hombre atado. Vuelve la vista a la computadora y recita:

Ciro, no es posible añorarte

*cuando te tengo y te siento,
es que a veces las distancias,
obligaciones y mal humor
hacen que te ignore.*

*Lo que no puedo ignorar,
son mis primeros pasos,
mis primeras corridas,
mis primeros saltos.*

*Dicen que el buen pescador
es aquel que, paciente,
aguarda el momento
de capturar su presa.*

*Pero la impaciencia y tus consejos
no aplacaban mi inquietud.*

*Mas son recuerdos bellísimos
aquellos contrastes de personalidad
que dieron vuelo a este pichón*

*que no deja de soñar...
con seguir volando,
aunque tú te hayas empeñado en voltear,
en maltratar, y en ridiculizar constantemente...*

*Que a mí me guste el norte
y a vos el sur,
que sea un explorador
de este mundo misterioso
que no termino de entender,
no nos impide disfrutar el momento
en que juntos velemos por el mismo crimen,
vos desde allá, y yo desde acá.*

*Solo dos pisos nos separaban,
y una vez más, me ignoraste...*

*Este árbol tiene más de 50 años de edad,
y está más firme que nunca.
Y no deja de contemplar el árbol,
que le otorgó su sombra.*

*Este, ya maduro y experimentado,
busca venganza,
busca su propia luz,
desde la oscuridad.*

*Busca seguir alimentando la enredadera,
con oxígeno, con lo que sea...
e iluminando con rayos de sol,
que captura, incluso,
de noche.*

El hombre entra en el baño, se afeita la barba y se rasura a ras el pelo. Se pone un traje gris, camisa blanca y zapatos negros. Se dirige en dirección al hombre maniatado, desata sus piernas y le quita los pantalones. Le arranca la camisa bruscamente. Le deja la camiseta blanca, con cuello en V, y le pone unos pantalones negros. Mira por encima de la biblioteca. Toma una escopeta. Se acerca al hombre maniatado. Destapa su boca.

—¿Dónde está su esposa?

—No sé.

—¿Dónde están sus hijas ?

— No sé.

—¿Algo que quieras decirme?

—No voy a decir nada, no me mates... Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

El hombre de pie ríe sarcásticamente.

—Nada de eso te va a salvar —agrega—. ¿Dónde está tu Dios ahora?

—Tengo familia, tengo proyectos, por favor no me mates —solloza el hombre.

—Estaba pensando: te puedo llevar al sótano, donde tenés tu mugre, y dejarte ahí que te coman las ratas. Puedo cortarte como a mi me gusta. No, mejor no, tardaría mucho.

El hombre se acerca a la mesa; de una caja saca un roedor, lo mete en la boca del hombre maniatado y tapa nuevamente su boca con el trapo.

Apunta a la cabeza del hombre y dispara. Desata sus manos, y le pone un buzo negro. Toma las cuerdas que sostenían al hombre muerto y las tira en el cesto de basura. Toma una mochila y sale. En tanto que sale, en tono bajo se escuchan las sirenas de la ambulancia y de la policía.

* * *

—¡Buenos días, audiencia! En vísperas de Navidad, hoy comenzamos el día con una buena noticia y con una no tan buena. ¿No es así, Belinda?

—Sí, es así, Ciro. Hace un tiempo les contábamos que era viable el viaje de

Paloma a China para su tratamiento con células madre, con el cuerpo médico del Instituto Científico de Las Piedras (el ala de investigaciones de enfermedades complejas del hospital).

—Hoy les contamos que la pequeña Paloma ya está en su casa. Muestra lentamente, es decir, sin prisa pero sin pausa, notables mejoras, según nos cuenta su madre Blanca.

—Así comenzamos el día, Ciro.

—Recién leíamos al aire la poesía de este “loco” que se hace llamar William, y al que nosotros en chiste lo apodamos “Shakespeare”. No sé si fue algo que dije, algo que le molestó, pero ya se pasó de límites. Si te conozco de algún lado y estás molesto conmigo, venite a la radio y lo charlamos personalmente, pero esto de mandar poemas intimidantes, eso es lo que no hay que hacer. Hay numerosas campañas de las que nos hacemos eco, ayudando a la educación de los niños, en las cuales insistimos que no hay que hacer *bullying*. Dicho esto, nos vamos a una tanda y seguimos con los temas de hoy. Entre otros, seguiremos con temas de inseguridad que nos acechan; hoy continuaremos con un tema que comenzamos a relatar días pasados: intento de secuestro, mala maniobra de un auto y accidente, que esperemos que termine bien.

* * *

—¿En qué pensás, Leo? —preguntó Naúm.

—Pensaba en mi viejo. La vida dura que tuvo, cuánto cariño que nos dio, y todos los reproches que incansablemente le hice saber. Luego me puse a pensar en mi nene y que probablemente él no tenga la posibilidad, mejor dicho, yo ni siquiera tenga la posibilidad de escuchar esos reproches.

¡Qué suerte que Palomita está bien! Lo que daría porque Tomy se repusiera — comentó cabizbajo Leo.

—Tené fe, Leo, tené fe —comentó Naúm.

—Mis viejos están como locos; no puede ser que siga en estado vegetativo, no es sano para nadie.

—Él estará mejor, vos tenés que prepararte para estar mejor. ¿Tiene alguna respuesta o reacción cuando vos o su madre entran en contacto con él?

—Desliza algún movimiento en sus manos, alguna sonrisa, pero no hay signos de mejora.

—Yo creo que pronto tendremos novedades; hay que tener fe, hay que tener fe.

—¡No sabés cómo nos cambió la vida a todos! Mis viejos le armaron la habitación de Estefanía solo para que él ponga sus pinturas.

—Pero es muy chiquito para eso...

—Sí, pero iba a la guardería de la amiga de mi mamá, que es artista. Y está en la onda de que hay que estimular a los chicos con material didáctico, con expresión artística. Sobre todo por la edad lo motiva el contacto con material de distintas texturas. Cuando empezó a darles forma a las figuras con los

colores, empezó a decir que iba a ser pintor. Y te imaginás la alegría de mi vieja. Ahí nomás le dijo a Estefy que se llevara las cosas que le quedaban y le armó su cuarto. Y en la puerta le escribió el nombre “Picasso” y él, ni lerdo ni perezoso, preguntó qué decía ahí y cuestionó por qué no estaba su nombre en esa habitación que custodiaba sus obras. Luego se resignó y después se la creyó y, cuando está en su habitación pintando con mi mamá, se hace llamar “Picasso”.

—¡Ja, ja, ja, todo un personaje tu nene!

—Sí, pensar que una de las primeras veces que lo tuve que cuidar, le quemé la leche. Él en su cama llorando todo cagado. Cuando llegué con la mamadera, se la di y empezó a llorar. No sabía que tenía que estar tibiecita; se quemó hasta las bolas, pobrecito. Encima, lo levanté para intentar calmarlo y tenía caca en el pelo, en las orejas.... Me manchó todo a mí, un desastre mi debut paternal.

—¿Y cómo lo resolviste?

—Mi vieja lo resolvió; yo no estaba listo para resolver nada.

—¡Qué grande Olivia!

—Sí, mi vieja, mi viejo, todos. Tenés que verlo a Lázaro, así tosco como es, cómo le habla al nene. Las caras que pone. Ya le dije que lo voy a subir a YouTube y lo voy a mostrar en Inteligencia.

—Me imagino que mucho no le habrá gustado eso

—No, olvidate, me tiene amenazado. Se lo dije dos o tres veces, y después se

apareció a cenar una noche y trajo para ver las tres películas de *El padrino*.

—Conociéndolo, tomalo como una señal.

—Una vuelta me lo trajo Felicitas, y no sé por qué estaba reenojada. Me dijo que no la había dejado dormir, que la había pillado, y que desde las cuatro estaba levantado mirando la tele en el living. La tecnología no sabés cómo la maneja. Prende la tele, el DVD, el equipo de música, todo. Así me lo trajo, cansado, malhumorado y hecho una furia.

—Pobrecito, no deja de ser un nene de 4 años, Leo.

—Sí, es verdad. Pero es tan avanzado para la edad que tiene que a veces nos olvidamos y le cargamos demasiado las tintas al pobre Tomy.

—Hay que tener cuidado con las mochilas que les cargamos a los chicos.

—Bueno, el tema es que ese día, así como me lo trajo, lo llevé a la guardería. Ese día tenía pensado que faltara, pero yo tenía mucho trabajo y no podía cuidarlo. El tema fue cuando lo fui a buscar. No te das una idea la cara de la directora, que fue quien me lo entregó en mano...

—¿Qué hizo Jaimito?

—¿Qué hizo? Qué no hizo querrás decir. Aparentemente tenía tres o cuatro compañeritos que lo tenían a maltraer, pero él con su simpatía los sabía llevar. Así me lo relató la directora. Ese día, cansado y malhumorado como estaba, los fajó a todos. La señorita lo intentó calmar, y él cerraba los ojos y se tapaba los oídos. En el medio de todo esto, los pibes que habían sido fajados

llorando y, en solidaridad con ellos, el resto del curso también empezó a llorar. Y Tomy cantando y gritando con sus ojos cerrados y los oídos tapados. Así nomás lo llevó a la dirección. Cuando la directora intentó retarlo, la miró fijo, la señaló con el dedito índice y le dijo: “¡Y vos, callate la boca porque te encierro en el ropero y te recago a palos!”.

—Ja, ja, ja. ¿Y vos qué le dijiste a la directora cuando te contaba esto?

—No sabía si largarme a reír o matarlo. Encima, cuando lo reté delante de la directora, el guaso me dijo que se lo tenían merecido la directora y la maestra por tener voz de pito.

—¡Es un fuera de serie! —comentó Naúm entre risas.

—La verdad que sí, tienen voz de pito las dos. Hoy lo aplaudo por lo que hizo.

—¿Tus padres cómo están con este tema?

—Destruídos. Encima el enano adoptó un perrito de la calle; le puso *Picasso* de nombre. Ahora debe estar acá en la puerta del hospital. Pareciera que entiende el perro; me acompaña a todos lados. Y cuando estamos en casa va a su habitación, se para en dos patas en su cama y llora.

—¿Los doctores qué te dicen de su evolución?

—Al principio me decían que tenía que tener fe. Ahora me dicen que no me haga ilusiones. Yo estoy derrotado. Quiero que esto termine, bien en lo posible, pero que termine. No sé si él está sufriendo o si está en un plácido sueño.

—Está en transición, querido, está en transición.

—Gracias. Me voy, que mi cuñado Lázaro no para de llamarme al celular.

* * *

Leo salió del hospital y se dirigió a la municipalidad. Ahí lo esperaba su cuñado Lázaro, quien trabajaba para una célula de investigación, dentro de la Secretaría de Inteligencia de la Nación. Leo, que ya tenía demasiados problemas con su hijo, fue protestando todo el camino: “Espero que sea algo importante”, pensó. Lázaro era uno de los pocos descendientes de soviéticos que había en la zona; la mayoría había elegido irse para el sur. Alto, siempre su pelo negro cortado a ras, y de tez blanca. De pocas y duras palabras, gestos y movimientos grotescos y una sonrisa seca que se escuchaba desde cien metros: “Por eso elegí la policía, y no ser humorista”, decía siempre Lázaro.

Leo llegó, se anunció, y luego de unos instantes pasó a la sala de reuniones de la intendencia. Abrió la puerta, pero no estaba solo Lázaro; estaba el Intendente de Las Piedras, Nicolás Kopoulos. Junto con él el fiscal Alejandro Giorgios, quien estaba actuando de oficio en lo que sería el caso del siglo para El Paraíso; por último Ignacio Jiménez, de la penitenciaría, quien completaba el cuadro.

Se sabía que Guillermo Antonio Sánchez, con identidad cambiada, estaba siendo intervenido por su cáncer de estómago en la clínica municipal por su

adicción a las bebidas. El tema era que el intendente era cómplice, o como decía él, “Solo hago la vista gorda, algunas veces”. Apresarlo en la clínica municipal era muy riesgoso; sería mucho el caos, y eso entorpecería la investigación de la Secretaría de Inteligencia. Leo, que solía trabajar de infiltrado en los casos que Lázaro le pedía, y ya que, además, por el caso de su nene estaba en contacto con el Hospital Modelo de Las Piedras y en contacto con Benigno Alizaga, era clave en estos movimientos que tenían que hacer. Ni lerdo ni perezoso, Leo propuso que ocasionaran un corte de luz en la salita municipal, luego de que el sospechoso fuese anestesiado y de que, en penumbras, fuera llevado al Hospital Modelo donde sería intervenido y luego trasladado a la penitenciaría. El plan parecía perfecto, solo que con risas más que irónicas el intendente se negó. Demasiados riesgos, muchas relaciones que perder. En eso, Lázaro sacó de su mochila una carpeta y le mostró un informe con fotos donde estaba Guillermo, él, Ibáñez (de la penitenciaría) y el juez Baptista en el casamiento de la hija del juez, años atrás. Siguiendo con la información y con las fotos, tenía evidencia de un atentado que se había planeado contra una importante figura nacional.

—Baptista es muy influyente en todos lados, incluso en la Secretaría de Inteligencia. No aceptará, esto desaparecerá y todo quedará como antes — insistió Kopoulos.

Toda su ampulosidad y discurso se vieron interrumpidos cuando Jiménez

mostró un video en el que la esposa del juez estaba siendo infiel con el mismo Ibáñez. Y eso ya estaba en manos de periodistas dispuestos a colaborar.

—¿Sabemos quién es realmente Guillermo Antonio Sánchez? —preguntó Leo, a lo que le correspondió miradas perdidas, silencio y desconcertación.

—Alicia está detrás de su identidad, solo nos queda esperar... —respondió Lázaro.

—Porque lo siguen confundiendo con Benigno —dijo Leo.

—Espero que no sea demasiado tarde —sentenció Jiménez.

Restaba llamar a la cooperativa para hacer el corte de luz, autorizar el ingreso del personal a la clínica, y luego el fiscal actuaría de oficio.

Capítulo 15

28 de marzo de 2013. Jueves Santo

En una celda, el hombre está sentado en la cucheta. Viste con pantalón y camisa gris, y está descalzo. Escribe. Mete el papel en un sobre. Pasa un hombre con un carrito y le golpea la reja. El hombre que está sentado se levanta, toma la bandeja con la comida y le entrega un sobre de papel color madera. Se acerca a la diminuta ventana de la celda y recita:

*He renunciado a todos mis privilegios,
he renunciado a todas mis comodidades,
también dejé de lado cada etapa de mi vida,
porque entendía que el sacrificio era parte
de nuestro pacto.*

*En soledad luché contra todo el mundo;
ni el calor,
ni la lluvia,
ni el cansancio,
ni siquiera la competencia y la corrupción*

lograron arrancarme un “Me rindo”...

Es más, los momentos difíciles

vieron lo mejor de mí.

Sé que era por momentos obstinado

y utópico en otros,

pero vos sabés que defendía a muerte mis ideales...

Y me proponía ser útil en esta vida

y finalmente cumplir con mi misión,

aquella que había elegido y que pensaba

haber traído desde nuestro pacto

de silencio.

He corrido muchos riesgos

y me he sobrepuesto a muchas trabas,

incluso he renunciado al amor

por mis creencias.

Y creo que un pacto de debilidad,

me hizo jurar que de la forma más dolorosa

me hagas saber

que debía renunciar a mis sueños.

Sé que te desafié y que desconfié de vos.

*Pero mi inocencia ignoraba el impacto
y la profundidad de tus mandatos.*

*Incluso pensé que era una cuenta que dejabas pendiente,
para un futuro cercano.*

*Pero ese futuro
... nunca llegó.*

*Me has dejado sin sueños,
sin utopías,
sin tormentas ni soles,
pero, ¿qué has de darme a cambio?
¿O tienes pensado desaprovechar
mis agallas y mi dedicación?
¿Qué es lo que debo hacer en esta vida,
para que haya valido la pena renunciar a mis principios?...*

Siento que lo merezco y que no lo tengo.

*Me siento defraudado, incluso, por los demás,
aquellos que sueñan por un mundo mejor.*

Siento frustración

por aquellos que necesitan tener y sentir fe.

*Después de todo, ¿hay que estar agradecido por aquello
que no padecemos?*

Puede ser injusto mi razonamiento,

pero es real,

y es parte de mis tormentos y mis pesadillas.

No pienso renunciar,

y voy a luchar hasta el final,

pues nadie me ha quitado mis fuertes ideales,

y sigo desconfiando de tu debilidad

y confiando en la fortaleza oscura...

No sé por qué pensás que vencerán los ángeles de luz.

Si es así, espero que no te olvides de iluminarlos y fortalecerlos,

pues la lucha será difícil y desapareja.

Espero que valga la pena,

Te tengo fe.

Me tengo fe.

En vos confío...

Recen por mí...

W.S.

* * *

El guardia penitenciario hacía su usual recorrida por los pasillos de la planta baja: ese era su lugar asignado. Muy temprano en la mañana. Antes del desayuno. Le llamó la atención el depósito de limpieza ya abierto. Se suponía que hasta la ocho nadie lo abriría. Por lo menos no en los últimos dos años, desde que Ignacio vigilaba en la cárcel de As Pedras. Ignacio o Nachi Jiménez, como le decían sus compañeros, creía que con trabajo, buena fe y compañerismo se podía hacer de El Paraíso un lugar como aquel del que le había contado su abuelo. Con él compartía no solo la pasión por la seguridad nacional, sino también su aspecto: de estatura alta, delgado, pelo oscuro cortado a ras, siempre serio. Estar cerca de la delincuencia hacía que se aferrara a la idea de un lugar mejor, ya que veía de todo pasar por ahí. Se enlistó porque quería llegar a ser director, como lo habían sido su abuelo y su bisabuelo. Estaba muy comprometido con la causa, y eso hacía que algunos pocos se le acercaran y que otros que estaban en el “vicio” se alejaran de él. Eso lo hacía poner más firme, no solo en su actitud, sino en sus gestos y en el tono de su voz. Ignacio, decidido a ver qué pasaba, no dudó en abrir la puerta.

“Todo normal”, pensó, y siguió camino. En eso, escuchó el sonido de una olla. Volvió, empuñó el arma y se acercó sigilosamente. Ahí estaba robando pan Luisito, el hombre de mantenimiento, que tenía como 70 años y estaba ahí desde siempre. Lo reclutaron para que dejara de robar a los turistas que solían visitar El Paraíso cuando todavía era campo, allá por la década de los setenta.

—Salí de acá inmediatamente —dijo Ignacio.

—Ok, nene, no te chives, no te chives.

—“No te enojés”, se dice—replicó enojado Ignacio.

Luisito salió, pero Ignacio por costumbre decidió dar un último vistazo. Solo vio en el armario, donde Luisito estaba robando pan, un bollo de papel. Lo tomó, y sin mirarlo lo metió en el bolsillo. Giró la cabeza y vio el cajón de la vajilla abierto. Siguió con su recorrida y luego se fue a la zona de vigilancia donde estaban las cámaras a visitar a Pérez, su amigo. Andrés Pérez estaba comiendo biscochitos de grasa y reía con algunas situaciones de los presidarios, o con espiar a la doctora, y esposa del juez, que coqueteaba con Ibáñez, encargado de la planta alta, que si bien no sabía que ahí había cámaras, lo suponía, ya que todos se sentían vigilados.

—Dejá de chusmear a esos dos, che —dijo ofuscado Ignacio.

—No te chives, no te chives.

—Otro más; no existe esa palabra, es “No te enojés”...

—¡Es retorra la mina, cómo le gusta cornear al marido!

—Le queda poco, ya le queda poco... Prendé la radio, que quiero ver qué dicen del trastornado este que tengo que vigilar.

—¡Ay! Al señor le importa la prensa ahora.

—Dale, che, dale.

En eso, mate va, mate viene, escuchan el poema del presidiario.

—¿Cómo hizo el hijo de puta este para filtrar esa carta?

—Si no sabés vos, que lo mirás las 24 horas del día...

En eso, Ignacio sacó el bollo que tenía en el bolsillo y que había recogido de la cocina. Ahí pudo ver que tenía en su poder lo que habían leído recién en la radio en puño y letra, y que le faltaba una parte, pero eso seguro estaba en manos de Luisito.

—¿Lo viste al viejo?

—¿A cuál?

—¡Luisito!

—Se acaba de ir. Pasó con un cuchillo en la mano, supongo que iba a la cocina.

—No, ahí ya estuvo.

—¿Qué pasó?

Ahí nomás Ignacio le mostró la carta. No sabía qué hacer primero, a quién llamar, en quién confiar. Creía que era importante, pero solo tenía en sus manos un poema y que, además, había sido escuchado por todos.

—¿Sabés quién es el nuevo Cardenal?

—¡Que sé yo, sos vos el que va a misa!

—Mandá a buscar a Luisito, que yo voy a ver al Obispo.

—Me parece que exagerás un poco.

* * *

—¡Buenos días a todos! Para algunos hoy es un día más, para otros no lo es. Sobre todo para los católicos que renuevan su fe. Ahí teníamos un poema más del poeta que ya no es anónimo, y de quien hablaremos hoy y los días siguientes. Los próximos días tendremos programas inéditos, no solo desde el punto de vista periodístico, desde la profesión, sino desde el punto de vista cultural. Me refiero como ciudadanos de El Paraíso.

—Así es, Ciro. Finalmente se pudo apresar al responsable de una serie de homicidios, que en principio se supusieron aislados, que tuvieron lugar desde 1999.

—Lo que comenzó como un simple accidente de tránsito, en el que murieron Teresa Larroque e Inés Alizaga, data del comienzo de una “venganza” de un psicópata, personaje que fue tejiendo su propia revancha, a partir de una serie de episodios que les iremos contando.

—Tendremos a Esteban, continuando con el juicio oral y público al señor Guillermo Antonio Sánchez.

—Alias Tato, Guillo, Guille, William, y tantos otros apodos que fue utilizando para tejer esta venganza, y que sumó a 17 personas, hasta ahora. Entre familiares y cercanos al señor Benigno Alizaga, a quien se lo consideraba artífice de los hechos. Decíamos: 17 personas en total, contando las personas que trabajaban para este psicópata. Él los llamaba “sus soldaditos”. Vamos con Esteban.

—¡Hola! ¿Me escuchás, Ciro?

—Sí, acá estamos.

—Contanos, ¿cómo se las rebuscó para hacer llegar a la radio el poema? —preguntó Belinda.

—No se sabe; mejor dicho, parte de las pruebas lo involucran con gente de la penitenciaría, de la policía, y de la justicia. Como primer antecedente podemos recordar el caso de su expareja Daniela Gómez, alias Dany, ¿recuerdan?

—¡Cierto! No lo recordaba. ¿Se confirmó que hablamos de la misma persona?

—¡Así es! Ayer se presentó en la justicia, y dijo: “Quiero hablar”. Así que, según supimos, se estará presentando como testigo, y declarará en contra de Guillermo Antonio Sánchez.

—Bueno, ¿cómo sigue esto? —preguntó Ciro.

—Estamos esperando, transmitiremos en vivo y en directo el juicio. Que será dentro de media hora aproximadamente.

—¡Gracias! Ahí estaremos... ¿Belinda?

—Volviendo a lo nuestro, al tema religioso más precisamente, para muchos no solo es importante el hecho de que un Papa sea argentino por primera vez, sino que marca una notable diferencia con los papas anteriores. Para el mundo todo resulta novedoso. No lo es para quienes lo seguían en Buenos Aires cuando era monseñor, cuando era Jorge. Hoy para el mundo es Francisco I, que viene del fin del mundo.

—Hoy es titular de todos los diarios del mundo el hecho de que la misa sea en un centro de detención para menores, donde lavará los pies a los reclusos.

—Es el Papa del pueblo, según los fieles. El Papa de la mayoría, el Papa de los pobres. Para ampliar, tenemos en línea a nuestro Francisco, quien colabora en la columna que vincula hechos de la actualidad con sucesos históricos. Y vaya si estamos frente a un hecho histórico. ¡Buenos días, Francisco!

—Buenos días a todos; antes que nada quería comentar el porqué de su nombre. Mucho se habló si era por los jesuitas Francisco Javier o Francisco de Borja. Pero les podemos confirmar que es por San Francisco de Asís y su orientación a la pobreza y a la austeridad. Quisiera aclarar además, que no es Francisco I, sino simplemente Francisco.

—Gracias por la aclaración. ¿Por qué dicen los medios del mundo que este será un Papa reformista?

—Belinda, he leído y escuchado a colegas hacer muchas conjeturas sin sentido

sobre si es o será reformista. Hay una idea formada sobre los jesuitas y sus tendencias a decisiones radicales, y eso genera la idea de que puede haber una revolución dentro de la Iglesia. Pero es más simple; no sé si requiere hacer un análisis histórico del tema: solo hay que ver sus primeras decisiones y, basándonos en eso, se podrá, en todo caso, comparar de manera decorativa con alguien del pasado. Pero, conociendo a Jorge de Buenos Aires, no creo que se ponga el molde de nadie.

—¿Qué es eso del Papa del fin del mundo? —preguntó Ciro.

—Es otra de las ideas fantasiosas que encuadran a Jorge. Se decía que el último Papa de la historia, antes del fin del mundo, sería negro. Todos creían que era o iba a ser por el color de la piel. No sabemos si es el último Papa, pero el color negro en este caso tiene que ver con que la orden de los jesuitas usa la sotana de color negro.

—Recién el presidiario más famoso de El Paraíso concluyó el poema con una frase del Papa, ¿por qué Bergoglio dijo no bien asumió: “Recen por mí”?

—Lo del presidiario puede ser una mera coincidencia; lo del Papa tiene que ver con esto que mencionábamos acerca del arduo trabajo que le espera.

—Vamos a una tanda con el tema de Miguel Cantilo, *Padre Francisco*, interpretado por Ricardo Mollo, y quisiera que luego nos cuentes qué hay de coincidencia entre el tema y nuestro Papa.

—Un tema precioso... No solemos dejar los temas enteros en las tandas, ya que esto no es un programa musical, pero este valía la pena, dado el día, dado el contexto y las circunstancias —comentó Belinda.

—¿Esteban? ¿Esteban, me escuchás?

—Sí, bueno, esto es un revuelo, acaba de ingresar custodiado el criminal. Están esperando el tribunal colegiado, y esto que comienza en cualquier momento.

—¿Podrías hacer un repaso de lo sucedido hasta acá?

—Bueno, ya en la recta final de este juicio, la pregunta que se hacen muchos es cómo se confundió a la víctima con el victimario.

—Eso, ¿cómo fue?

—Este criminal dejó en su casa una torpe, o no, evidencia. Según pudimos averiguar, había fotos del Instituto Nacional de Las Piedras, donde se los muestra abrazados a él y a Benigno Alizaga. Luego hay fotos en las cuales están ellos dos y en el medio, abrazándolos, Teresa Larroque. Como todos sabemos, Teresa se casó con Benigno Alizaga. Según nos comentan, hay más fotos que alguien le fue tomando a Benigno, como una especie de espía. También hay fotos que muestran la evolución y el cambio de *look* del criminal, que fueron haciendo que este se pareciera cada vez más a Benigno.

—¡Esperá! Esperá un cacho. ¿Vos decís que fue imitándolo?

—Mas que imitándolo, robándole la identidad. Según pudimos saber, hay

varios testigos que dicen que en diferentes ocasiones los confundieron. Y lo más impactante fue que hallaron una colección de cuchillos chinos. Similares a los que encontraron en varios de los casos.

—Vamos a una tanda, y luego quisiera dedicar una parte del programa de hoy y de los días siguientes a la carta que Benigno nos envió días atrás. Nos pidió que, más allá del juicio, se conozca un poco más de él y sus últimos días.

—Es así, Ciro, ya que nuestro oyente será el principal acusador del criminal y nos dijo: “Quiero abocarme a este hecho; luego de que esto pase, no sé si podré contarles cómo fue mi vida en estos tiempos”. Por ahora nos cuenta una hermosa historia, inspiradora y que vale la pena mencionar.

—La otra parte de la historia. Una es la que escucharemos en vivo, y la otra es la romántica, dramática, e inspiradora, pero dura a la vez, con altibajos, con luchas, con algunos episodios no tan felices, pero bueno, dejaremos que la carta de Benigno hable por sí sola. Vamos a una tanda ahora.

* * *

—Gimena, ese es el hombre que se operó acá —dijo una recepcionista del hospital a la otra.

—Sí, ahora me acuerdo. Naúm nos habló mucho de la lucha de vida que tuvo ese hombre. Además, ¿fue a quien hirieron?

—Sí, y se decía que era él el culpable de varios crímenes.

—Sí, pobre hombre. A propósito, ¿vino hoy Naúm? Ese hombre que está allá lo espera hace dos horas.

—Sí, vino; estaba hablando con la psicóloga, esa griega que se hace llamar por el nombre y el apellido, y no la podés tutear.

—Ah, sí, la cheta, ¿cómo se llamaba?... Clara Aletazas, o Aletaxás, qué sé yo, la verdad, nunca me aprendí su nombre.

—¿Podés creer que se va a casar?

—¿No estaba casada ya?

—Qué sé yo, lo único que espero es que cambie esa cara de orto que tiene...

—Ja, ja, ja. Sos brava vos también, ¡eh!

—Dejá de reírte y dejame escuchar, che...

* * *

—Nuevamente de regreso. ¿Esteban? ¿Estás ahí?

—Sí. Recién escuchábamos al criminal confesar los crímenes de Teresa Larroque y de Inés Alizaga, pero de una forma muy extraña. También escuchábamos la dura réplica del querellante; esto pasaba hace instantes: “Yo no quise matar a mi nena, mucho menos a Teresa. Yo lo único que quería era recuperar lo que me correspondía...”. “¡No era tu nena, era mi hija...!”. “Vi que era su auto, pero como llovía los vidrios estaban empañados, y no distinguí quién estaba... Apunté con mi camioneta al que manejaba, y justo

cuando los iba a impactar, se agacha. No pude distinguir bien, no sé por qué el auto pierde el control, entonces le di a la nena directamente, el conductor pegó en un árbol. Me bajé. Pude ver que eran dos cuerpos con pelo largo agonizando, así que las ayudé a morir, y lo último que recuerdo es el reflejo de mi cara llorando en el vidrio astillado de la ventanilla del acompañante...”.

“¿Las ayudaste a morir?”. “Sí, las corté. Lo de la nena fue rápido, con Teresa no pude tanto, me paralizó escucharla jadear y me fui”.

»Esto derivó en la investigación de los oficiales a cargo de este caso y del forense. También se inculcó por los asesinatos de Bartolomé Castagno (padre) y Ana Juárez, su esposa. Esto decía: “No tenían forma de salvarse. No podés meterte así como si nada fuese a pasar, a investigar qué pasa con las blanquitas. Hay muchos intereses ahí. Yo tenía la orden de arriba de bajarlos y... los corté”. “¿A qué se refiere usted cuando dice ‘las blanquitas’?”. “Son nenas. Vírgenes. Las agarrás, les das la pastillita y así como están drogui las ponés a trabajar. Si no resultan vírgenes quedan sueltas en el cerro, y muchas están ahí o en algún lado...”.

»Cómo escuchábamos, dijo que el matrimonio no tenía forma de salvarse porque, además del vínculo con Alizaga, estaba investigando el tema de la trata blanca en la zona de Bella Corda y de Los Cerros. O sea que nos tendríamos que remontar a la década del setenta para entender cómo comenzó esto. Hay orden de la justicia de allanar diferentes lugares por este tema, y

además los intendentes de Los Cerros y Bella Corda están en la mira por la cacería de mujeres vírgenes. Dijo además que, como no escuchó una palabra de “perdón” por parte de Benigno, es que avanzó con Leticia Alizaga, Pedro Ayerse y las dos hijas, María Antonia y Ramona. Lo mismo es el caso de la inundación en la librería, que le costaría la vida a Gianluca Devecchio, hecho por el que se estaba investigando a Juliana Basintas.

—Desde producción me dicen que tenemos el mail que envió en su momento Juliana, contando su historia:

Mi historia para algunos es frustrante o desgastante, como suelen decirme algunos amigos. Para mí es inspiradora, porque hay situaciones que a algunas personas pueden precipitarlos; en cambio, no sé por qué motivo yo las vivo con calma, con armonía. Puede ser porque de chica conviví con una familia muy tranquila: mi mamá es instructora de yoga y siempre fue parte de nuestro ambiente la meditación, los sahumerios, la música de relajación, y esas cosas... Mi papá es jardinero y pasa horas restaurando y armando plantas de todo tipo en su vivero que él mismo construyó en el fondo de casa. Lo cierto es que a mí no se me dio ni por la meditación, ni por el desarrollo vegetal. Siempre me gustó leer y escribir. Trabajé varios años ayudando a mis padres haciendo tareas administrativas en sus negocios, y con el ahorro pude ponerme mi propia librería junto con mi novio. Finalmente, el sueño de toda mi vida estaba en marcha cuando, hace un año, una inundación dejó el 70% de mi

mercadería totalmente destrozada, y a mi novio Gianluca bajo el agua, muerto. Me deprimí, me fundí, me quise morir. Unos amigos me consiguieron un lugar en la feria que está ahí cerca de la radio y comencé a trabajar con el material restante. Lo que no sabía era que en ese lugar había un círculo ya armado. Eso implicaba pagar una comisión a una especie de coordinador, un tal Guillote. En esos días mi armonía y mi tranquilidad se habían quedado con la inundación y, evidentemente, no razonaba con calma. Así es que me negué a pagar esa comisión. Al otro día me habían destrozado el puesto y robado la mercadería. Tuve que vender parte de los libros que me quedaban para pagar los daños del puesto al mismo coordinador. Los doscientos libros que me quedaron en mi casa me fui a venderlos al parque La República. Todo marchaba bien hasta que cercaron el parque. Ahora esos libros los tengo en mi biblioteca. Conseguí trabajo en una famosa cadena de librerías, y los fines de semana ayudo a mis padres. Hago terapia: eso me ayuda un poco. Lo injusto es que afronto un juicio con el dueño del local de la librería, porque dicen que la inundación del edificio fue provocada intencionalmente por mi novio desde el local. De todos modos no me quedo en el pasado, y sigo con mi proyecto de volver a tener mi librería, y sé que lo voy a conseguir”.

—¿Qué más tenemos Esteban?

—Continuó diciendo que, al verlo tan débil, es que supuso que esto era ya un pedido explícito de Benigno. Y qué él, luego de cada crimen se lo comunicaba

a Benigno. Como este no lo denunciaba, entendía que era lo que él quería y que estaba seguro que estaba esperando ansioso su muerte. Luego de esto, empezó a convulsionar y fue retirado en camilla. La defensa dice que no está en su sano juicio y que es inimputable.

—¿De qué perdón hablamos?

—Él dice que Benigno primero le robó a su amor, luego le fue robando la vida. Y así lo responsabiliza de todo lo sucedido. Dice que no es consciente de lo hecho. De hecho dice que el odio se incrementó por el rechazo del mediocre grupo de Los Sacramentos.

—¡Pero eso es ridículo! Hay evidencias. Además, yo pertencí a ese grupo, y era un grupo de jóvenes común, nada que aclarar. Solo que ayudábamos a quienes considerábamos, y nada más. Sí estaban los ideales típicos de los adolescentes, de creerse *Robin Hood*, pero lo único que hacíamos eran obras de caridad y momentos de lectura.

—De hecho, te menciona a vos, Ciro. Dice: “Ese que en la radio habla de campañas de *bullying* era uno más de los que me azotaba con tormentos”.

—Bueno, la ligamos todos por este loco.

—Sí, dispara dardos para todos lados. Eso es lo que no entendemos. Lo que sí puedo agregar es que hoy se presentó ante el juez nueva evidencia, y se trata de diferentes fotos de cursos del Instituto Nacional, y en las fotos hay caras marcadas con un círculo. Algunas tienen además una cruz, y eso tiene que ver

con las personas que ya están muertas.

—¿Se puede saber cuántas personas habría marcadas?

—En total son 27, de las cuales 12 ya fallecieron; los restantes son sus soldaditos. Esto amplía aún más la investigación.

—¿Todos pertenecen al entorno de Benigno?

—Sí, son o fueron los más allegados: sean compañeros de curso, como amigos del grupo Los Sacramentos, o familiares de su difunta mujer.

—¿Y qué dijo Benigno a todo esto?

—Él dice, que... Ahora no, señora, ahora no...

—¿Esteban?

—Perdón, una señora que pasa con un carrito de supermercado y sus pertenencias dentro y me dio un papelito.

—Leelo.

—¿Seguro?

—¡Vamos, hombre! Esto es en vivo. Así se hacen las cosas.

—Dice: “Nosotros estamos felices, de no ser demasiado felices... Miren al hombre, que parece pobre... sus ojos destilan ámbar”.

—Esas son citas de Hamlet. Preguntale si está a favor del acusado.

—¡Señora! ¡Señora! ¿A favor del acusado? No responde, pero asiente con su cabeza.

—Volviendo al testimonio de Benigno, ¿qué nos decía?

—En fin, decía que, luego de la muerte de su mujer y su hija, se deprimió y que no entendía que los hechos de sus amigos Bartolomé y su mujer estaban relacionados con lo mismo. Recién cayó en la cuenta luego de haber perdido a su hermana Leticia, su cuñado Pedro, y sus sobrinas, todos en un incendio intencional en marzo de 2008. Su salud se deteriora, se deprime, y eso lo paraliza.

—¿Qué más tenemos por hoy?

—El tema de los cuchillos. Confesó haber visto a su padre violar, en reiteradas ocasiones, a diferentes mujeres con un cuchillo.

—¡Increíble!

—Y lo dicho anteriormente, se espera para mañana el testimonio de Daniela Gómez y su terapeuta. Esto sería clave. Es todo por hoy. Esto sigue mañana a pesar de ser Viernes Santo.

—Bueno, vamos a una tanda, y seguimos con la otra parte de la historia. La historia de Benigno en primera persona. Es decir, escrita por Benigno y leída por nosotros.

—Estamos de regreso, y como les prometimos tenemos la carta de Benigno, un oyente que está atravesando un proceso judicial del que todos estamos pendientes y que, según nos cuenta en su mail, como no sabe si tendrá fuerzas luego para contar cómo fue su vida, aprovecha algunos momentos de calma y

se los dedica a la gente que le hizo volver a creer en la vida. Esto empezó hace algunos años, escuchando la radio de casualidad junto a su familia. Luego la vida le cambió radicalmente y dejó de escucharla. Un día, en una guardia de un hospital, un Domingo de Pascua, esperando a ser atendido, la única compañía que había era el personal de seguridad del hospital, otro hombre esperando a que atendieran a su hijo y el programa de radio que, por el silencio del día, se escuchaba a la perfección. Cuenta que, en los días siguientes, para no perderse el programa cuando iba a ser atendido, se quedaba de pie si era necesario con tal de estar en el lugar preferencial cerca del parlante, ya que no quería perderse de nada.

Esto es la otra parte de Benigno. No pretendemos juzgarlo, ni defenderlo. Simplemente todos escuchamos los diferentes mensajes del criminal durante mucho tiempo, y nos parece útil, por así decirlo, conocer la otra cara de la moneda.

—Muy bien decías, Ciro, y para no hacerlo tan monótono vamos a repartirnos los fragmentos de la carta y los vamos ir leyendo entre los dos. Como escuchábamos recién, estuvo muchos años deprimido por la pérdida de su mujer y de su hija. Y, por cuestiones de salud, en un momento particular de su vida, su único recorrido era de su casa al hospital y del hospital a su casa.

—¡Exacto! Y ahí entra en escena el otro hombre que lo acompañaba ese domingo de Pascuas, hoy su amigo Agustín. Dice: “Al principio me pareció un

tipo pedante, pero luego nos hicimos amigos. No soy de hablar con la gente, soy más bien tímido, pero hacía tanto que no hablaba con nadie... Más que un hola y un chau con algunos vecinos... Estaba desesperado internamente por conversar con alguien, y no sabía cómo. Así que tomé coraje y le dirigí la palabra a este hombre, hoy mi amigo Agustín”.

—Ciro, muchos se preguntarán qué iba a hacer Benigno al hospital. Estaba con algunas dolencias y problemas. Eso que él pensó que era transitorio y menor resultó ser un tumor.

—Bueno, Belinda, siguiendo con Benigno, nos cuenta que tuvo un posoperatorio muy complicado. Pensó que se moría, pero todas las personas que lo acompañaron en ese proceso le dieron fuerzas y lo convencieron de que valía la pena seguir y salir adelante. En paralelo a su recuperación tuvo que vivir todo este tormento de persecución, las amenazas y el juicio.

»A pesar de que estuvo mucho tiempo solo, la enfermedad le exigió salir. Luego de haber comenzado su relación con Agustín, su nuevo amigo, se animó y empezó a hablar con cada persona que veía en el consultorio. Dice: “Es increíble cómo en una misma sala conviven la vida con la muerte, la esperanza con la desesperación, la alegría con la tristeza, pero al final eran todas historias que se daban en una sala de espera. Por eso en el asunto del mail lo llamé así, porque son mis ‘historias de espera’ que quisiera compartir con ustedes y porque, para continuar con mi propia historia, tuve que esperar, así

como buscarla, y mucho. Porque sé que son muy escuchados y sé que esto puede alentar a alguien a hacer una acción, tengo que confesarles que no con todos me fue bien. Hubo quienes no respondían a mis preguntas en la sala de espera y otros que me contestaron mal. Seguramente muchos me confundían con este loco, y eso yo no lo sabía. Así que voy a atenerme a aquellos con quienes pude mantener un vínculo”.

—Ciro, siguiendo con las historias que nos trae Benigno, cuenta que su amigo Agustín, quien iba a acompañar a su hijo a hacer un tratamiento psicológico, está por casarse nuevamente y que su hijo, pasados los problemas que tuvo, hoy es un exitoso futbolista que se desempeña en el exterior. Hoy, por motivos obvios, lo podemos ver en el país.

—Bueno, Belinda, hasta acá tenemos dos personas que se conocieron en un hospital y que, pese a los problemas, tuvieron un final feliz. Creo que es todo por hoy. La idea es que entre mañana y el domingo sigamos con las historias de este oyente y los avances del juicio que esperemos que termine bien.

—Nunca me hubiese imaginado que en un hospital podría alguien hacer amigos y, en fechas como esta donde se renueva la fe, es importante rescatar la fortaleza de este hombre en su interior para salir a flote luego de muchos años de haber estado en su casa sin relacionarse con nadie, siendo acechado, azotado y amenazado.

—Recién el profe de historia nos contaba cómo tanto el padre Mujica como

Bergoglio destacaban la importancia de salir, de hacer, de la humildad, en fin, de vivir con una mirada optimista de la vida a pesar de ser uno pecador o no. Eso no importa, no importa si uno es doctor, ingeniero, político o lo que sea: somos todos humanos y la humildad para dar un paso, para seguir aunque la vida nos pegue un cachetazo, o a pesar de que alguien nos rechace.

—Sí, no había caído en ese detalle, Ciro. Y es importante recordar el contexto en el que se dio: un hospital, una enfermedad, una tragedia familiar. Nada de eso importó a esta persona para salir adelante y enfrentar su vida.

—Gracias por tus aportes, Belinda. Es todo por hoy. Nos despedimos con Vicentico, *Soldados de Dios*.

Capítulo 16

Domingo 31 de marzo de 2013. Domingo de Pascua

Era temprano en la mañana. El caso de Benigno Alizaga y Guillermo Antonio Sánchez se hizo muy conocido en la prensa internacional. En la puerta del juzgado se fueron ubicando los móviles, que esperaban el miércoles, primer día hábil de la semana, para continuar con lo que sería el último día de juicio. Los periodistas aprovechaban para contar en vivo anécdotas, mitos, leyendas e historias que los ciudadanos les contaban. El primero en llegar intentó acercarse a la puerta de rejas, pero los dos oficiales que la custodiaban se lo impidieron.

Detrás de la puerta de rejas se veía una entrada con vidrio. Detrás se veían papeles tirados por el piso y mucha tierra. El inusual movimiento convulsionó no solo a la gente, sino a la fisonomía del lugar. Todo estaba saturado. Se podían ver los bares o restaurantes llenos de gente. Las calles con multitudes tomándose alguna foto o comprando merchandising con la foto de uno u otro. Algunos brotes de *skinheads* defendiendo al criminal con pancartas y la leyenda: “Venganza. No más *bullying*”. Otros con citas de Shakespeare: “Parece que el mundo estuviese a punto de empezar; olvidando la tradición,

ignorando la costumbre [...] ¡Elijamos nosotros al nuevo Rey^[10]!”.

El sol daba en la parte de atrás del tribunal pero, como era todo vidriado, lo atravesaba de lado a lado. Eso impedía ver con claridad si había gente en su interior. Los que habían estado días atrás sabían que no era un lugar muy grande. Nunca estuvo pensado para algún evento de tamaña magnitud. Luego de la entrada principal, a la izquierda, había sillas plásticas amontonadas una a una en fila, formando una hilera de 10 a 12 sillas. Pasadas las sillas había una oficina. Al lado había otra puerta. Y de frente a la entrada de rejas estaba la puerta de la sala principal del tribunal: dos puertas de madera del pequeño recinto de material, rodeado por afuera en su totalidad por un perímetro de vidrio. Desde arriba, se veía un cuadrado de vidrio (cercado por rejas) y en el centro la sala principal de material con techo de loza y membrana de color negro. El interior de la sala donde estaba llevándose a cabo el juicio se llenó con bancos de la iglesia. Se hicieron dos hileras de 10 bancos de cada lado, para aprovechar mejor el espacio. Ahí se podía ver a los testigos, la prensa y familiares de uno u otro. Delante: sillas comunes que eran utilizadas por los abogados, el acusado y Benigno. En el centro se podía observar el lugar del tribunal compuesto por los tres jueces. A la derecha el resto del personal judicial.

—¡Oficial! ¿Qué dice esa nota? ¿Se suspende el juicio? —preguntó la periodista tapándose la cara por el reflejo del sol.

—¡Andá a ver, Olivia, que yo custodio!

Olivia buscó el papel y se arrimó al tumulto y, casi en un acto de arrebató, se lo quitaron de las manos. Un hombre que estaba en la fila principal salió corriendo con la nota y se acercó a un móvil. Detrás de él, el resto hizo un círculo que impedía llegar al oficial. El hombre leyó la carta:

“No importa cuán miserable sea nuestra vida, pude ver hasta el más necesitado de los vagabundos disfrutar de algo (una comida, un diario, un libro, un gesto, una caricia, cualquier gesto humano que transmita calor). Ser felices es una decisión de vida. Sin importar el poder material, somos felices y disfrutamos lo que tenemos; o somos infelices pensando lo que perdimos; o lo que no tenemos; o lo que tienen o son los demás; ignorando en qué podemos convertirnos”.

W.S.

El oficial al que le habían sustraído la nota logró acercarse. Tomó la nota y volvió a la entrada.

* * *

—Hoy es Domingo de Pascua. Pasada una parte del informe del Papa argentino, y antecediendo lo que será la Feria Anual de Ciencias en Estados Unidos y el final de este juicio que nos tiene a todos en vela, estaremos

comentando las novedades de la revista *Universal Science*, ¿no es así, Belinda?

—Correcto, Ciro. Esteban ya está en el lugar del juicio y nos contará las novedades, qué dice la gente, cómo está el ambiente a tres días de lo que puede ser un día histórico en Las Piedras.

—Todos temas interesantes, Belinda y, si bien el tema del juicio es el que nos llevará más que el resto, no queremos dejar de atender nuestra esencia de informar sobre todo lo que pasa.

—Hay un tema que llegó al papado, y recién ahí nos llega a nosotros. Se encontraron pruebas en el estacionamiento del edificio donde Guillermo Antonio Sánchez vivía, de documentos donde lo vinculan primero a una campaña en contra de Bergoglio que data del 2005, fecha en que asumió Benedicto XVI. Estos documentos habrían llegado a varios de los cardenales que votaban en la elección del Papa. ¿Es así, Esteban?

—Exacto.

—Ahora pregunto: ¿qué tiene que ver esto con Benigno Alizaga?

—Lo que tenemos hasta acá del acusado, es que es hacker informático. Tiene varios casos de abusos, robos, y crímenes; no se sabe si están vinculados o no a Alizaga. Probablemente estemos en presencia de un criminal serial a sueldo.

—¿Qué más?

—Bueno ahí tenemos un problema.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que el oficial Ignacio Jiménez, nieto del recordado Jorge Jiménez, o el Negro Jiménez, quien durante más de 25 años fue el director de As Pedras. Realizó una denuncia, más bien alertó al Obispo Candelmi, quien tiene a cargo la diócesis de El Paraíso, y este hizo caso omiso de esto. Y en las últimas horas hay documentos que fueron encontrados en la casa del acusado que lo vincularían con Candelmi.

—Bueno, pero imagino que eso debe ser algo no tan grave, comparado con el resto de lo que estamos viviendo ¿Qué más?

—Además de esta campaña sucia, se encontraron mensajes que hablarían de un atentado contra el Papa. En el documento, escrito a mano, decía: “No usa blindaje: arma blanca en el pecho”. Y había una foto de Bergoglio.

—Eso sí es grave ¿Qué más?

—Se supo que el cuerpo hallado sin vida en el interior de su departamento pertenece al portero, desaparecido días antes de su apresamiento. Se tardó en la identificación, porque sus familiares son oriundos de Durazno, Uruguay, y se tardó en ubicarlos. Esto y la inmensidad de sorpresas fueron atrasando los tiempos.

—¿Qué más?

—En el allanamiento al edificio, se encontraron anotaciones que habrían sido los borradores de varias campañas utilizadas políticamente en los diferentes

barrios, como ser la protesta a la curtiembre, las protestas a favor de los artesanos y algunas más que fuimos mencionando.

—Es un perfil complicado el de este hombre.

—Divide la opinión. Según se supo, fue tratado en diferentes ocasiones por tener trastorno de bipolaridad tipo III. Este tipo de trastornos presenta demencia temprana, que implica un declive cognitivo leve; en los trastornos tipo III se puede observar además cierta inestabilidad anímica, desinhibición sexual y conducta impulsiva.

—¿Esto está chequeado o es parte del plan macabro?

—No se sabe, se dice que será sometido a evaluación médica y psicológica.

—Me cuesta creer que alguien que pergeñó algo tan perfecto durante varios años presente estas características. Vamos a unos comerciales y estamos de regreso con más temas.

—Hola, señora, buen día. Otra vez la mujer.

—¿Alguna nota hoy?

—Sí, dice: “¿Querías a tu padre, o eres como la imagen del dolor, un rostro sin corazón^[11]?”

—Bueno, otra cita de Hamlet: algunos a favor y muchos en contra. ¿Qué sabemos de las familias de ambos?

—Si bien el viernes no pudimos transmitir en vivo, pudimos grabar parte de los testimonios. Esto pasaba cuando la defensa indagaba al acusado: “¿Qué

vínculo los une a ustedes?”. “Benigno es mi medio hermano”. “¿Cuándo se rompe el vínculo entre ustedes?”. “Cuando él y mamá se van con la plata y las escrituras. Mamá muere, él se quedó con todo”. “¿Qué más puede decirnos?”. “Volví del interior para recuperar a mi hermano. Me inscribí en el mismo colegio. Pero no le bastó. Se quiso quedar con todo. Se quedó con todo”.

—Vamos a un corte.

—Acá estamos de regreso. Mientras Esteban prepara más novedades, seguimos con otros temas...

* * *

—¿Che, Gime, seguirán con la historia del oyente que cuenta cómo conoció gente en un hospital y como siguieron sus vidas? —preguntó una recepcionista del hospital a la otra.

—Supuestamente hoy terminan; ayer me lo perdí, ¿qué pasó?

—No avanzaron con ninguna historia nueva, siguieron con el futbolista.

—Al final, es verdad lo que decía Naúm; que esto que cuenta este tal Benigno sucedió acá en este hospi...

—Yo me fijé, y Benignos hay como siete en el historial, todos de diferentes edades. Arístides hay como cuatro. Y así con el resto de los nombres. ¿Será verdad o será un bolazo?

—No creo que sean mentiras; por ahí los nombres son ficticios.

—Hay que preguntarle a Naúm. Habla tan bien que no sabés si dice la verdad o te está embaucando...

—Ja, ja, ja. Sos brava vos también... ¿Qué paso con el juicio?

—¡No me importa el juicio! Callate y dejame escuchar.

* * *

—¿Esteban? ¿Estás?

—Sí. Lo prometido. La querella replicó a lo dicho anteriormente: “Benigno, ¿cómo conoció su madre a su padre?”. “Mi madre fue producto de lo que hoy llaman cacería de vírgenes. Así nací yo. Al igual que Guillermo. Solo que de diferentes padres. Eso nada tiene que ver con la trata de ‘las blanquitas’, como le llaman. En las zonas de Los Cerros o Bella Corda era costumbre popular que, en épocas de Carnaval, tres días antes para ser más preciso, las mujeres vírgenes eran liberadas por sus padres, y los jóvenes solteros iban en busca de ellas. En un principio tenía algo de romántico, según cuenta mi madre. Ya que todos se conocían y salían a buscarse. Alguien podía rechazar una propuesta. Pero nadie podía obligar a nadie. Con el tiempo se fue tornando más agresivo, y menos controlable. Tal es el caso de mi mamá cuando muere mi papá. Y el padre de Guillermo la obliga a formar pareja con él. Yo tenía doce años cuando nos vinimos a El Paraíso. Recuerdo que Guillermo quiso quedarse con su papá. Su padre se casó con otra mujer y de ahí nacieron sus otros

hermanos”. “¿Qué puede decirnos de las escrituras con las que ustedes se vinieron del interior?”. “Esas escrituras eran de la familia de mamá, pero mi bisabuela antes de morir dejó en su testamento que eso era para mí”. “¿Tiene copia de esos documentos?”. “Sí, aquí están”. “¿Cuál era su vínculo con Bartolomé Castagno?”. “Éramos amigos. Siempre lo atormentó mi historia. Nunca lo pudo superar. De grande ya, hizo varios viajes para investigar. Ahí conoce a Ana Juárez, quien estaba estudiando sociología; y él la contrata para que lo ayude en su investigación. No sé por qué, ni cómo, de buenas a primeras empezaron con la investigación de la trata de mujeres blancas; y luego sucedió lo que ya todos saben...”.

—¿Algo más, Esteban?

—Por ahora solo eso.

—Gracias. Cualquier novedad nos avisás.

—Sí, luego tendremos a disposición lo último y determinante: los informes de los peritos, ya a disposición de los jueces.

—Bueno, los esperamos. Cambiando de tema, como en días anteriores, seguiremos relatando la otra historia, la de Benigno, que nada tiene que ver con este juicio. No es que tomemos parte, pero al aire estuvimos mostrando varios de los mensajes de Guillermo, el acusado, a los que hoy hay quienes se suman a defender. Entendemos que, para ser justos, tenemos que tener la posibilidad de conocer la otra historia: la de Benigno. La que él se animó a

contar desde otro lugar. Desde el alma. Cómo pasó su enfermedad; cómo fue la tragedia de su hija y esposa, que le cambió para siempre la vida; cómo conoció a su amigo Agustín, que se está por casar con una persona con quien nunca imaginó que podía suceder algo; cómo el hijo de Agustín está triunfando en los Estados Unidos. Contamos también algunas anécdotas del futbolista y su adaptación en el exterior; ahora es el turno de conocer nuevas historias.

—Ciro, ahora es el turno de contar sobre una pareja que conoció Benigno luego de Agustín. Ellos son Ariadna y Constantino. Una pareja que tenía dificultades para poder concebir un bebé. Con el agregado de que Ariadna resultó ser familiar de la difunta esposa de Benigno.

—Cuando todo parecía perderse y, luego de varios meses de tratamiento, hoy Constantino y Ariadna tienen mellizos y están esperando el tercero.

—Otras de las historias alegres de este conmovedor relato que nos envía el oyente Benigno. Ahora llegó el momento que no es tan grato y es sobre la salud de una chiquita que Benigno conoció en su proceso de recuperación de salud y de vida.

—Esta historia tiene que ver con una chiquita llamada Paloma que, luego de un largo tratamiento en el exterior y luego de haber mostrado mejoras, al año de haber finalizado el tratamiento y cuando parecía que todo se encaminaba, perdió su vida con tan solo siete años de edad. Al margen, hay que aclarar a la audiencia que esta chiquita era sobrina del acusado y de Caín Sánchez, quien

recordemos asesinó a su esposa e hizo a sus hijos descuartizar a su madre y esconder los restos. El padre de Paloma, Abel Sánchez, también uno de los nuevos acusados.

—Otras de las historias tiene que ver, dice Benigno, con dos jóvenes conocidos míos. Y los menciono porque se reencontraron primero al escucharse en la radio, contando sus historias, y luego a través de las redes sociales, en uno de los reencuentros del grupo Los Sacramentos. Para quienes no lo saben, estos días se estuvo hablando mucho de este grupo. Los Sacramentos es un viejo grupo que solía realizar actividades de solidaridad con gente de lugares carenciados, con dificultades o necesidades particulares. Este grupo se formó en un colegio secundario, más de veinte años atrás, y luego siguió un tiempo, hasta que fue disuelto. Años más tarde, a partir de que varias personas seguían en contacto, organizan reuniones en las cuales solo sus miembros se reúnen con fines de ocio.

»Lo cierto es que Bartolomé, hijo de Bartolomé que investigaba la trata de blancas, y Blanca, la mamá de la chiquita Paloma que mencionábamos recién, están juntos y esperando un bebé. Lo curioso de esta pareja es que habían sido fervientes novios de la adolescencia, hasta que Bartolomé le propuso casamiento. Fue en ese momento, cuenta Benigno, que Blanca, asustada, se fue un tiempo a su Uruguay natal.

—Una de cal y una de arena, Belinda. Digo esto porque me toca mencionar

que Tomy, un chiquito que sufrió un accidente y, luego de haber estado más de un año en estado vegetativo, partió a una nueva vida.

—Esto no fue todo. Leo, el papá de Tomy, se reencontró con una vieja compañera del secundario en otro de los encuentros de Los Sacramentos, y hoy están juntos con planes de casamiento y de emprendimiento. En pocos meses, cuenta Benigno, abrirán su primera librería temática con café, donde la gente podrá pasar un rato, leer, etc. Además estarán organizando donaciones de libros, con el fin de fundar una biblioteca en Los Cerros. Si esto funciona, seguirán con más locales y con más bibliotecas. Ahora el juicio los tiene a ambos implicados. Ella porque sufrió la muerte de su novio, en manos del acusado y él perdió a sus padres, también en manos del acusado.

—Quisiera hacer un alto y hacer una reflexión antes de continuar con la carta de Benigno o con el tema del juicio. Y es un mensaje que está consensuado con la producción: nosotros constantemente nos hacemos eco de ataques de *bullying* que se viven actualmente. En nombre del grupo de Los Sacramentos, queremos pedir públicamente disculpas si es que hemos ofendido a alguien o ha atacado injustamente. Sé que Guillermo Antonio Sánchez desde su celda escucha la radio, porque así nos dijeron nuestras fuentes. Así que, si es que estás escuchando, quiero decirte en nombre del grupo, que no sé exactamente de qué manera te agredimos o te hicimos a un lado. Todo eso fue parte de un crecer adolescente y de un impulso del momento. No recordamos más que

bromas o posibles agresiones, pero sin intención o consciencia del daño. Solo como algo del momento, en el que uno no mide lo que hace. Así que disculpas si es que le hemos arruinado la vida a alguien como decís.

—Me sumo a eso. Creo que, si nos deja un mensaje, este Papa es que es noble y necesario reconocer que uno es pecador, y obrar en consecuencia.

—¿Esteban?

—Ciro, lo dicho anteriormente. Los informes de los peritos. El primero es el turno del forense: En el allanamiento que hicieron en el domicilio del acusado, habían encontrado cabello en uno de los sacos que este tenía en un baúl. Además el saco tenía quemaduras en la manga, con lo cual lo implica directamente con uno de los hechos de la investigación; lo que se corroboró es que pertenece a Leticia, la hermana de Benigno. Hay que recordar que se había hecho previamente la exhumación de los cadáveres, y que estos no estaban quemados un ciento por ciento. El siguiente fue el turno de la reconstrucción de accidentes; se pudo verificar que efectivamente el vehículo que conducía Teresa Larroque primero pierde el control, ya que la rotura del tren delantero del auto coincide con la descripción acerca de que este pega en el cordón, y luego es impactado por el acusado. De acá se agarra la defensa, para decir que, cuando el acusado impacta el auto, sus tripulantes ya estaban muertas; pero esto fue descartado por los peritos. El tercero es el turno de la pericia psiquiátrica, y se confirma el trastorno bipolar, agravado por adicción a

drogas y alcohol. Veremos si esto es lo que deja fuera de competencia al acusado y este es declarado inimputable. Hay un último informe pedido por la querrela y es la pericia grafológica. Acá se pudo constatar que el acusado presenta características de psicopatía con tendencia al ocultamiento y a la simulación.

—¿Qué más?

—Eso es todo. Ya están todos los testigos indagados: 27 en total, en los 45 días que duró el juicio y más de quinientas horas de declaraciones.

—Gracias; vamos a una tanda y si nos dan los tiempos contaremos alguna novedad más del juicio.

Capítulo 17

Miércoles 3 de abril de 2013

Una multitud rodeaba al tribunal: periodistas; gente con pancartas, la mayoría a favor de Benigno; presencia policial; y la aparición de diferentes organizaciones de derechos humanos. El cordón policial abrió paso al jurado y luego hizo lo mismo con el acusado. En el mismo instante en que este ingresaba, una avioneta pasó y tiró miles de papeles, que no tardaron en llegar a la prensa:

Muchas veces me pregunté a qué se refiere la gente cuando dice: “Amigo, así es la vida”... ¿Así es la vida? ¿Cómo es así?

En cada historia “así” es un “así” diferente, en esta en particular es así la vida, nos muestra alegrías, tristezas, triunfos y fracasos.

Por momentos hasta se comporta como este relato; empieza contándonos una historia, nos endulza con lindas palabras en forma de poesía, se complica al querer explicarnos por qué cambia de forma, pero...

Pero finalmente reflexiona y nos acerca la luz que nos muestra la cantidad de desafíos e historias que la vida nos otorga. ¿Debo aceptar el perdón, y

pagar la condena? Nada de eso, desafío a los presagios^[12].

W.S.

* * *

—¡Buenos días a todos! Hoy estaremos en presencia de un día muy importante en el juicio, ¿No es así, Esteban?

—Así es, Ciro. Se pensaba que hoy podía concluir toda esta historia, pero lo que termina hoy es el capítulo de Benigno Alizaga. Varios testigos han decidido sumarse a la acusación de Benigno Alizaga. Tal es el caso de Bartolomé Castagno hijo.

—Qué más nos podés contar?

—Otro integrante más del curso del secundario de Benigno, llamado Victorio Ladel, con quien Benigno habría mantenido diferencias; en realidad casi todos los que conocían a Victorio tenían problemas con él. Este señor trabajaba para el acusado, y su muerte tendría que ver con un ajuste de cuentas. Aparentemente una importación de lapiceras chinas, que Victorio habría denunciado como robadas, cuando en realidad las había vendido a un país vecino, fue el motivo de su deceso, al ser descubierto por el clan de los Sánchez.

—Sin saberlo fuimos haciéndonos eco de estos mensajes mafiosos. Nunca imaginé que cada poema escondería una amenaza o una pista.

—¿Algo más, Esteban?

—Se busca en este momento a Federico Sánchez, sobrino del acusado e hijo del primer matrimonio de Caín Sánchez, a quien se le atribuyen tres casos de violaciones, abuso a menores, y estafas.

—Esto va para largo.

—Sí. Por su parte Caín y Abel están presos. Hay otros parientes más lejanos de esta familia que se acercaron el día de hoy. Todos están siendo investigados por la justicia. Te agrego un dato más escalofriante: ustedes recordarán los casos de Ofelia Osmio, Froilán Fierro, y sus hijas, Sofía y Beatriz. Los primeros casos de homicidios fuera de lo común en El Paraíso.

—Exacto, y que dichas personas abusaron y dieron muerte a nuestro compañero de radio, Baldomero.

—Bueno, Ofelia es prima del acusado. Esto se está desbordando día a día. Nuevas pruebas van apareciendo, nuevas personas se van sumando al caso. ¡Ahora sí! En vivo hablará el tribunal colegiado, dando el veredicto final.

—*(En voz baja)*: Esteban, no se escucha nada —dijo Ciro.

—¡Qué griterío! ¿Qué estará pasando? —preguntó Belinda.

—¿Esteban? ¿Esteban? —insistió Ciro.

—¡No! ¡No por Dios lo que estoy viendo! ¡No!

—¡No me asustes! ¿Qué pasa ahí, Esteban?

—¡No! Esto es terrible. No sé cómo empezar. Cómo describir esto que acaba

de suceder.

—¡Tranquilízate y contanos despacio! ¿Querés que te saquemos del aire?

—No, no, está bien. Luego de escuchar el veredicto, el acusado sacó una carta del bolsillo, con las manos esposadas, y la puso sobre la mesa. En medio del tumulto y la euforia, cuando todos pensamos que iba a leer, del bolsillo de la camisa sacó un cuchillo, y se lo clavó a la altura de la yugular. Convulsionó y cayó desvanecido. ¡Esto se fue de las manos! Volvemos en cinco minutos...

Capítulo 18

Lunes 8 de abril de 2013

—En el día de hoy estaremos continuando con el informe del diario *El Local* sobre el Papa argentino. Sus gestos, sus palabras. ¿Qué opina el mundo de Francisco? su relación con el Gobierno y la perlita tiene que ver con su pasado futbolero. Estarán dando testimonios algunos colegas que jugaban al fútbol con él en Boedo.

—Sí, y además, Ciro, seguiremos ampliando sobre las colectas que estamos realizando para que puedan conectarles el agua a los habitantes de Los Cerros.

—Bueno, vamos a una tanda y estamos de regreso con el final de la otra historia de Benigno.

* * *

—Buen día, vengo a ver al doctor Castro.

—¿Ustedes son...?

—Felicitas y Raimundo Tejedor.

—Tomen asiento, que el doctor los ve en un ratito.

—Gracias.

—¿Vienen a ver a Castro?

—Sí, ¿qué tal es?

—¡Este es uno de nuestros bebés! Lo tuvimos gracias a él, después de 10 años de ir y venir. ¿No es cierto, mi amor?

—Sí gorda, dimos muchas vueltas y ahora, a falta de una, tengo dos princesas. Mejor dicho, una reina y una princesita.

—¡Ay! Viste, Raimundo, ¿viste?

—¡Definitivamente alentador!

* * *

—Bueno, acá estamos... Continuando con la otra historia de Benigno, el mail termina así: “Finalizando, quería dejarles mi impresión sobre la parte triste de este mail, las historias de los chiquitos Paloma y Tomy. Estos chicos eran amigos, muy amigos, y solían juntarse a jugar en la plaza cerca de sus casas. Ahí se juraron amor, al punto tal de que a cada persona que veían le decían que eran novios. Luego de haberle dado muchas vueltas al asunto en mi cabeza, tratando de entender por qué estos chiquitos no están más entre nosotros, creo que siguen juntos, y que ahora siguen jugando en alguna plaza de otro lugar. Se tenían que encontrar y tenían que estar juntos. Esto es un pensamiento de calma que me viene desde muy adentro mío, cada vez que pienso en estos chiquitos”.

—Y a mí me tocó la posdata. Dice Benigno: “Como me cansé de vivir en el

pasado, decidí formar pareja luego de mucho tiempo con alguien que constantemente mira el futuro”. Continúa diciendo: “Gracias, Dalia, por tanta comprensión, sobre todo en este momento crucial de mi vida”.

—Muy lindo final, Belinda, y luego de tanto caos un poco de tranquilidad nos viene bien a todos. Continuaremos con los testimonios de Los Cerros. Pero antes un poema que nos envía otro anónimo. Acá vamos... ¿Por qué todos me tocan a mí?

*El hombre acunaba su propia lucha,
vestía su ropa vieja y su mochila cargada,
ese ropaje que no podía arreglar con dinero...
Se trataba de aquellas cosas
que lo habían traído hasta acá.*

*Consciente, el hombre, de que debía finalizar su recorrido,
para poder así quitarse su ropaje,
sacar ese peso que doblaba su espalda
y finalmente sentirse libre,
libre de todo temor y perdón de su pasado.*

Difícil se hizo el viaje. No era fácil

*ser comprendido a lo largo
de ese recorrido,
algunas veces fácil, otras difícil,
ya que debió hacerlo bajo tormentas,
frío, lluvias
y calores sofocantes.*

*Cada pueblo que atravesaba le dejaba una enseñanza distinta,
pero también hubo algunos que la escatimaron.
En esos lugares oscuros halló un sabor amargo, dudas, temores.
Pero eso... Eso ya había pasado.*

*Cada vez que debía atravesar una montaña,
el desconocido disfrutaba y
hasta me atrevería a decir
que esperaba ansioso el momento de sentarse en su cima.
Le gustaba ver el paisaje, los pueblos y caminos,
todo aquello que había dejado atrás.*

*Al principio solo se trataba de lamentar,
porque con coraje había pasado “eso”, que quedó atrás.*

No se trata de lamentar, una voz le susurró al oído.

Se trata de vivir a pleno cada sentimiento,

cada momento,

cada dolor,

y cada alegría también.

Si estás triste, pues, llora.

Si estás contento, sonríe.

Si estás enojado,

¿qué esperás para relinchar

y trotar hasta que transpires esa bronca?

Si te has sensibilizado, pues, escribe

y sella este momento como una fotografía

que no has de olvidar jamás.

Decidido a continuar con su viaje,

el hombre sonrió ante aquellos suspiros

que vaya a saber uno de dónde vinieron.

Y con todo su ropaje partió,

y a medida que caminaba se daba cuenta

*de que poco a poco su ropaje
desaparecía,
hasta dejarlo totalmente desnudo.*

*Muy avergonzado no sabía dónde ocultarse,
y de pronto
recordó aquella voz que le dijo
que debía “sentir”.*

*El hombre sabía que ahora
estaba acunando una parte nueva
de su vida.*

Una nueva historia, quizás.

*Esta vez no se trataría de luchas, sacrificios,
mochilas cargadas y ropaje viejo... Esta vez...
Esta vez, se trataría de “sentir”.*

*“¿Cuán importante es para vos
consagrarte?”,
me susurró esa voz al oído.*

Era el día más esperado.

Lo curioso es que nunca imaginé sus imágenes.

Caminando iba por aquel pueblo rumbo al hospital,

y de improviso

y como predicción me dije:

“Y pensar que hoy

puede ser el día tan soñado,

el día de la consagración,

el día del encuentro,

sé que acá o allá pero las volveré a ver”.

No fue fácil la lucha. Empecé soberbio

a demostrar mis habilidades, mi dedicación

y mi experiencia, ¿Por qué no?

A la mitad alguien me dijo: “Pará. ¿Cuánto sabés vos?”

Dudando respondí:

“Y mirá, llevo mucho tiempo

esperando consagrarme,

y creo, ¡hoy es el día!”.

“No, hombre —me respondió—, ¡esto no es así!

Las cosas no son como vos pensás.

¡Para consagrarte deberás pasar esta prueba o morir!”.

Al principio me apabullé,

me encontré en el límite y la muerte apareció

y me dijo al oído: “ Rendite, ¿para qué insistís?”.

En ese momento apareció mi ángel y me dijo:

*”Sos un hijo más y como tal vas a tener tu oportunidad
para la consagración, para el bautismo.*

¿Qué hiciste vos para merecerlo?”.

Entre humilde y avergonzado le dije:

*“Di lo mejor de mí en cada momento,
traté de respetar a los demás y
me preparé mucho para este momento”.*

“Veremos”, replicó...

Horas más tarde el cansancio,

el mal humor y la bronca se adueñaron de la situación,

sin dudar empecé a preparar el pozo,

había que velar aquel momento.

Pero fue en ese momento en que mi ángel me dijo al oído:

“Si creés en los milagros, empezá a festejar.

Tu momento llegó, ¡te consagraste, hijo!

Sos uno más del reino de Dios de los que luchan por vivir, por colaborar y ser un guerrero de la vida”.

—Me llega un mensaje de texto, y dice: “El origen y el fin, en la polis se identifican”. Recién me acordaba de esta frase, y quería compartirla con ustedes. Para muchos es el comienzo de algo nuevo, para mí es el final de una larga historia. ¡Ah! perdón, me olvidé de firmar, soy B. A”. ¡Bueno, que alivio! Muy lindo Benigno. Antes de los testimonios quisiera recordarles a los oyentes que, con la ayuda de todos los que colaboraron, por supuesto, ya hemos logrado que les instalen una sala de primeros auxilios en Los Cerros. Están ya terminando lo que es el primer centro de salud asistencial para enfermedades complejas, entre las que podrán tratar el Mal de Chagas y, como si fuera poco, Belinda, hay que recordar que el tren ya para en la estación. En fin, viejas historias quedan atrás, nuevas comienzan. Podemos decir que esto es una nueva etapa. Un nuevo capítulo y, por qué no, el comienzo de una nueva historia. Nosotros llegamos al final de nuestro especial de Benigno: el caso del siglo. Ahora sí nos despedimos con Catupecu Machu, *Musas*. Ciro y Belinda cantan al unísono:

Hablo con musas, / las mías las tuyas y las de los demás. / Sé que me escuchas, / quiero que luzcas tu mirada mortal. / Porque muero cuando te cruzas, / hablo en lenguas, / hablo en mudas palabras / que quiero escuchar, escuchar.../ Encienden todas las luces, / y bailemos hasta que alguien cierre el lugar. / Suenan fuerte los coros con llantos, / y la orquesta suena como en el cine al final...

FIN

[1] Dirección Nacional del Derecho de Autor. Argentina.

[2] William Shakespeare, Hamlet, Biblioteca Virtual Universal. Pág. 59.

[3] William Shakespeare, La tragedia de Macbeth, Biblioteca Virtual Universal. Pág. 9.

[4] Grupo argentino de humor.

[5] William Shakespeare, Hamlet, Cántaro. Pág. 48.

[6] William Shakespeare, La tragedia de Macbeth, Biblioteca Virtual Universal. Pág. 44.

[7] William Shakespeare, Hamlet, Cántaro. Pág. 62.

[8] “El misterio del elefante”, Jorge Bucay.

[9] “Ganadores y perdedores” (anónimo), La culpa es de la vaca, Intermedio. Pág. 195.

[10] William Shakespeare, Hamlet, Cántaro. Pág. 121.

[11] William Shakespeare, Hamlet, Cántaro. Pág. 131.

[12] William Shakespeare, Hamlet, Cántaro. Pág. 152.